OSCAR Y AMANDA

Ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLÉS

POR

MISS REGINA-MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO

POR

D. CARLOS JOSÉ MELCIOR.

TOMO II.

CON LICENCIA:

Barcelona, POR JUAN DORCA,

AÑO 1818.

OSCAR Y AMANDA

ò LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

CAPITULO PRIMERO.

Y bien mi Coronel, dijo Oscar, imagino que el General, ha querido entreteneros á costa mia, yo espero que no me ocultareis nada de una conversacion, á la que mi honor se halla interesado. Ah! dixo el Coronel, gozoso de empezar la ejecucion de su plan, el me ha dado algunas quejas de vos. Está bien persuadido que sois un bravo jóven; pero no puede determinarse à recompensar vuestro mérito con el don de su hija y su fortuna = El Cielo me es testigo, esclamó el confiado Oscar, que jamas me he atrevido á aspirar ni á uno ni otro, y que mi inclinacion á su hija, aun que muy tierna, ha sido siempre sin

esperanza, y mi estimacion por el, tan desinteresada como sincera. Yo moriré antes que abusar de la confianza que ha tenido conmigo, haciendo conocer á su hija los sentimientos que me ha inspirado; Yo me veo desgraciadamente desterrado para siempre de Wood-Lawn = No, no, dijó el Coronel, solamente evitad encontraros á solas con Miss. Yo creo, por mí vida, que ella tiene mas vanidad que sensibilidad. Os aconsejo que en vuestra primera visita, que desearia hicieseis pronto, la declaraseis con un tono desembarazado que antes de vuestra llegada á Irlanda teniais ya una pasion. Esta declaracion lo arreglará todo con el General, quien ya no temerá por su hija: vos continuareis á ser tan bien recibido como antes á Wood-Lawn, y á disfrutar durante vuestra permanencia en este Pais de la sociedad, á la que estais acostúmbrado. = No, dijo Oscar, yo no diré semejante falsedad = Mi querido hijo, replicó el Coronel, vuestros escrupulos son dignos de lastima, por Dios dexad esas ídeas romancescas. Yo seria el último á aconsejaros decir una mentira que pudiese hacer agravio á alguno, pero no hai sacerdote alguno en la cristiandad que no os dé la absolucion por la que yo os sugiero.

Y supuesto, dijo Fitzalan, que yo sigo vuestro consejo, cual será el resultado para mi, sino apretar mas las cadenas, en las que está envuelto mi corazon, y colmar mi desgracia. A fe mia, dijo el Coronel, veo por vuestros discursos y vuestros escrupulos que no habeis tenido negocios de amor con las lindas muchachas de este Reyno, ántes de encontrar á esta: Pero considerad cuan desagradable os será renunciar á la amistad del General, y á la agradable sociedad que encontrais á Wood-Lawn. Esto parecerá mui raro á los que estarán instruidos de vuestros anteriores obsequios; os diré mas, estais obligado como hombre de honor á hacer lo que exijo de vos, pues si la muchacha ha sido bastante imprudente para tomaros alguna aficion, el espediente que os propongo la hará cesar, pues tiene demasiado orgullo para conservarosla, cuando sabrá que tiene una rival, y con esto os conformaréis verdaderamente con las intenciones del General.

Mi querido Coronel, dijo Oscar, con un tono animado y los ojos vivos, pensais que ella haya sido bastante imprudente para gustar de mi? Yo no se que deciros á ello, replicó el Coronel; estas son cosas de las cuales uno no puede te-

ner una entera certeza; entre tanto si quereis saber mi opinion, por el modo alegre y libre con que está con vos, me parece que no. Yo creo en efecto que no, dixo Oscar suspirando; pero por que me haré culpable de una mentira por una persona á quien soi indiferente? Yo os he dado mi parecer, replicó friamente el Coronel, á vos toca tomar el partido. Quedaron algun tiempo sin decirse cosa alguna; pero la conversacion prontamente recayó sobre la misma materia, y se alegaron varias razones de una y otra parte. El corazon de Oscar favorecia secretamente el plan del Coronel. Adoptandolo no perdia la Sociedad de Adela, y no podia suportar el pensamiento de verse desterrado de un golpe de Wood-Lawn. Su razon cedió á la violencia de su pasion, y cayó en el lazo que le habia tendido la perfidia de Belgrave; de este modo, perdió por una sola separacion del camino de la verdad la dicha que una Providencia benefactora le habia preparado.

O! que las almas rectas que se dejan llevar por las sendas de la mentira; que no esperen jamas conseguir la felicidad por medios culpables! La esperanza que les lisongea de llegar á ella por ta-

les vias, se parece á estos fuegos engañosos que desencaminan á los viajantes durante la noche en lugar de guiarles.

Luego despues de esta fatal promesa al Coronel, la victima desgraciada que ella misma se sacrificaba, se fue á Wood-Lawn con su perfido consejero. A su llegada Miss Honey Wood estaba al Jardin. Oscar temblando fue á buscarla, y la encontró bajo un toldo de flores. Jamas le habia parecido mas hermosa; el color animaba los colores de sus mexillas á quien hacian sombras sus fluctuantes y rizados cabellos; y sus ojos, al momento que vió á Oscar brillaron con la mas dulce ternura, y la mas seductora sensibilidad. Mi querido Fitzalan, le dixo arrojando el libro que tenia, y alargandole la mano, que contento es el mio en veros; yo espero que os estableceréis por algun tiempo á Wood-Lawn = Lo esperais? dixo tristemente Oscar = Seguramente dixo ella, pero que hay? vos estais palido, y del todo diferente de vos mismo; teneis el aire de un Pastor desesperado que va á ahorcarse al primer sauce que encontrará = Yo soi en efecto desgraciado, replicó Oscar, y vos no os admirareis de ello, si os digo la

situacion de mi alma = Y bien! replicó Adela, yo quiero ser vuestro confidente, y sonriendose con finura continuó, yo quiero saber los motivos que teneis para desesperaros = Con mucho gusto, dijo Oscar! Es menester que os cuente mi historia, pero no, no puedo. Esta querida y preciosa prenda, dijo él sacando de su seno un retrato en miniatura de su hermana, os dice por mi, si el que ama este objeto puede jamas separarse de lo que ama! Adela tomó precipitadamente el retrato de sus manos, y un estremecimiento involuntario hizo traicion á su estrema sorpresa. Las palabras no pueden esprimir la conmocion que esperimentó al ver los amables rasgos de su imaginaria ribal. Oscar pues, este Oscar que ella adoraba, á quien esperaba hacer dichoso, y á quien ofrecia su fortuna, Oscar amaba en efecto á otra y no á ella? Ha! ella tenia la prueba en sus manos; exáminaba de nuevo el retrato, y creia ver en el un caracter de belleza superior á la suya. Las rosas de sus mexillas se pusieron palidas; una nube se esparció sobre sus ojos, y dexó caer el retrato de su mano. Oscar se estaba fuera del toldo para ocultar su turbacion. Ella salió, y enseñandole sin decirle una

palabra el parage donde habia caido el retrato, se apresuró á ganar la casa. Oscar levantandolo esclamó; querida imágen á que triste uso acabo de hacerte servir! ha! todo está acabado para mi! Adela, mi Adela, la pierdo para siempre. Dios mio! he tenido pues yo jamás esperanza de poseherla? Oh! no, yo no me he atrevido á considerar como posible una tal felicidad. Al entrar Adela en su casa encontró á su Padre en una sala que habia á la entrada del Jardin. = Y bien, pequeña ingrata, no merezco un beso por no haber querido turbar vuestro á solas con el briboncillo de Fitzalan? = Os ruego, le dixo Adela no pudiendo detener sus lágrimas, os ruego que no me hableis mas de él, se ha hablado ya demasiado.

Mi querida hija, esclamó el General, mirandola con sorpresa, te ruego detengas tus lágrimas y suspiros, y dime de que se trata = Estoi ofendida, dijo ella con una voz mal asegurada de que se haya hablado tanto por mi respeto de Fitzalan, á quien no puedo mirar sino como un simple conocimiento. El Coronel que espresamente, se aguardaba en el Bosque tomó ocasion para entrar. Adela se sobresaltó; y salió por otra puerta. A

fe mia, mi querido Coronel, que estoy mui contento de que esteis aqui; acaba de haber una pequeña escaramuza entre mi hija y el jóven. Yo supongo que esta querella finirá como todas las amorosas por una reconciliacion; pero decidme como ha recibido la buena noticia que le habeis anunciado? Es una cosa bien mortificante por una alma razonable, dixo el Coronel con un tono grave sentandose, y alegrandose interiormente del suceso de su artificio, ver á los hombres, llevados por no se que fatalidad á desechar el bien que se les ofrece, por el que ellos no pueden conseguir; y como los niños, dejar y perder sus juegos para perseguir un pajaro que se burla de ellos. = Es una gran verdad, dijo el General, sobre mi palabra que esto es constante y dudo que el Capellan del Regimiento pueda decir mas. Pero, mi querido Coronel, le dixo, golpeando el muslo de Belgrave que ha dicho el jóven? = Yo siento, mi General hallarme obligado á confesaros que la reflexion por la que he principiado es aplicable á él; reconoce el mérito de vuestra hija, admira vuestra generosidad, pero reusa acceptar vuestra oferta, por motivo de una pasion anterior á la que no puede renunciar, aun cuando no tiene esperanza de conseguir el objeto de ella.

Como diablo! lo reusa? gritó el General luego que la rabia y la sorpresa le permitieron proferirlo; impertinentillo, tontuelo ingrato! Otra pasion! reusar á mi hija! mi Adela que es buscada por muchos que valen mas que él; y voy á ver divulgado esto por todo el Pais, y oiré decir que mi hija ha sido reusada: y por quien? por un Alferecillo, cuya fortuna toda consiste en su espada..... He jugado una hermosa pieza verdaderamente. Pero si este presumidillo me habla de todo esto, sirvame un Cañonazo de veneno sino tomo una ruidosa venganza. = Mi querido General, dijo el Coronel, podeis estar seguro que por su honor mismo, callará este asunto; pero aun suponiendo que no reparase en hablar de ello, vos sabeis que no está en su poder dañar la reputacion de Miss Honey-Wood, tan amable tan perfecta y dotada de todas las perfecciones. Conozco algunos hombres, ó á lo menos un hombre que tiene nacimiento y fortuna, y que divulgará sus sentimientos por ella, si recibe la menor esperanza = Mui bien, dixo el General, respirando aun con dificultad, hablaremos de esto en otra ocasion pues estoi resuelto á casar pronto á mi hija; pero quiero casarla á gusto suyo.

Oscar y Adela no parecieron hasta la hora de comer. Uno y otro habian trabajado en componerse y calmarse, pero el pobre Oscar con menos efecto, no porque los sentimientos de Adela fuesen menos tiernos, pues su pasion era profunda, y ella se lisongeaba de haber inspirado á Oscar otra semejante. Se prometia que este mutuo amor aprobado por su Padre, aseguraria y haria la dicha de toda su vida. Veia con un generoso placer á su querido Fitzalan levantado en lo sucesivo à un estado de prosperidad é independencia. Engañada por la primera vez en sus esperanzas; su corazon estava oprimido, y las agradables quimeras de su imaginacion se disiparon dando lugar á una sombria melancolía; pero su orgullo igualaba á su sensibilidad, y por consiguiente se determinó á no suministrar á Oscar motivo de triunfo mostrandosele triste y abatida. Ella pues hizo desaparecer de sus ojos todo vestigio de lágrimas, reprimió los suspiros que vanamente buscaban escaparse de su corazon, y se adornó con el mayor cuidado; sin embargo sus ojos embotados, y sus descoloridas mexillas hacian traicion á sus sentimientos; en la mesa procuró manifiestarse alegre pero sin efecto, y cuando se quita-

ron los manteles, se retiró segun costumbre no habiendo otra muger que ella.

El General era incapaz de disimulo, y asi no trató á Oscar con una ternura que ya no sentia por él. Al verle comparecer palido y turbado, le recibió con un aire severo y casi impolitico. La agitacion de Oscar se acrecentó, y su alma estaba trastornada. Ya no amaba como antes la sociedad; la dicha y alegria de los otros hacian un contraste penetrante con su desgracia y abatimiento. Se veia miserable y abandonado; entregado en adelante al dolor y dependencia, lágrimas ardientes caian de sus ojos sobre su asiento. El se maldecia asi mismo de su debilidad y por fortuna no era observado. No atrayendo mas la atencion del General, no se llevó la de los convidados, y asi su situacion llegó á ser tan penosa que no pudo suportarla. Salió pues sin que nadie le detubiese; y por un secreto impulso fue conducido al salon de tertulia; alli encontró á Adela que fatigada de los combates de la mañana, y abatida se habia echado sobre un canapé donde se habia dormido. Oscar se acercó á ella dulcemente y la miró con la ternura de una madre que vela á su dormido hijo. Su mexilla apoyada sobre

su hermosa mano estaba teñida por reflexo de una cortina de seda carmesí sobre la cual el sol daba de lleno, y se veia distintamente una lágrima. Inclinandose Oscar á esta interesante figura, y juntando las manos decia: No, jamas las mexillas de Adela se deben mojar de otras lágrimas que las que le hace derramar su esquisita sensibilidad por los males agenos. Sea su dicha tan perfecta como su bondad! Que este poder supremo que vela sobre la inocencia la conserve siempre todos los bienes de que disfruta! ¡O Adela! quien hace estos votos por vos, os tendrá siempre presente á su memoria; vuestra imagen quedará en su corazon para dulcificar sus penas, y en los penosos senderos de la vida que está destinado á correr en adelante, volverá atras sus ojos para encontrar algunos momentos felices. Adela se movió algun poco, y pronunció algunas inarticuladas palabras, y levantandose sobre su asiento vió á Fitzalan en pié imobil delante de sí. Ella le miró, y con un tono imperioso le dixo que hacia allí, por que habia entrado en este aposento. Yo no creia encontraros en él, respondió Oscar, mas viendoos, he permanecido aquí sin tener fuerza para alejarme de vos. El tono lastimero con que

pronunció estas palabras penetró el corazon de Adela; ella suspiró, y volviendose fué á sentarse cerca de una ventana. Oscar la siguió, olvidandose de sostener el personage de que se habia revestido por la mañana, y tomando su mano la estrechó dulcemente contra su seno. A este momento critico, cuando la simpatia de dos corazones ambos tiernos iba á triunfar del artificio que los habia desunido, se abrió la puerta y compareció el Coronel Belgrave. Desde el momento que Oscar habia dejado el comedor, Belgrave habia estado como entre espinas, y habia querido seguirle para prevenir las consecuencias de una conversacion á solas que temia. Toda la concurrencia entró con él.

Oscar estaba determinado á no pasar la noche à Wood-Lawn é hizó saber esta su intencion preguntando al Coronel si tenia órdenes que darle para Enniskilling, donde contaba volver en seguida. Por que os apresurais, dijo el General refunfuñando; pues que vos habeis estado hasta ahora, podeis aun pasar la noche aquí; las nubes se amontonan sobre el Lago, y amenazan una tormenta. No Señor, dijo Oscar poniendose colorado, y dejando ver su agitacion, ninguna tor-

menta puede detenerme. Adela suspiró, pero el orgullo no la permitió tomar la palabra. Fitzalán se acercó à ella; Miss Honey-Wood, la dixo, y la voz le faltó para proseguir. Adela igualmente turbada no pudo menos de animarlo con una dulce mirada. Incierto, continuó, si jamas tendré la dicha de volver à Wood-Lawn no puedo descuidar al dejaros, de aseguraros que las bondades de que he sido testigo no saldrán jamas de mi memoria, y que el mas vivo dolor que mi corazon pude esperimentar, es pensar que he perdido la amistad con que vos y vuestro Padre me habeis honrado. Adela baxó la cabeza, y viendo Oscar que ella no queria, ó no podia decirle cosa alguna saludó al General y salió de la sala. Sus lágrimas que hasta entónces fueron detenidas con el mayor esfuerzo corrieron en abundancia, y al último de la escalera se vió obligado à sostenerse sobre el pasamano. Mientras ponia los ojos à su alrededor, como para hacer la triste despedida à los lugares en que habia disfrutado la dicha; oyó que uno venia cerca de él; era el dispensero, antiguo criado aficionado à Oscar y su ordinario compañero en la caza y pesca. Quando se hallaba ocupado en servir

el Té habia oido à Oscar anunciar su marcha, y venia à manifestarle su sorpresa y su disgusto. = Ah buen Dios, Mr. Fitzalan por que nos dejais tan precipitadamente? pero si estais determinado à volver esta tarde à Enniskilling esperad que os ensille un caballo. Oscar de algun tiempo à esta parte disponia de toda la Cuadra del General, pero no creyó conveniente despues de haber perdido la amistad del dueño de la Casa, usar de la misma libertad que esta amistad le habia autorizado hasta entónces. Oscar estrechó la mano de su amigo el dispensero, y de un brinco salió de la Casa. Marchó al principio con mucha presteza hasta que hubo llegado á un sendero practicable en la montaña siguiendo las riberas del lago, donde iba amenudo con Adela. Ah! jamas, dixo él, dandose un golpe en la frente, jamas la volveré à ver aquí. O mi querida Adela! vuestro desgraciado Fitzalan no disfrutará mas con vos este agradable espectaculo! O! que corta ha sido mi felicidad!

Consumido por la agitacion de su alma, se sentó apoyado à la montaña. Cuanto mas se acercaba la tormenta, la noche se hacia mas negra, y un viento frio y violento agitaba los árboles de la montaña

y las aguas del lago: empezaba à caer agua y granizo sin que Fitzalan abismado en su dolor reparase apenas en ello. El nada oia, nada veía sino Adela. El ruido que los pescadores hacian procurando poner en seguridad sus barcas, le sacó de esta enagenacion, y se internó en el bosque para dejar pasar la tormenta. Al fin el tiempo se puso claro, y la Luna penetrando las nubes, aclaró los objetos que le cercaban.

Esta parte del bosque estaba en frente de uno de los lados de la casa, donde estaba el aposento de Adela, y Oscar vió luz en él. Mí querida Adela! esclamó estendiendo los brazos como si ella le hubiese oido, y hubiese podido llegar à él, y prontamente dejandolos caer decia: Ah! ella ya no se acuerda de un desgraciado como yo! O! que alivio para mi pobre cabeza desatinada si pudiese reposar un momento sobre su seno, y oir con su dulce voz algunas palabras de compasion por los tormentos de mi corazon! Sucumbiendo à sus penas se encontró cerca de una choza construida en el bosque en donde con Adela habian descansado juntos. Y bien! dixo refugiandose à ella, hay tantos hombres de bien que no tienen mejor cama, y à quienes Dios protege y

consuela. Durmió en ella con sueño inquieto y agitado. En fin al salir el alba fué dispertado por el canto de los pajaros, y se apresuró à ganar el camino por temor de ser visto de alguno de las gentes de Honey-Wood. No llegó tan tremprano à Enniskilling que no le encontrasen muchos oficiales, que le miraban con grande admiracion. Su uniforme estaba echado á perder, sus cabellos sin polvos, y caidos sobre las espaldas; el penacho de su sombrero roto y el desorden de su fisonomia tan grande como el de su porte y sus vestidos. A sus preguntas respondió tartamudeando que habia caido, y con la mayor dificultad se sustraxo de su curiosidad.

Habia en un pequeño y ruin lugar à quinze millas de Enniskilling un destacamento del Regimiento. El oficial que lo mandaba estaba mui displicente en él; pero siendo toda sociedad insuportable à Oscar, era precisamente la mansion que le convenia; y gustosamente obtuvo el permiso de reemplazar à su camarada. Las penas que el espíritu sufria, las tormentas que habia aguantado, eran choques demasiado violentos para no resentirse su salud. A su llegada à los nuevos cuarteles fué asaltado de una grave calentura,

Se envió otro Oficial en su lugar para llenar las obligaciones. Pasó mucho tiempo sin que los que le cuidaban viesen sintoma alguno que se pudiese esperar su restablecimiento. Luego que pudo levantarse se juzgó necesario transportarlo à Enniskilling para estar à la vista y cuidado del Cirujano mayor del Regimiento.

Como el Coche iba con lentitud, Oscar se sorprendió agradablemente reconociendo el vergel de Mistriss Marlowe. No pudo resistir al deseo de verla, y tener de ella algunas noticias de los que habitaban à Wood-Lawn. Habia concebido por esta Señora una tierna y sincera amistad, y era una muger de mérito del mejor trato. Adela le debia en gran parte los talentos y gracias de que estaba dotada, y en su casa habia pasado Oscar con Adela muchos momentos deliciosos.

Era la tarde cuando Oscar se encontró en la vecindad de Mistriss Marlowe. El subió lentamente la colina apoyado con el brazo de su criado. Un espectro que se hubiese presentado à la vieja Señora no la hubiera admirado mas que la figura flaca y desecha de su joven amigo. Ella apretó las manos de Oscar con

las suyas con toda la ternura de una Madre, le hizo sentar cerca de un buen fuego, y servir de algunos refrescos, que juntos al interes de la conversacion animaron sus espíritus. A este momento se presentó à su memoria su primera visita à Mistriss Marlowe. Yo espero, dixo, que nuestros amigos de Wood-Lawn..... aqui se detubo, espresando sus ojos las preguntas que su lengua no podia articular = Todos estan buenos, le dixo Mistriss Marlowe; vos sin duda sabeis todo lo que ha pasado alli = No, yo no se nada, respondió Oscar vos me veis salir de la tumba = Antes que os instruya, replicó Mistriss Marlowe, quiero manifestaros, mi aprobacion y mi admiracion por la conducta noble y desinteresada que os ha hecho reusar la fortuna que se os ofreció, para ser fiel à la pasion de vuestro corazon. = Cual es pues, preguntó Oscar mirando à Mistriss Marlowe con un aire desordenado, cual es la fortuna que he reusado? = La que el General os ha ofrecido, dixo Mistriss Marlowe. = El General! gritó Oscar = Si, el General, cuyas intenciones os manifestó el Coronel Belgrave = O cielos! esclamó Oscar levantandose de la silla apesar de su debilidad, como! el General decis, ha tenido

tales intenciones, y fué Belgrave encargado de instruirme de ellas! Bien, Belgrave me ha engañado. El me dixo lo contrario; que mis atenciones á Miss Honey-Wood desagradaban al General, é hiriendo mi corazon con un golpe mortal, me ha conducido à cometer una falsedad que me ha perdido en el concepto de Adela y de su Padre. O monstruo! esclamó Mistriss Marlowe; vos habeis sido victima de su perfidia = Ah! replicó Oscar, voy à arrojarme à los pies del General, le abriré toda mi alma, le esplicaré que ideas falsas de honor me han conducido hasta hacerme pretestar una pasion que jamas he sentido sino por la amable Adela, y obtendré mi perdon y mi Adela = Ha querido hijo! le dixo Mistriss Marlowe deteniendole, ya no es tiempo. Adela no puede ser vuestra, pues está casada, y es Esposa de Belgrave. Oscar vacilando sus piernas arrojó un profundo gemido y cayó desmayado. Mistriss Marlowe llamó à su socorro sus criados y el de Oscar. Le pusieron en la cama, pero quedó por mucho tiempo sin conocimiento. Al fin abriendo los ojos, y arrojando un largo suspiro esclamó es hecho ya, la he perdido para siempre:

Despidieron al criado, y Mistriss

Marlowe sentandose al lado de la cama le dijo: O amigo mio! mi corazon sufre con el vuestro, pero vuestro ánimo y no mi compasion puede daros resistencia para sufrir vuestras desgracias = O! mi querida Señora replicó él, qué horrible es el pensar que he tenido en mis manos y cerca de mis labios la Copa de la felicidad, y que la haya arrojado yo mismo lejos de mí! = Ha! dijo Mistriss Marlowe, penetrada de las penas de su jóven amigo como si hubiesen sido propias, ha! he aqui los hombres; ellos à menudo se privan à sí mismos por su imprudencia y su locura de los beneficios de una providencia ocupada à su felicidad. O hijo mio, nacido como sois con un alma ingenua y elevada, no la abajeis jamas à la mas ligera disimulacion! Ah! dijo Oscar, no agraveis mis dolores acordandome mi cruel falta = No, dijo ella, no mi amigo, estoy bien lejos de esta barbarie, pero una útil instruccion jamas penetra tan profundamente en el alma como cuando está preparada por el infortunio. Amable y jóven como sois, aun os promete la vida muchos gozos, que sabreis recoger y apreciar mejor, despues de las severas lecciones de la desgracia. = Ah! dijo Oscar, que encantos puede en adelante te-

ner para mi la vida? = Todos aquellos, dijo Mistriss Marlowe, que estan aun en vuestras manos, la paz del alma, la dicha que acompaña al testimonio de haber llenado sus deberes, y ser educado por la paciencia, y la firmeza sobre todas las pruebas que ha sufrido. = Pensais pues, dijo Oscar, interrumpiendola, que puedo dejar impune la malvada traicion de Belgrave? No, continuó, llevando la mano à su espada que estaba à su inmediacion = Y que quereis hacer? le dijo Mistriss Marlowe, agarrandole el brazo; imprudente jóven, cual es vuestra intencion? Quereis esparcir à vuestro alrededor la muerte y la desolacion? Y aun cuando hubieseis satisfecho vuestra venganza, encontrariais la felicidad? Pensais que Adela educada en la decencia y la virtud suportará la vista del asesino de su marido, ó que el viejo General que os habia preparado con tanta bondad una vida dichosa, os perdonaria las nuevas desgracias que esparciriais en su familia, aun cuando pudiese sobrevivir à ellas? La espada cayó de las manos de Oscar; yo soy culpable, dijo, abandonandome à tales transportes, pero es tan grande mi desgracia! En cuanto à mi vida, sin Adela no merece la pena de que tome en ade-

lante cuidado alguno para conservarla.

Mistriss Marlowe se valió de este momento de enternecimiento de Oscar para hablarle el lenguage de la razon. Ella mezcló sus lágrimas con las de este jóven al saber los detalles de la perfidia de Belgrave, y al pensar que el objeto caro de sus cuidados y de su ternura la amable, Adela era tambien la victima de ella. Por tanto persuadió à Oscar de la necesidad de sepultar este fatal secreto. La conmocion que recibió Oscar con toda esta escena, le volvió la calentura y no estubo ya en estado de ponerse en marcha para Enniskilling. Mistriss Marlowe le hizo preparar una cama, esperando que prontamente se restableceria; pero à pesar de todos los cuidados que tomó por él (pues le trató con toda la ternura de una madre) su enfermedad se alargó, y esta flor herida por la reja del arado parecia marchitarse todos los dias.

El General habia sentido profundamente el ver despreciar unos ofrecimientos que miraba (con razon) como capaces de desvanecer à Oscar de alegria y reconocimiento. Jamas su orgullo habia recibido un tan crudo golpe, ni habia sido humillado aun à sus propios ojos. El Coronel procuró hacerle desviar estas mor-

tificantes reflexiones con lisonjas delicadas, y cuidados continuos. Aseguró al General que todo el mundo habia aprobado su conducta. Los sofismas que nos reconcilian con nosotros mismos nos son siempre agradables. El Coronel poco à poco llegó à ser el favorito del General, y cuando por la primera vez le habló de su inclinacion à Adela, Honey-Wood le aseguró que hablaria con el mayor interes por él á su hija. El General estaba mas impaciente que nunca de verla colocada. Encontraba en el sonrojo que habia sufrido cierta cosa tan humiliante para él y para su hija, que en ciertas ocasiones estaba fuera de sí mismo. El Coronel poseia grandes bienes, mas esta ventaja era de poco precio para el General cuyo desinteres hemos visto ya, y aun menos para su hija. A las primeras declaraciones que le hizo su Padre sobre las miras de Belgrave, ella le rogó que no le hablase mas de ello. Engañada cruelmente en sus primeras esperanzas, la llaga de su corazon necesitaba tiempo para curarse. Ella ocultaba sus penas, pero sus languidos ojos, y sus palidas mexillas publicaban lo que padecia. Huia de la sociedad, é iba errante sin cesar en los solicitarios caminos que habia corrido con Oscar. Alli pensa-

ba en él mas que nunca, y se reprendia de haberle tratado con demasiada dureza. Ella la veia victima de la tristeza, y sin embargo le habia alejado con una frialdad repeliente. Esta misma frialdad que le habia manifestado tan repentinamente no podia menos de hacer creer á Oscar que era desgraciada por verse abandonada, y este pensamiento mortificaba al mismo tiempo su vanidad y su delicadeza. Ella habria querido á toda costa persuadir á Oscar que jamas lo habia mirado sino como un amigo. No se desalentaba el Coronel con la frialdad de Adela, pues estaba acostumbrado á superar obstaculos. Algunas veces se hacia venir bien el juntarse con ella en sus solitarios paseos, como conducido allí por el acaso. Su conversacion era siempre divertida, y se contenia, en los límites que Adela le habia prescrito pero con sus miradas esprimia la pena que le costaba esta reserva, y su conducta no desagradaba á Miss Honey-Wood en la que veia la sumision del Coronel á su voluntad.

Algunas semanas se habian pasado despues de haberse Oscar desterrado voluntariamente de Wood-Lawn; y por mas confiadas que fuesen las esperanzas de Belgrave, no creia poderlas llevar á efec-

to á lo menos tan pronto como desearia sin emplear alguna estratagema. Fertil en invenciones, formó prontamente su plan. Siguió pues á Adela una mañana en el jardin, y la encontró leyendo dentro de una glorieta. A la llegada del Coronel dejó el Libro. Conversaban sobre asuntos indiferentes, cuando el criado del Coronel llegó con un paquete de cartas. Belgrave hizo ademan de ponerselas en su faldriquera sin leerlas, cuando Adela le dixo; nada de ceremonias, Coronel, yo continuaré mi lectura mientras vos leeis vuestras cartas. El Coronel le dió gracias, y se puso à abrir y leer las cartas. Despues de un momento le oyó esclamar con una grande comocion : Que insolencia! y en seguida pareciendo acordarse que esba en presencia de Adela, afectó alguna turbacion tartamudeó algunas palabras, y volvió á tomar la carta. Despues de haberla leido aparentó ponersela en la faltriquera y la dejó caer á sus pies: recorrió despues las restantes cartas, y levantandose se escusó con Adela de dejarla tan precipitadamente para ir, le dijo, à hacer algunas respuestas urgentes. Apenas habia salido cuando Adela viendo á tierra la carta abierta, la tomó con la intencion de llevarsela á casa, pero su

nombre en letras grandes que le parecieron ser de la mano de Fitzalan la hizo sensacion á la vista, y fué asaltada de un temblor universal. Con esto concibió un deseo ardiente de saber como se hallaba la correspondencia entre Oscar y Belgrave. Sus ojos se llevaron involuntariamente sobre este escrito fatal. Leyó algunas palabras que escitaron aun mas fuertemente su curiosidad; en fin no pudiendo resistir por mas tiempo á la tentacion, tomó la carta y leyó.

Al Coronel Belgrave.

»Vos me acusais de insensibilidad á lo »que vos llamais encantos incomparables »de Adela, y yo convengo en ello; pero »no de la justicia de lo que me repro»bais; pues que quereis? yo he sido cau»tivado fuertemente de los agrados de otra »persona, que á mis ojos, que son á la »verdad los de un Amante, me parecen »mui superiores. La oferta del General »era ciertamente la mas generosa, y la »mas lisongera del mundo; ella ha con»tentado toda mi alma proporcionandome »una ocasion de sacrificar al altar del »amor, el interes y la ambicion: mi de»sinteres en esta ocasion me ha asegura-

»do mas la ternura de mi querida ami-
»ga, que no se ha lisongeado medianamen-
»te del triunfo, que segun la he instrui-
»do, ha llevado sobre Adela; sentimien-
»to muy natural y que tal parecerá á to-
»dos aquellos que conocerán el objeto á
»quien he preferido. Deseo mucho que el
»General ceda á vuestros deseos; yo seré
»feliz de ver á mi primero y mejor ami-
»go en posesion del tesoro por el qual
»suspiró despues de largo tiempo. Espero
»que vos me reprendereis el haber dexa-
»do traslucir mi aventura con Adela, pe-
»ro á fe mia que no he podido menos de
»contarlo á mi amable amiga. Dios quie-
»ra que ella sea discreta pues de otro mo-
»do preveo que será necesario batirme con
»el viejo General. A Dios, creed mi que-
»rido Coronel que soi todo vuestro.»

Oscar Fitzalan.

El miserable! esclamó Adela, con una agitacion estrema, y dejando caer la carta de sus manos, cuya letra estaba bien contrahecha y parecida á la de Oscar; ¿es pues así qué reconoce los cuidados de mi Padre y los mios para asegurar su dicha! O cruel Fitzalan! es á Adela, que encontrabais tan amable que no ha apre-

ciado las riquezas sino cuando las ha considerado como un medio para haceros feliz? Y á Adela que os atraveis á ridiculizar, y de la que vuestra vanidad ha querido triunfar? Su mortificado orgullo, y su ternura aun viva combatian en su interior. Ella volvió á caer sobre el banco, y sosteniendo su cabeza con la mano, se abandonó á los suspiros y lágrimas. Tan pronto queria hacer saber á Fitzalan que estaba instruida de toda la bajeza de su conducta, y penetrar su corazon con las mas sangrientas reconvenciones, tan pronto se determinaba á un silencio de menosprecio. Mientras estaba fluctuando su espiritu, el Coronel se acercó poco á poco. En la turbacion en que se hallaba, se habia olvidado que podia volver á cada instante, y al verle se sobresaltó Ella creyó que él sospecharia que habia leido la carta, y con este pensamiento bajó la cabeza, y se puso colorada. Que aturdido soy, dijo el Coronel, levantando la carta que manifestó verla por la primera vez; de todas mis cartas esta es la que mas sentiria que se leyese. Conoció Adela por este discurso que el Coronel lo sospechaba, y á esta idea se puso palida, y volvió á sentarse, no pudiendo suportar la acusacion que

ella misma se hacia de tal indiscrecion.

Belgrave corrió á sostenerla. O la mas amable de las mugeres! la dijo con un tono el mas tierno que pudo afectar, que significa esta agitacion? No se, respondió ella, esto no es nada, y volviendo un poco en sí, habló de volver á Casa. Así huis de mí siempre? replicó el Coronel. Yo se Miss, que no tengo derecho alguno, ni atractivo para poderos detener; sin embargo, continuó, llamando á su socorro y cayendo de sus ojos una ó dos lágrimas, estad segura, que jamas encontrareis un corazon que os sea mas tiernamente aficionado que el mio; pero veo que os importuno, y voy á tomar el silencio que me habeis impuesto. O la mas adorada y mas amable de las Mugeres! si yo no puedo aspirar á un título mas precioso y mas elevado, concededme á lo menos el de amigo vuestro = De todo mi corazon, le dijo ella, penetrada de estas seductoras espreciones. Ella se hallaba un poco recobrada de su turbacion, y el Coronel obtubo de ella el hacer un paseo con él, en lugar de volver á casa. Él la cautivó con sus atenciones; sus labios insidiosos derramaron la miel de la alabanza, y la conduxo insensiblemente á tristes y pesarosas memorias: Lisongeó su va-

nidad con el respeto que le manifestaba Ella se agradó de la indignacion que habia dejado ver contra Fitzalan con motivo de la carta, y en fin concibió respeto y estimacion por él, al mismo tiempo que resentimiento y menosprecio por Oscar. Tenia el Coronel mucha penetracion, advirtió la mudanza, y procuró sacar de ella todas las ventajas posibles. Entregada Adela á sus sentimientos habituales y verdaderos, habria rechazado toda proposicion de casamiento, pero herida á lo vivo su vanidad, la condujo en este momento á un paso que probaria á Fitzalan su indiferencia por él. El General obtuvo el consentimiento en favor del Coronel, y la promesa de este de no dejarle por algun tiempo. Se hicieron suntuosos preparativos para las bodas; pero aunque el resentimiento de Adela contra Oscar fue siempre el mismo, con todo pronto reconoció que se habia precipitado demasiado en obedecer. Ella sentia una repugnancia involuntaria á la union que iba á formar, y la habria rehusado siempre sin la promesa que habia dado á su Padre. Su buena amiga Mistriss Marlowe sostuvo su animo en estos momentos de prueba, y al fin llegó el dia fatal en el que Adela dió

su mano al perfido Belgrave.

Habria como unos quince dias que era casada, cuando oyó á algunos Oficiales del Regimiento hablar de la enfermedad de Oscar. A este nombre ella se puso colorada. En verdad, dixo uno de ellos, Mistriss Marlowe es una escelente persona. Oscar es bien dichoso de haber encontrado un tan buen alberge; por todas partes le sucede lo mismo = Pobre muchacho! dijo Adela dando un suspiro del que ni aun ella reparó. Belgrave puso los ojos sobre ella, y encontró los suyos. La mirada del Coronel fué sombria y severa, y parecia querer penetrar hasta el fondo del corazon de Adela. Ella se estremeció, y por la primera vez sintió la tirania del dueño á que se habia entregado. Como Mistriss Marlowe no le hizo saber que hubiese recibido en su casa á Oscar, ella no quiso escrivirle, pero la habia convidado con muchas instancias á venir á Wood-Lawn esperando tener noticias por ella de lo que queria saber, pero sin suceso = Pasados quince dias Mistris Marlowe vino á Wood-Lawn. Estava ésta mui flaca y palida. Adela la riñó con agrado de su larga ausencia, esperando con esto forzarla á decirle el motivo, noticiandola los cuida-

dos que habia dado á Oscar; pero Mistriss Marlowe no le habló una palabra que tuviese la menor relacion con este asunto; desvió la conversacion haciendola recaer sobre materias indiferentes, y asi desconcertada Adela tomó un poco de mal humor, y tristemente se puso á trabajar.

Pocos dias despues, Adela, luego que hubo comido, subió al coche para hacer una visita á Mistriss Marlowe; suponia ella que ya no encontraria allí á Oscar, y solamente se lisongeaba que en el discurso de la conversacion, sabria que estaba perfectamente restablecido.

Para causar á su amiga una sorpresa agradable hizo detener el coche á alguna distancia de la casa, y llegó por un sendero que dirigia á la puerta de la sala que abrió poco á poco. Cual fue su admiracion al divisar á Oscar sentado cerca del fuego con Mistriss Marlowe engolfados en una conversacion seria? Ella se detuvo sin poder dar un paso hasta que Mistriss Marlowe, acercandose á ella la abrazó é hizo entrar. La conmocion de Oscar no fué menos fuerte que la de Adela. El procuró levantarse, y volvió á caer sobre la silla, con todo estuvo un poco animado por una espresi-

va mirada de Mistriss Marlowe que parecia conjurarle de no ceder á una debilidad que haria traicion á sus verdaderos sentimientos por Adela. Levantandose en fin y acercandose á ella, le dixo: Señora, que me sea permitido. . . . . y las palabras espiraron en sus labios, pues no tuvo fuerza para acabar el cumplimiento sobre un suceso que probablemente habia hecho su desgracia y la de Adela. O dejemos cumplimientos, dijo Mistriss Marlowe esforzandose á tomar un aire alegre. Vamos jóvenes, sentemonos y disfrutemos de la felicidad de hallarnos delante de un buen fuego por el riguroso frio que hace. Ella instó á la tremula Adela á beber un poco de vino, y con esto recuperó su espiritu abatido, y aun el mismo Oscar tomó un poco de ánimo. Pero la tristeza de su fisonomia y de su semblante, y las agonias de su alma iban creciendo; la frialdad ceremoniosa, y la reserva que ambos se impusieron llenaba los dos corazones de tristeza y pesar. Fitzalan estaba tan pálido, tan desecho y parecia tan desgraciado, como victima de la tristeza y desesperacion, que aun cuando hubiese atentado contra la vida de Adela, no conservaria esta sino sentimientos de com-

pasion por él. Mistriss Marlowe chanceandose contó la pena que le habia dado Oscar. Os aseguro, decia, que me paga bien mal mis cuidados despues que le he dado un poco de libertad, pues el no observa regla alguna de las que le he prescrito. Yo os ruego que junteis vuestra autoridad á la mia para obligarle à contemplarse mas. Con mucho gusto dijo Adela, si yo puedo tener algun credito sobre él.

Algun crédito! replicó Oscar. O Cielos! y diciendo esto se levantó precipitadamente, y se fué á una ventana para ocultar su turbacion. El espectaculo de la campaña era mui triste. Era el fin del Otoño, la tarde fria, un viento fuerte soplaba por la parte de la montaña, y el Cielo estaba obscurecido por las cercanias de una tormenta. Mistriss Marlowe lo sacó de su meditacion, diciendole: que haceis aquí? La vista de esa ventana no puede tener grande atractivo para vos = Ah! dijo él, tiene algo de agradable y dulce en la tristeza que me inspira. Los árboles despojados, las flores marchitadas, estan acordes con mis tristes pensamientos; son otros tantos emblemas de un corazon que ha visto desvanecersele sus mas dulces esperanzas, y que no las

verá reflorecer con su primitiva belleza como los árboles y las flores = Todo eso es estravagancia, dijo Mistriss Marlowe; vuestra enfermedad os ha hecho mui melancolico, pero esta tristeza se disipará antes que mi vergel vuelva á tomar su agradable verdor y frutos, y obligue á algun Oficial jóven á venir á visitar á una vieja = O! esclamó Oscar, que memoria para mi la del momento que entré aquí por la primera vez! = Dexemonos de lisonjas replicó Mistriss Marlowe sonriendose; vos no me hareis creer que mis atractivos hayan hecho sobre vos una impresion permanente, cuando sé mui bien que mudando de guarnicion direis otro tanto á la primera vieja bien parecida que encontrareis = No, replicó Oscar, acomodandose á la chanza; yo os puedo asegurar que la impresion que he recibido aquí, jamas se borrará de mi corazon; y al mismo tiempo arrojó una mirada á Adela, la cual bajó sus ojos y dejó caer la cabeza sobre su seno sintiendo una grande comocion. Mistriss Marlowe procuraba desviar la conversacion; ella esperimentaba una viva y tierna compasion por esta jóven y desgraciada pareja, cuya union habia ardientemente deseado. Pero despues que un obstaculo

insuperable les habia separado, buscaba impedir entre ellos toda muestra de mutua inclinacion, que no serviria sino de aumentar su desgracia. Ella avisó para el Té, é hizo lo que pudo para divertir la conversacion pero sin efecto, pues sus dos huespedes no la seguian. Entonces cuando hubieron tomado lugar cerca del fuego dijo á Adela: muchas veces habeis deseado oir la historia de mi vida, hasta ahora el temor de dispertar en mí los pesares que jamas cesarán, me ha impedido contarosla; pero como no tenemos que hacer cosa alguna mejor para pasar el tiempo, os haré esta relacion. Vos me obligareis mucho, dijo Adela, pues sabeis que todo lo que pertenece á vos interesa mi curiosidad.

CAPITULO II.

Yo era hija única de un Vicario de un Pueblo en el Sud de Inglaterra; mi padre y mi madre eran de honradas familias, pero poco ricas. Contentos con su suerte, vecinos agradables, prontos á favorecer en todas ocasiones, eran mui felices en su mediocridad. Era yo su

idolo; todo el mundo decia á mi madre, que yo llegaria á ser hermosa, y la pobre muger se lisongeaba con esta esperanza. Un poco ambiciosa y novelera por naturaleza, no dudaba que mis atractivos me conducirian algun dia á una grande fortuna. Para hacerme mas capaz de llegar á este estado me dió una educacion mas brillante que solida. Mi Padre de un caracter indolente y dulce me dejó absolutamente conducir por ella. Así, dejandome ignorar la gramática de mi propia lengua, ella misma me enseñó á parlatear en mal frances; y en lugar de enseñarme á componer y hacer mis vestidos, me hacia emplear el tiempo en bordar muselina y raso. Se me dió por maestro de bayle á un mal musico del lugar. Bien hubiera querido hacerme enseñar á tocar algun instrumento, pero la compra de un clave ó de un harpa pasaba de la mediania de mis Padres, y mí madre se contentó con hacerme cultivar la Música vocal, enseñandome ella misma algunas arias viejas que cantaba con todas las gracias que creia las adornaban.

Para hacerme capaz de oscurecer tódas las muchachas jóvenes del canton por mis adornos, como por mil otras ventajas, ella cortó sus ropas viejas, y

les dió todas las formas que pudo descubrir, imitando lo que creia ser de nueva moda. Y el motivo mas poderoso (Dios me lo perdone) que me conducia á la Iglesia, el Domingo era enseñar mi jubon de seda con falbalás, y mi gorro de Mahon pintado.

Cuando hube llegado á la edad de diez y seis años, juzgó mi madre que yo era la criatura mas perfecta que habia en el mundo, y no dudó que fuese esta la opinion universal. Yo era viva, atolondrada, vana y ambiciosa al exceso, pero en el interin conserbava mi inocencia y mi sencillez; olvidaba á menudo el personage que querian hacerme representar, y me abandonaba á la alegria natural en los juegos de las niñas, y en la Praderia, al pie de una pila de heno y á la claridad de la luna, disfrutaba una perfecta felicidad.

Un dia á la semana acompañada de mi madre iba á casa del maestro de baylar, donde encontraba otras jóvenes, y allí repetiamos nuestras contradanzas. Una tarde así como acabamos de baylar, un jóven bien puesto entró en el aposento y se llevó nuestra admiracion y sorpresa. No olvidaré jamas la conmocion que sentí al acercarse. Todas mis

compañeras esperimentaron otro tanto; las mexillas de todas se coloraron, y los ojos de todas brillaron de deseo y esperanza. Él dió una vuelta por la sala con un aire desembarazado, como para pasarnos revista, y se detuvo en frente de una jóven mui hermosa hija del Molinero. Yo estube en una agonía mortal lo mismo que mi madre que estaba á mi lado; la cual se puso palida, y creo que se habria hallado indispuesta á no haber el jóven arrojadome una mirada y detenido sus ojos sobre mí. Despues de haber manifestado su admiracion, y parecido deliberar algun tiempo, me hizo una reverencia con toda la gracia posible, y me suplicó que fuese su pareja. Mi politica hasta entonces no habia sido mas que Teorica, y no falté á hacer uso de ella. Despues de una profunda reverencia, le dije, que el honor estaba entero de mi parte, y que yo era feliz cediendo á su demanda. El se sonrió con malignidad; y creo, que tosió para sufocar una carcajada. Yo me turbé y puse colorada, pero cuando me hubo conducido á la parte superior de Sala para abrir la contradanza, mi triunfo sobre mis compañeras, reanimó mi espiritu, y disipó mi turbacion.

Yo habia prometido baylar con un jóven Labrador, y éste se encolerizó, no solo de no haber tenido mi palabra sin haberle pedido permiso, sino de encontrar en mi pareja unas gracias que le hacian tener por un formidable ribal. Par diez, me dijo con un tono agrio, yo creo Miss Fanny que vos me tratais mui mal. Yo no se porque este Señorito viene á hacer del amo en nuestra Casa = Vos sois un impertinente le dije, con una mirada en la que le manifesté un tan profundo desprecio que no pudo sufrirlo, y se retiró murmurando entre dientes. Mi pareja no pudo menos de reirse á carcajadas. La sencillez de mi caracter, haciendo contraste con el aire que yo me daba le divertia infinito. No hay que admirarse, dijo él, que el pobre zagal amoroso esté mortificado, viendose separado de su amable Fanny.

Acabada la Contradanza nos juntamos con mi Madre, que ardia en deseos de entablar una conversacion con el estrangero á quien queria dar á conocer que debia distinguirnos entre la multitud que habia allí. Ciertamente, le dijo ella, que un hombre de vuestra calidad debe encontrarse aquí mui disgustado. Nosotras lo estamos tambien como es

regular, pero en un Lugar tan pequeño como éste, no puede uno menos de aderirse á esta sociedad, pues de otra manera será menester vivir en una hermíta. El estrangero convino en la congruencia de la observacion, y acceptó el convite que le hizo de cenar con nosotras. Mi madre envió al momento á prevenir á mi padre para que hiciese no como se dice arroz y gallo muerto, sino un Pato; el y la criada se dieron tanta prisa que á nuestra vuelta del bayle encontramos dispuesta una cena regular. Mr. Marlowe, que era el nombre del estrangero, estuvo muy amable. Es inutil deciros que mi padre, mi madre y yo estubimos por él llenos de complacencia y atenciones. Al partirse nos pidió permiso de volvernos á ver, y vino al dia siguiente. Mi madre le miró desde este instante como un hombre que iba á ser luego su yerno.

Como en un Lugar pequeño como el que nosotros habitabamos todo se sabe, fuimos informadas que la tarde antecedente deteniendose en la Posada habia oido los instrumentos, y que la curiosidad le habia llevado al lugar que se baylaba. Se nos dijo tambien que sus criados habian dicho que era llamado á una

grande herencia. Esta sola noticia fué bastante para ganar mi corazon en su favor, y vosotros juzgareis que yo no podia ser una conquista dificil para un hombre que á este tan poderoso atractivo juntaba una figura agradable, y un talento cultivado. El venia continuamente á nuestra Casa, y tan ignorante como era, gané su aficion, pues conversando con él olvidé todos los preceptos que me habia dado la vanidad, dexé toda afectacion y solo obedeci á los movimientos de la naturaleza y de la sensibilidad. No tardó él mucho tiempo en declararme que el objeto de sus frecuentes visitas era obtener mi mano, pero que no podia satisfacer en seguida la dulce inclinacion de su corazon; que su situacion hacia la cosa imposible, pues quedando huerfano, y sin bienes desde niño, un tio viejo de un caracter estravagante, casado con una muger que no lo era menos, le habia adoptado como heredero de todos sus bienes: que estaba cierto que seria desheredado, si lo hacia sin su consentimiento, y que por tanto no queria ser dependiente de su fantasia; que si mis padres querian consentir á que nos diesemos mutuamente palabra de casamiento, al momento que

el seria independiente partiria su fortuna con migo. Ellos consinteron y yo tambien. Mr. Marlowe nos encargó el mas profundo secreto diciendonos tambien que uno de sus criados era un espia que se le habia dado; que hasta entonces lo habia deslumbrado en cuanto á nosotros diciendole que mi Padre era intímo amigo suyo, y contaba pronto ir á hacer una visita á su tio; pero mi miserable vanidad vendió el secreto que me era tan importante de guardar. Yo rabiaba por divulgarlo. Una mañana una jóven, con quien estava muy estrechada antes de conocer á Marlowe, vino á verme. Como! Fanny, me dijo, vos nos habeis dejado á todas por Mr. Marlowe! tened cuidado querida, que no os haga sentir la perdida de todos vuestros amigos = Ah! le dije yo con una sonrisa y un aire desdeñoso, yo tomaré sin duda vuestros consejos = En verdad dijo ella, vos hareis mui bien en seguirlos; y os advierto que hareis una tonteria de no aseguraros un buen establecimiento con Clod el hijo del Molinero. = Con Clod! esclamé con un tono mas elevado, buen Dios, hija mia, vos os olvidais pues quien soi yo? = Quien sois vos! replicó ella provocada

por mi insolencia. Oh! si, dijo ella, si, olvidaba que sois la hija de un pobre Vicario del Pueblo, teniendo mas vanidad en vuestra cabeza que dinero en vuestro bolsillo. = Y yo, le dije, no olvido que vuestra ignorancia es igual á vuestra impertinencia; si soi hija de un pobre Vicario, estoi desposada con un hombre rico, y no pienso que vos podais pretender comparacion alguna conmigo. Nuestra conversacion fué repetida en el Lugar, y llegó á oidos del criado de Marlowe que comprendió al instante el motivo que detenia al jóven en el Lugar, y dió parte al instante al Tio. En consecuencia el pobre Marlowe recibió luego una carta llena de las mas amargas reconvenciones, y una órden de volver sin demora. Este fué un golpe mortal para todos nosotros, pero era menester escoger entre la obediencia ó la pérdida de la benevolencia del Tio. Yo temo, me dijo, preparandose para marchar, y apretandome contra su seno, temo que nosotros estaremos largo tiempo sin vernos, y temo tambien hallarme obligado á prometer á mi Tio de no escriviros. Si estos dos temores se realizan, no imputeis, ni mi ausencia ni mi silencio á ninguna disminucion del

tierno afecto que os profeso. Marchó en fin, y con él se fué tambien toda mi dicha. Poco tiempo despues de su marcha una fiebre maligna atacó á mi madre y terminó sus dias. Mi padre de un caracter débil y de una complexion delicada, se penetró tanto de la casi repentina muerte de su compañera, que sucumbió á su dolor. No se puede describir el horror de mi situacion. Me veia sola en el mundo sin tener una mano amiga que me sostuviese en el borde de la tumba, que habia recibido en su seno lo que tenia de mas querido en el mundo. Yo ignoraba donde vivia Marlowe; y aun cuando lo hubiese sabido, no me habria atrevido á tener comunicacion con él por temor de su Tio. Habia perdido la estimacion de mis vecinos por mi impertinencia, y se limitaban á hacer por mí lo que exigia de sí la humanidad en comun, para impedir el que pereciese, y haciendome sentir toda la amargura de mi dependencia. En esta triste situacion recibí un recado de una de mis camaradas de escuela, casada con un rico hacendado establecido á unas cuarenta millas de nuestro Pueblo, en el que me proponia ir á vivir con ella hasta que estuvie-

se en estado de encontrar algunos medios de subsistir. Yo accepté su oferta con diligencia; y despues de haber llorado por la última vez sobre la tumba de mis queridos Padres, marché con el carruage menos caro que puede hallar para trasladarme á su lado con todo cuanto poseia que se contenia en una maleta.

Yo me lisongeaba encontrar al lado de mi amiga un asilo pasable hasta que Marlowe estubiese en estado de cumplir su promesa, y pudiese yo misma recompensar los buenos oficios que le debia; pero prontamente fue preciso renunciar á esta idea. Pues apenas mi salud estubo un poco restablecida que ella me declaró que era menester que yo encontrase algun medio de vivir con mi trabajo y mis servicios. Yo mé turbé mucho al verse desvanecer así mis esperanzas. Vana como era, imaginaba que Marlowe no pensaria mas con migo, si me abatia hasta el estado de criada. Yo la dixe que no sabia especie alguna de servicio, y que solo sabia bordar y dibujar tal cual, y hacer algunas obras de fantasia. Sobre esta esposicion de mis talentos, me dijo, que podria verosimilmente colocarme al servicio de una Se-

ñora de la vecindad mui rica que mucho tiempo ha que buscaba alguno que pudiese hacerla alguna lectura y trabajar á su gusto. Me previno de antemano que era un poco rara, pero que lisongeandola podria sacar partido de sus caprichos; que por otra parte estaria mui bien allí mi reputacion en una casa tan respetable. Yo no tenia que escoger; é informandome mas particularmente de la Señora supe con la mayor conmocion que era la tia de Marlowe. Mi corazon se sobresaltó de placer al pensar que habitaria con el bajo un mismo techo. Me prometí que el servicio de su tia no me degradaria en su concepto. Era preciso sin embargo que mi verdadero nombre estuviese oculto, y supliqué á mi amiga que no lo divulgase. Ella se burló de la vaindad que me habia sugerido esta idea, pero prometió prestarse á ella. No dudaba mi amiga que seria recibida por su recomendacion, y habiendome llevado algunas de mis pequeñas obras, salí para la casa de Marlowe. Era esta una habitacion antigua rodeada de vallados exactamente iguales, de una llana praderia, y de regulares plantados. Dos estatuas de la misma configuracion, no pareciendose á ser alguno conocido so-

bre la tierra, en los mares ni en el ayre hacian un gesto horrible sobre los pilares de una puerta mui sólida, de que parecia que ellas defendian la entrada. Un portero viejo vino á abrirme á quien dixe el objeto de mi visita. El me escuchó inmoble; y resuelto á lo que creo, á no dejar su puerta aun cuando estubiese encargado de la embajada de un Rey, llamó á un criado, que siendo un poco sordo me dejó un cuarto de hora sin venir, y en fin me conduxo á un aposento del primer piso. Yo me crei transportada á la zona torrida, pues aunque estabamos á mediados de julio, ardia un gran fuego en la estancia. Un tapiz mui espeso en que habia pajaros, cuadrupedos, y flores cubria el suelo.

Las ventanas macisas estaban exactamente cerradas, y los vidrios mui sucios. El dueño y la dueña de la casa, estaban en una gran silla poltrona uno á cada lado de la chimenea. Tres perros y otros tantos gatos dormian á sus pies. El marido estaba apoyado sobre una mesa fixos los ojos sobre un Libro grande, y la muger adobaba una Colcha. La fisonomia de ambos manifestaba al mismo tiempo falta de salud y mal natural. Con que vos sois, me dijo la Señora, levan-

tando de su nariz unos grandes anteojos y examinandome de pies á cabeza, la que venis de parte de Mistriss Wilson; pero hija mia vos sois demasiado jóven para lo que os necesitamos. Como os llamais? de donde venis? Yo venia preparada para estas preguntas, y le oculté el verdadero nombre, y lugar de mi nacimientó = Veamos pues vuestras obras, me dijo. Yo se las presenté = No está esto mal, dijo ella, en cuanto la execucion, pero los diseños son malos y muy malos. He aqui de gusto añadió enseñandome algunas bordaduras en unos cuadros dorados. Yo le dije que jamas habia visto cosa semejante; lo que ella interpretó como una espresion de mi admiracion, que no le supo mal = Seguramente me dijo ella yo corro algun peligro recibiendoos; sin embargo si os quereis conformar con las reglas de la casa, por compasion y por la recomendacion de Mistriss Wilson, me aventuraré á tomaros; pero debeis saber que yo no quiero ni una andariega, ni una curiosa, ni habladora en mi casa: debeis ser decente en vuestro vestido y en vuestro porte, discreta en vuestras palabras, ocupada en vuestro trabajo, y contentaros con salir los domingos para ir

á la Iglesia. Yo ví en este género de vida que se me anunciaba una verdadera y penosa servidumbre; pero me determinó la idea de que se endulzaria con la presencia de Marlowe. Bajo la promesa de llenar todas sus intenciones me quedé. Ella misma se encargó de hacerme executar mis promesas con el mayor rigor. Yo no os contaré las diferentes pruebas que su severidad y agrio humor me hizo sufrir, y bastará deciros que mi paciencia y mi gusto sufrieron un verdadero martirio. Estaba todo el dia sentada al bastidor, trabajando en los dibujos de su invencion que representaban todo lo que hay de mas fastidioso en la naturaleza. Yo no podia poner el pie fuera de casa sino los domingos para ir á la Iglesia, ó algunas veces, por acaso, á la tarde cuando no se podia distinguir de Colores.

Marlowe estaba ausente de casa cuando entré en ella, y no osaba preguntar cuando volveria. Mi salud decaia y mis espíritus se agoviaban al peso de la vida sedentaria que me hacian llevar. Si podia salir un momento, en lugar de disfrutar el aire fresco y hacer algun egercicio, me sentaba para llorar mi pasada felicidad. Yo comia con la vieja ama de

llaves, quien me notició un dia que el jóven Mr. Marlowe, ausente de algun tiempo á esta parte, estaba para llegar al dia sigriente. Por fortuna la buena muger no advirtió mi turbacion. Yo salí de la mesa lo mas pronto que puede agitada de un inconcebible placer. Jamas olvidaré la conmocion que sentí al oir el ruido de los Caballos que lo conducian, y al verle entrar en la casa. En fin procuré continuar mi labor. Mis manos temblaban, y me dejé caer sobre la silla para abandonarme á la idea deliciosa de una entrevista con él, que creia no poderme faltar. Pero mi ama vino á sacarme de esta agradable ilusion, notificandome que devia confinarme en mi aposento, y en el de la ama de llaves, durante el tiempo que su Sobrino, jóven un poco salvage, decia, pasaria en la casa: que discreta y virtuosa como parecia, opinaria sin duda del mismo modo en cuanto á la necesidad de esta medida. A este discurso mi corazon se oprimió, pero pasados algunos momentos me consolé pensando que yo podria engañar á la Ama de llaves, aun cuando fuese un argos. Entre tanto, antes que pudiese executar mi proyecto se pasaron muchos dias, durante los cuales se

me volvia el juicio de pensar que estaba en la misma casa que Marlowe, sin que el supiese nada.

En fin imaginé un espediente que podia á lo que esperaba ponerme en camino para descubrirme. Acababa de finir una obra de la que la vieja Señora gustaba mucho Este era un enorme canastro de flores llevado á la espalda de un Gato que tenia entre sus uñas un desgraciado raton. La alegria de mi ama á la vista de esta pieza maestra me alentó á pedirle permiso para egecutar una obra de mi invencion Ella consintió en ello y me puse á trabajar con ardor. Copie mi figura lo mejor que pude; me coloque con vestido de luto y en una actitud pensativa al lado de una tumba en un Cementerio del campo, al rededor del cual coloqué una casa mui semejante á la de mi Puéblo, y medio oculta en un Grupo de árboles. El conjunto de todos estso objetos devia dispertar en Marlowe el recuerdo de la pobre Fanny.

Yo llevé la obra á mi Ama, de la que estubo mui contenta y dijo que la haria poner en un cuadro. Al dia siguiente, al tiempo que comia con la ama de llaves, se abrió la puerta de un golpe, y ví entrar á Marlowe. Pensé des-

mayarme. Mi compañera dejó caer su cuchillo y tenedor; pero Marlowe dirigiendose á ella le dijo que se encontraba indispuesto, y le rogaba le diese algun cordial para reanimarle. Ella salió con un aire descontento, para ir á buscar lo que la pedia; y luego acercandose Marlowe á mí, arrojandome una mirada de compasion y ternura, me dijo: á las onze de la noche encontraos en la sala. El tiempo me pareció mui largo, pero en fin llegó la hora. Encontré á Marlowe que me apretó en sus brazos; sus lágrimas se mezclaron con las mias cuando le conté mi triste historia. Mi querida Fanny, me dijo, ahora que habeis perdido el apoyo de vuestros Padres me toca á mi reemplazarlos. Yo corresponderé á la confianza que les debo: vuestro honor y el mio son una misma cosa. Yo no me habia engañado en la idea que me habia hecho del tratamiento que tenia que esperar de mis insensibles parientes: si no hubiese prometido solemnemente renunciar toda correspondencia con vos, me habrian abandonado sin remedio. Es bien amargo, me dijo él con las lágrimas á los ojos, el pan de la dependencia. Es con la mayor pena que me someto á una tan in-

digna esclavitud; pero en fin sufro mi situacion, consolado con el pensamiento de la dicha que que partiré algun dia con mi Fanny. Si hubiese sabido añadió, vuestra situacion, lo que me era imposible atendida la vigilancia de los espias de mi Tio, ningun temor me habria impedido volar á vuestro socorro. Sea el Cielo alabado, le dije, de que lo hayais ignorado! Mi Tia, continuó él, me ha enseñado vuestra obra á la que prodiga mil elogios. Yo al principio la miré sin atencion, pero pronto se ha cambiado en el mas vivo interes, cuando he reconocido por los objetos que en ella se representan que este trabajo no podia ser sino obra de vuestras manos. Yo procuré sacar de mi Tia algunas luces que me guiasen en mis congeturas; pero todos mis esfuerzos han sido inutiles. Al vestirme he preguntado á mi criado, si durante mi ausencia habia habido algun cambio ó aumento en la casa; y él me ha dicho que sabia que habia llegado una jóven que trabajaba en bordar; pero que ella no tenia comunicacion alguna con las otras criadas.

Marlowe me declaró al mismo tiempo que él no podia sufrir que viviese por mas tiempo en el estado de criada, y que

queria unir sin tardar su destino con el mio. Al principio me opuse á su resolucion bastante debilmente, y luego, determinada puede ser por mi propio interes, dí mi consentimiento. Convenimos que yo manifestaria á su Tia que mi salud no me permitia estar mas tiempo á su lado y que me retiraria á un Pueblo á seis millas de alli, en donde Marlowe se encargó de traer un Ministro amigo suyo particular, para casarnos. Nuestro plan se egecutó del mismo modo que se habia trazado, y yo llegué á ser la esposa de Marlowe. Vosotros vais á suponerme desde entonces llegada al colmo de la felicidad, y la tocaba en efecto, cuando mi locura me precipitó. El secreto que devia guardar me pesaba estremamente. Suspiraba por el momento en que podria salir brillante de la nube que tenia ocultos mis talentos y mi belleza á los ojos de un mundo, del que estaba segura que me prestaria homenage. Las personas en cuya casa estaba alojada ténian algunas obligaciones á Marlowe, y por interes tanto como por reconocimiento tenian sepultado en el mas profundo secreto mi residencia en su casa. Ellos creian, ó hacian semblante de creer que era una huerfana

encargada á los cuidados de Marlowe, sín saberlo su Tio. Tres ó cuatro veces á la semana, venia á verme Marlowe á escondidas. Un mes se habia pasado de esta manera cuando un dia estando á la ventana de la sala ví á Mistriss Wilson que atravesaba el lugar. Yo me retiré con precipitacion pero no con tanta prontitud que pudiese escaparme de ser observada. Ella al momento golpeó á la puerta con todo el conato de su curiosidad. Yo sufrí bastante bien sus primeras preguntas; pero cuando me reconvino con aspereza por haber dejado la escelente colocacion que me habia procurado, de haber sido falsa diciendo que iba á colocarme en otra parte, en fin de haber perjudicado á Marlowe por mi indiscrecion, no pude contenerme y acordandome de la dureza con la que me habia obligado á tomar el humilde estado de criada, resolví mortificarla completamente, y me dí el tono soberbio que sabia tomar. Yo me balanceaba en mi silla manifestando una perfecta indiferencia á todo lo que me decia, en fin, le dije, con un aire de autoridad, que no me fatigase mas con sus habladurias. Ella se indignó, y encolerizada, me dijo claramente que mi conducta con Marlowe,

era indigna de la aficion que me tenia. Ha! ha! le dije, olvidando toda prudencia, de manera que segun vuestra cuenta el no deberia ver mas á su muger = Su muger! replicó en tono de desprecio y de incredulidad. Para convencerla y acabarla de irritar le enseñé la carta de casamiento. = Así la vanidad y el resentimiento me llevaron á poner mi suerte en las manos de una muger que no conocia sentimiento alguno generoso, y cuyo corazon era devorado por la envidia. La súplica que la hice, á su marcha, de tener en secreto lo que acababa de decirle, no hizo mas que determinarla á revelarlo al instante. Al dia siguiente de su visita ví entrar en mi aposento á Marlowe palido, agitado, y respirando con dificultad, se arrojó en una silla de brazos. Mi conciencia culpable atormentaba mi corazon, y estaba temblando cuando me rcerque á él. El me rechazó dulcemente cuando quise tomarle la mano. Muger cruel é inconsiderada! me dijo, en que abismo os ha precipitado vuestra vanidad é indiscrecion! Vos habeis acarreado la ruina sobre vuestra cabeza, y sobre la mia. La verguenza y el remordimiento ataron mi lengua; y aun cuando hubiese podido hablar no habria

emprendido escusarme. Me puse á un rincon del cuarto, y derramaba un torrente de lágrimas. Marlowe siempre bueno, siempre tierno para mi no pudo sostener su resentimiento. Se abalanzó pues, dejando la silla, á mis brazos; ó Fanny me dijo, vos me habeis arruinado, y me sois tan querida como siempre. Su ternura me conmovió mucho mas fuertemente que lo habrian hecho todas sus reconvenciones, y mis lágrimas y suspiros atestiguaron la sinceridad de mi arrepentimiento.

Todas sus esperanzas por parte de su Tio estaban trastornadas. Con la nueva de nuestro casamiento que Mistriss Wilson le habia dado, despues que hubo salido de mi casa, el viejo habia hecho rasgar su testamento, y habia hecho otro á favor de otro pariente lejano. Al saber este detall estube fuera de mí; me arrojé á los pies de mi Marido, imploré su perdon, manifestandole que yo no me perdonaria jamas á mi misma. El se calmó para no acrecentar la agitacion y la desesperacion en que me veya. Me dijo tambien que perdiendo el socorro de su Tio aun le quedaba recurso en algunos amigos. Partimos para Londres, y no se engañó su esperanza. Poco tiempo

despues de nuestra llegada obtuvo una colocacion en la oficina de la Administracion con un buen sueldo. Mi Marido estaba siempre dispuesto á satisfacer todas mis fantasias á menudo estravagantes Estaba siempre en el ayre no buscando sino divertirme y hacerme admirar. Pasaba por hermosa, y escuchaba con alegria las palabras frivolas, y lisonjas que me dirigian. Yo hize conocimiento con una viuda jóven que bajo la apariencia de virtud ocultaba un corazon depravado, y que sirviendo á los vicios de otros, procuraba los medios de satisfacer los suyos; pero ponia tanto cuidado en su conducta, que su reputacion quedaba intacta, y su casa era el obsequio de las gentes de mejor calidad. Mi Marido que gustaba de sus modales animaba nuestra intimidad. En nuestras diversiones, llegué á ser el objeto de la admiracion del hijo de un Par, que era el principal entre los jóvenes del buen tono. El me declaró que era una de las mugeres mas agradables, que jamas hubiese visto; y despues de esta declaracion yo no falté á imaginarme que era el hombre mas hermoso de los tres Reynos. Como el Lord T. era mi adorador apasionado, yo ciertamente debia é iba á amarle locamente;

pero mis transportes fueron un poco amortiguados por las exortaciones severas de mi Marido, que me decia que el Lord T. era un famoso, ó mas bien un infame libertino, y que si yo no alejaba este hombre de mí, se veria obligado á renunciar la sociedad de la Jóven Viuda. Yo encontraba sus relaciones muy crueles, pero ellas eran firmes, y yo prometia conformarme; promesa que no tenia sino cuando él estaba presente. Estaba entonces en cinta, y Marlowe deseaba que yo criase al que naceria; mi corazon lo queria tambien y estaba resuelta á obedecerle, cuando la viuda que supo mi intencion se me burló de ello, diciendome, que era una cosa ridicula renunciar á todos los placeres de la vida por el amor de un niño lloron, que por otra parte seria mucho mejor criarlo en uno de los Pueblos del rededor. Yo resistí por mucho tiempo á sus argumentos; pero ella me representó con tanta destreza, y fuerza los grandes sacrificios que estaria obligada á hacer, y los placeres á los cuales seria preciso renunciar, que consiguió arrastrarme á su opinion. Yo pretendí que mi salud era demasiado delicada para suportar una tal fatiga, y Marlowe sacrificó al momento su voluntad

á la mia. Muchas veces me he admirado de la facilidad con que cedia á mis menores deseos. Mi pequeña hija fué embiada lexos de mi luego que nació; pero cuando yo estube en estado de engolfarme en el mundo, tube un disgusto mortal al saber que mi noble adorador debia pasar al continente, á arreglar alguno de sus negocios. Yo continué aun á entregarme al placer y á la disipacion durante mas de tres años, durante los cuales tube un hijo, y mi hija volvió de la nodriza. Muchas veces despues me he admirado de la indiferencia y frialdad con que miraba á Marlowe, y á nuestros amables niños que el amaba con todo el entusiasmo de la ternura paternal. Ah! la vanidad ocupaba entónces mi corazon entero, sufocaba los sentimientos de la naturaleza; pues ella es la madre del egoismo y de la insensibilidad, y nos degrada hasta lo mas vil de la humanidad.

El Lord T. estaba entónces de vuelta del Continente. El me juró que mi imagen habia estado siempre presente á su memoria y que yo era tan hermosa como siempre; y yo le encontré el mas amable y mas agraciado de los hombres. Mi Marido me hizo sobre esto nuevas representaciones que algunas veces me hacian

fuerza, pero que las mas desechaba como inútiles. Mis intenciones eran en efecto inocentes, y creia poder satisfacer mi vanidad y mi gusto por el placer sin peligro de mi reputacion y de mi dicha. Acia este tiempo un amigo de Marlowe que vivia á algunas millas de Londres, y que estaba malo de peligro le suplicó fuese á verle. Mi hija tenia una calentura que inquietaba á su Padre y me detenia en casa, lo confieso, á mi pesar. Marlowe ántes de partir, apretandome en sus brazos, me dijo: mi querida Fanny mi corazon al dejaros, se llena de tristes presentimientos. Oh mi querida amiga! en vos y en nuestros queridos hijos tengo puesta toda mi felicidad. Tened cuidado de estas amables criaturas, y sobre todo (arrojandome una tierna mirada), tened cuidado de vos misma, á fin de que á mi vuelta os pueda estrechar en mis brazos con mi alegria acostumbrada. El me hizo este razonamiento con un tono tan solemne y tan tierno, que mi corazon se penetró, y mis lágrimas corrian con las suyas. Yo habia asistido á mi hija con cuidado durante dos dias, cuando la viuda vino á verme. Esta me aseguró que yo caeria enferma si estaba asi encerrada; que mis mexillas estaban

ya casi palidas. Ella me habló de un bayle de mascara que me seria agradable, y por el cual el Lord T. le habia traido billetes para las dos; pero que no iria, si yo no venia con élla. De algun tiempo en esta parte yo deseaba ver un bayle de mascara; sin embargo resistí á sus solicitaciones, pero demasiado debilmente para que dejase de redoblar sus instancias. Cedí al fin, y dejando á la niña enferma al cuidado de una criada, salí con la viuda, á fin de comprar un vestido de bayle. Lord T. comió con nosotras, y estuvimos todos en una alegria la mas deliciosa. Cerca media noche montamos en un Coche con él, para trasladarnos á Haymarket. Yo estaba fuera de mi por sus galanterias, y por el espectaculo brillante que tenia á mis ojos. Nos retiramos á las cinco, y la viuda tomó una silla de mano. Yo deberia haber seguido su exemplo; pero Mylord quiso absolutamente hacerme subir en su coche, y en el camino empezó á tenerme una conversacion que me irritó y me dió algunos temores. Yo le manifesté mi descontento en términos que reprimi su osadia, y le convencieron de que esperimentaría mas dificultad de la que habia creido para dar cumplimiento á sus deseos. El me hizo

su Apologia con un tono tan humilde, que me apacigué. Llegamos á la Casa de la viuda con la misma armonia que habiamos salido. El paso para las gradas estaba mojado, y el Lord T. quiso darme la mano hasta la casa. Yo observé á la puerta un hombre embozado con su redingote, y la cara tapada con su sombrero bajo, pero como nadie lo notó yo tampoco hice grande atencion. Nos pusimos á cenar con mucha alegria, y á conversar sobre los placeres de nuestra velada. Lord T. nos propuso hacer un paseo al dia siguiente en su Casa de campo de Richemont, cuando habriamos descansado algunas horas. Aceptamos su proposicion, y nos retiramos la viuda y yo para tomar algun descanso. Cerca del medio dia me levanté, y estaba vistiendome cuando Milord y la Viuda entraron al mismo tiempo trayendome una carta Buen Dios! dije á la viuda, mi querida Halcot que será de mí si Marlowe está de vuelta? O! leed querida, dijo con impaciencia, nosotros veremos en seguida de encontrar una escusa. = He guardado preciosamente esta carta, continuó Mistriss Marlowe, y la he llevado siempre en mi seno y sobre mi corazon, para preservarme de alguna nueva locura. Vedla.

»Mis tristes presentimientos no eran »sino mui fundados. Estamos separados »para no volvernos á ver jamas. O Fan»ny, á quien he amado tanto, como os »habeis perdido á vos misma, y como »me habeis perdido para siempre! He »sacrificado por vos la fortuna y todas »las ventajas, y este sacrificio nada me »ha costado, persuadido como estaba que »encontraria la felicidad en una vida pa»sada á vuestro lado. Vuestra belleza me »habia encantado; pero sobre todo vues»tra sencillez fué la que cautivó mi co»razon. Yo habia creido haber arrima»do á mi seno la niña querida de la »inocencia y de la sinceridad. Mi deber »y mi tierna inclinacion por vos me »habian determinado á daros un asilo »contra la adversidad. Vos habeis podi»do ver las agonias é inquietudes que he »esperimentado en vuestras mas ligeras »indisposiciones. Yo entonces temia, que »habria sido por mí un suceso casi feliz »en comparacion de la desgracia que me »oprime ahora; pues os lo confieso, Fan»ny, yo habria cien veces mas querido »veros en los brazos de la muerte que »en los de la infamia.

»Estaba yó de vuelta de Casa de »mi amigo postrado por el espectaculo

»doloroso que encontré en ella, y de la »escena de muerte de que habia sido tes- »tigo, pero sostenido por la esperanza »del consuelo que encontraria al lado de »mi Fanny. Buen Dios! que sentimien- »to tan horrible se apoderó de mí, cuan- »do encontré á mi pobre hija casi mori- »bunda abandonada de su madre, y de »la mercenaria á cuyos cuidados ella la »habia confiado! Me informé, y crueles »verdades vinieron á asaltar mi alma. Sin »embargo despues de los primeros mo- »mentos de mi indignacion, fuí de pa- »recer que faltaban unas pruebas mas »claras que el dia para determinarme á »separarme de vos. Ah! demasiado facil- »mente las adquirí. Yo os he seguido en »vuestro insensato camino hasta el mo- »mento que os he visto casi en los bra- »zos del vil Lord T. en la casa de la »infame intrigante, que le maneja sus »placeres. Os admireis puede ser de que »no os haya arrancado de sus brazos. Sin »duda no habria bacilado un momento, »si este medio hubiera podido volveros á »mi poder con toda vuestra inocencia; pe- »ro no era ya tiempo. Me volví á mis »pobres hijos huerfanos ya de madre, y »he llorado sobre ellos con todas las ago- »nias de un corazon tierno cruelmente »vendido.

»Antes que os haga el último y eter-
»no á Dios, quiero si es posible con-
»venceros que jamas puede uno hacer ca-
»llar la voz de la conciencia; que un amor
»criminal va seguido siempre de remor-
»dimientos, y engañado en sus locas es-
»peranzas; que cuando el habito ó la edad
»han debilitado los encantos que han sido
»su origen, muere enteramente en el se-
»no del que no se aficiona sino á las be-
»llezas esteriores y pasageras. Cuando
»este momento de abandono llegará á
»vos, puede ser que os acordeis de Mar-
»lowe. Sí, Fanny, estoy seguro que cuan-
»do los cuidados amargos habrán mar-
»chitado las rosas de vuestro color, cuan-
»do vuestro espíritu estará rendido á la
»desesperacion, pensareis en aquel cuya
»ternura por vos habria sobrevivido al
»tiempo y al infortunio, y os habria sos-
»tenido en el camino penoso de la vida.

»Detenerse en la senda del vicio, es
»un esfuerzo noble y casi vecino de la
»virtud. Podeis vos ser capaz de ello, y de
»dar á los espíritus celestiales la alegria
»que, se nos dice que tienen, del arre-
»pentimiento del pecador! A fin de que
»la necesidad no os haga demasido di-
»ficil este esfuerzo, os dejo todo cuan-
»to puedo quitar de los bienes de mis hi-

»jos. O demasiado querida culpable! acor-
»daos de los preceptos en los cuales se
»os ha criado en la juventud, las leccio-
»nes de aquellos á quienes el sueño del
»sepulcro impide las lágrimas amargas y
»tardías que derramarían como yo sobre
»vos. En la soledad en que me retiro,
»dirigiré al cielo mis pregarias por vos;
»y cuando mis hijos levantarán sus ino-
»centes manos á Dios, les enseñaré á im-
»plorar su misericordia por los mortales
»culpables sin hacerles saber vuestros es-
»travíos. Ah! que no tengan jamas que aver-
»gonzarse de las faltas de una madre!
»Pueda la sinceridad de vuestro arrepen-
»timiento volveros la paz del alma, y
»dejaros encontrar alguna dulzura en la
»vida, bienes que á mi entender habeis
»perdido, á fin de que podais aun soste-
»ner con ánimo el peso de la existen-
»cia! Yo os tendré siempre presente en
»mí memoria, como una persona, que
»fué en otro tiempo la que habia en el
»mundo mas querida de

Marlowe.

Al acabar de leer esta Carta, caí sin conocimiento. Mistriss Halcot y el Lord T. aprovecharon este momento para sa-

tisfacer su curiosidad y la leyeron. Al volver en mi acuerdo me hallé entre los dos. = Vos veis mi querido Angel, me dijo el Lord, que vuestro cruel marido os abandona; pero no os desconsoleis, encontrareis en mis brazos un asilo mas agradable que el que os podia dar él. Mylord tiene razon, dijo Mistriss Halcot, y vos teneis motivos de alegraros del abandono con que os dexa Marlowe.

No os repitiré lo que les dije en mi desesperacion. Yo les eché en cara de ser ambos los autores de mi verguenza y de mi miseria, y miértras desechaba con indignacion al Lord T. que estaba á mis rodillas, dige á Mistriss Halcot que ella no tenia ni sentimientos ni delicadeza; pero las reconvenciones mas duras y mas justas que les dirigia, no aliviaban mi corazon del peso que lo oprimia. Mi conciencia me decia demasiado que yo era el autor de mi propia miseria; estaba como una persona que sale de un sueño espantoso y pesado que no ha recobrado el uso de todos sus sentidos; y á medida que mis ideas de honor y de virtud venian á mí imaginacion, lloraba con la mayor amargura los estravios que me habian alejado de ellos. En este estado, mi sola idea, y mi solo deseo era

reconciliarme con mi marido, y ésta era la sola felicidad á que aspiraba en adelante. Me levanté pues con precipitacion, pero ántes de llegar á la puerta las lágrimas me sufocaron, cuando me vino al pensamiento, que él sin duda estaba ya muy lejos de mí. Mis infames compañeros procuraron apaciguar mi dolor, y me hicieron ciertas proposiciones por las cuales conocí, que en efecto me miraban como una muger tan corrompida como el pobre Marlowe suponia. Yo les escuchaba con el silencio del desprecio, y permanecí algun tiempo incapaz de levantarme, y tomar algun partido, hasta que un criado vino á avisarme que me llamaban abajo. La idea que éste podia ser mi Marido mismo se me presentó, y volé allá, pero no encontré mas que uno de sus intimos Amigos. A su aspecto, mi dolor fué en estremo. Le pregunté si sabia donde estaba Marlowe, y me aseguró que lo ignoraba enteramente: me informó que habia recibido de él á la mañana una carta en que le hacia saber nuestra separacion, y los motivos que tenia para tomar este partido. La Carta contenia la donacion de unos cortos bienes que heredó de su Padre, y un billete de banco de cien libras esterlinas. Tambien

me dijo el Amigo de mi Marido que tenia en su casa todos mis vestidos, pues Marlowe habia despedido la Casa que ocupabamos. Yo no tuve mucha dificultad á convencer á este hombre honrado de mi inocencia; y poniendome bajo su proteccion, obtuve de él que me conduciria en un Barrio retirado donde alquilé una pequeña habitacion. El me prometió emplear todos sus esfuerzos para descubrir la residencia de mi Marido, pero fueron todos inútiles. Haciendome el tiempo perder la esperanza de volverlo á hallar sin disminuir el deseo ardiente que tenia de ello, mi salud se perdia rapidamente; y me aconsejaron mudar de ayres; y así fui á Bristol. Tube allí la dicha de encontrarme en una misma casa con una Señora anciana Irlandesa, cuyos modales dulces y beneficos, ganaron mi confianza, y me sugirieron la idea de contarle mi triste historia con la esperanza de escitar su compasion. Ella habia tenido tambien grandes disgustos, pero como sus desgracias eran de aquellas que traen de sí la vicisitudes de la fortuna y de la vida, y no consecuencias de sus imprudencias y faltas, las sufria con ánimo, y sin las agonías que me causaban las mias. Acercandose su marcha, pre-

veía nuestra separacion con la mayor pena. Ella le disipó proponiendome ir á vivir con ella. Ya habian pasado ocho años despues que habia perdido á mi marido, y no tenia esperanza alguna razonable de encontrarlo, que pudiese hacerme despreciar las ventajas que se me ofrecian. Antes de marchar escriví á muchos de sus amigos para instruirles del partido que tomaba, y del lugar donde se me podrian dirigir las noticias de Marlowe que pudiesen tener. He pasado cinco años al lado de esta respetable amiga, y he tenido el placer de pensar que he consolado sus últimos dias. Esta casa y terreno contiguo, y cuatrocientas libras esterlinas eran toda su riqueza que ella me legó, no teniendo pariente alguno que tubiese derecho.

Los acaecimientos que acabo de contaros son una confirmacion de algunos principios de moral que importa no perder jamas de vista: el uno, que sin un respeto religioso por la consecuencia moral de todas nuestras acciones, nosotros no podemos tener la vida feliz; el otro, que es nuestra conducta en la primera edad la que prepara y dá á la edad avanzada la dicha y el consuelo, ó la miseria y los remordimientos. Si yo hubiese es-

cuchado estas lecciones que dictan la sabiduria y la esperiencia, habria evitado las faltas, que mi imprudencia me ha hecho cometer, y no habria sacrificado mi dicha á la vanidad. En lugar de quedar un ser aislado en el mundo habria visto cercar mi hogar al Esposo á quien habia dado mi corazon, y mis hijos, y puede ser á los hijos de mis hijos jugando al rededor de mi. Pero las privaciones y los dolores son una tasa que debemos á la locura. Vanamente se alega por escusa la debilidad humana, la fuerza del exemplo, las seducciones del mundo; tentaciones, dirán, demasiado poderosas para la virtud que quiere y no puede resistirlas; insuficiente defensa. No hay tentacion alguna á la que nosotros no podamos escapar ó resistir; es pues siempre falta nuestra, si nosotros no encontramos, ó no tomamos los medios. Es falta nuestra si nosotros no evitamos los lazos que el vicio y la locura nos tienden nuestros pasos. Las penas del corazon y las esperanzas engañadas son los gages de la humanidad, y cuando no son efecto de nuestras imprudencias, es menester considerarlas como pruebas saludables, á las cuales nos espone el cielo para corregirnos y hacernos mejores, y

sufrirlas con paciencia y serenidad. Un profundo suspiro escapó á Oscar, asi como acabó de hablar, y algunas lágrimas mojaron las mexillas de Adela. Yo os he hecho, les dijo Mistriss Marlowe, como una vieja que soy, una larga y enfadosa historia, pero cuento en la indulgencia de la amistad.

CAPITULO III.

Habiendo llegado la noche, Adela se levantó para partir, luego que su amiga hubo acabado su narracion. Mistriss Marlowe se guardó bien de detenerla, aunque las miradas de Oscar parecian suplicarle que emplease su amistad. El tiempo estaba sombrío y lluvioso, lo que impidió á Mistriss Marlowe que acompañase á Adela á su Coche. Oscar tomó el paraguas de la mano del criado, y le embió para hacer acercar el Coche, y tener la puerta abierta. Oscar, dijo Mistriss Marlowe no queriendo dejarle á solas con Adela aun este corto instante, Madama Belgrave os dispensa todo obsequio, vos no estais bastante bueno para esponeros al mal tiempo que hace. Ade-

la esforzó sus representaciones con las de Mistriss Marlowe, pero con una voz debil, y en sonidos á penas articulados. Oscar le ofreció su brazo sobre el cual se apoyó. El observó que ella temblaba, y otro tanto hacia él. Puede ser que jamas Adela ni él mismo habian esperimentado una pena tan cruel. Pareciendole á Adela que debia hablarle, para que su silencio no se atribuiese á efecto de demasiada turbacion, le dijo: yo temo que vuestra salud no permite los cuidados que me tributais. Oscar estuvo tentado de responderle, que su salud habia ya recibido un menoscabo mas funesto; pero él se detubo, y se contentó con decirle que seria muy mal soldado, sino podia sufrir un poco de viento. A la luz de las linternas del Coche, divisó que las mejillas de Adela estaban mojadas de lágrimas. Turbada por el temor de dejar ver su comocion, se apresuró á subir al coche, pero antes de dejar el brazo de Oscar descansó en él su mano un momento como si esta accion hubiese sido él *A Dios* que su boca no osaba pronunciar. El Coche partió, y Oscar permaneció inmovil en el lugar en que lo habia dejado, y en una inesprimible agonia, hasta que fué sacado de esta situacion por

la voz de Mistriss Marlowe, que alarmada por su ausencia, venia ella misma á buscarle. Calmado por sus tiernos cuidados, volvió á casa; pero su indignacion contra el pérfido Belgrave le agitó de nuevo. Le maldijo con mil imprecaciones, no solo como autor de su desgracia sino como el de un Ser que queria mas que asi mismo, esto es, la amable Adela.

Mistriss Marlowe lo probó todo para endulzarle y consolarle y llegó al fin á disminuir la violencia de sus sentimientos. Ella convino con él de la grande perdida que habia sufrido, pero le representó que siendo esta pérdida irreparable, la razon y la virtud le imponian la ley de combatir su dolor, de ocultarlo, y de cortar en adelante ver á Adela. El reconoció la verdad de estas observaciones, y prometió solemnemente conformarse con ellas. La amistad de esta escelente muger fué un balsamo derramado en las llagas de Oscar, y su sociedad el único placer que era capaz de distaer. El iba á su casa todas las veces que podida ausentarse de su Cuartel, y á menudo pasaba alli tres ó cuatro dias seguidos. Cesando de frecuentar las casas vecinas á Wood-Lawn

evitó todas las ocasiones de ver á Adela. Sin embargo en las mejores noches de invierno dejava á menudo el buen fuego de Mistriss Marlowe para ir á recorrer las orillas del Lago, y alli los asilos solitarios donde habia pasado horas tan dulces con Adela. Alli se abandonaba á todo el exceso de su dolor, y gustaba en la sensacion de una melancolia virtuosa, un placer que no habria cambiado por todas las delicias de la vida.

Tambien iba muchas veces hasta aquella parte del bosque desde donde se veía el aposento de Adela; y si por un dichoso acaso la veia, aun estando tan lejos esperimentaba un placer delicioso. El dirigia al Cielo los mas ardientes votos por la felicidad de este caro objeto de su ternura, y volvia á Mistriss Marlowe con el corazon aliviado. Esta tierna amiga se lisongeaba que la juventud de Oscar y su alegre natural debilitarian poco á poco una pasion que no se alimentaba con la esperanza, pero este jóven se consumia, y en lugar de alegria le ocupaba la mas sombria desesperacion. El conocimiento que acababa de adquirir de las disposiciones en que estaban por él el General y Adela, hacian sus pesares desesperantes. Al pensar que la genero-

sidad del Padre y la ternura de la hija le habian preparado la mayor dicha a que podia aspirar, perdia el ánimo. Deteniendose sin cesar en el pensamiento de los bienes que habia podido disfrutar, y perdiendo el gusto de todos los que le quedaban lexos de disminuir su dolor con el tiempo, no hacia mas que aumentarse. Lo que le costaba mas que todo era resistir al sentimiento de horror y de indignacion que esperimentaba cuando encontraba á Belgrave. Sin embargo lo conseguia, acordandose, no solamente de la promesa que habia hecho á Mistriss Marlowe, sino lo que era mucho mas para él, la tranquilidad y honor de Adela. El se portaba con él en términos de la mas fria politica, sin darle la menor señal de estimacion ó respeto.

La desgraciada Adela por su parte estaba devorada por el disgusto que ocultaba. Su entrevista con Oscar la habia acabado de hacer perder toda su tranquilidad. La figura pálida, y flaca de este jóven perseguia su imaginacion, y en vano buscaba en la Carta dirigida á Belgrave razones para apartarle de su memoria. Su compasion por él, era mas fuerte que su resentimiento, y se decia

á sí misma: que despues de todo, ella hubiera encontrado mas dulzura en la amistad simple de Oscar que en el amor de cualquier otro. Creia ella que resolviendose á la indiferencia, despues de la indignacion que le habia inspirado esta Carta fatal, se habia condenado ella misma á una vida desgraciada. Belgrave era un hombre sobre quien su eleccion jamas era fruto de la reflexîon, y de los sentimientos habituales. Ya no tenia en su modo de portarse con ella esta dulzura de que se habia valido, mientras le fué necesaria para llegar al fin que se proponia. Insensible y corrompido como era, las virtudes de Adela no le inspiraban estimacion alguna por ella, y el amor que habia sentido, si se puede llamar con este nombre el deseo de gozar, se habia casi del todo estinguido despues del casamiento. Como el General se habia retenido en su poder y dominio la mayor parte de sus bienes, el Coronel se contenia en su conducta con Adela: pero esclavo de sus pasiones é incapaz de reprimirlas, Belgrave olvidaba algunas veces las reglas de la prudencia, que le eran prescritas, y se divertia á mortificar á Adela haciendole chanzas picantes sobre su aficion á Os-

car. Aunque profundamente vulnerada, jamas se quejaba; ella misma habia forjado sus cadenas, y estaba resignada á llevarlas sin murmurar. El pobre General que no penetraba, y la veia tranquila en apariencia, creia que su querida Adela era perfectamente feliz; pero no era ésta la opinion de aquellos que la visitaban á Wood-Lawn. Las rosas de la salud no coloraban ya las mexillas de Adela, y sus ojos no brillaban ya con el mismo lustre.

El Coronel no iba ya á Enniskílling sino por asuntos de su Regimiento, pero hacia frecuentes correrias á la Capital, y á otras partes del Reyno para buscar el placer. Adela estaba un poco aliviada en su ausencia, y el General contento con que no le quitasen la hija, no se quejaba. Se acercaba el tiempo de pasar el Regimiento á otro quartel. Adela no habia visto á Oscar despues de su encuentro en casa Mistriss Marlowe. Habia evitado asistir á las revistas que preceden á los cambios de guarnicion, y deseaba sinceramente que ningun acaso le proporcionase ver á Oscar. Este no pudo sufrír la idea de alejarse sin haberla visto. Sabia el que ella no marchaba con

el Coronel. Los Oficiales debian ir á hacer una visita de despido á Wood-Lawn, y no pudo resistir á los deseos de ser uno de ellos. Fueron pues recibidos por el General y Adela en el salon. Adela se sobresaltó á la vista de Oscar, pero pronto se calmó y entró en conversacion. El General estrechó á los Oficiales á que se quedasen á comer, pero ellos se escusaron con la multitud de visitas que tenian que hacer. Mi querido Fitzalan, dijo el General, cuya colera ya mucho tiempo que le habia pasado, os deseo toda suerte de felicidad, y de suceso, y espero veros pronto á la Cabeza de una Compañía. Acordáos que yo os lo he profetizado. Yo soi soldado viejo, y sentiria ir á subir la última trinchera sin hallarme asegurado de la felicidad de mis Amigos. Vuestro Padre era un hombre mui valiente, y vuestros adelantos es el precio debido á sus servicios. Oscar apretó las manos del General, puso sus ojos llenos de lágrimas sobre Adela, y ésta bajó los suyos, y suspiró. Estad seguro Señor, díjo Oscar, que el reconocimiento que me han inspirado vuestras bondades, es el mas vivo que puede sentir, y que no hay votos mas ardientes que los que yo for-

mo por la felicidad de los habitantes de Wood-Lawn = Votos bien ineficaces, murmuró Adela, á lo menos para mí, de quien la dicha se ha alejado para siempre.

Los deseos del General por Oscar podrían tenerse y reputarse como un cumplimiento de estilo, sino fuesen acompañados de los mas reales ofrecimientos, pero este buen Señor, bienhechor, y caprichoso, despues del casamiento de su hija, habia dicho al Coronel, que su intencion era dar mil libras esterlinas á Oscar para ayudar á sus adelantos. No pudiendo sufrir Belgrave que el hombre á quien habia perjudicado tan cruelmente llegase algun dia á ser su igual, desvió á Honey-Wood de este generoso proyecto, diciendole que Oscar estaba protegido por Lord Cherbury, y que las bondades del General podrian ser mejor empleadas en algun Oficial de mérito que estubiese sin apoyo. El General desistió, declarando que él jamas habia encontrado un Oficial valiente en necesidad sin venir á su socorro.

Oscar obtuvo de Mistriss Marlowe el permiso de escribirle, para saber decia balbuciente, algunas nuevas de la

salud de los habitantes de Wood-Lawn.

Establecido á Dublin donde hemos visto que su Padre y hermana lo habian encontrado, la situacion de su alma era la misma. Se consumia de pesar, y su salud cada dia se disminuia. El no podia darse el consuelo de confiarles sus penas, pues se hacia una violencia de no dejarlas conocer. Así juntaba en su corazon todos los dolores; del modo que un avaro acumula sus tesoros, temiendo y evitando las observaciones de la sospecha. Ah! si cuando apretaba á su amable hermana contra su seno, hubiese podido imaginar que habia sido para Belgrave el objeto de una pasion insultante, no habria podido contener su resentimiento en los límites que se habia prescrito, y habria perseguido al Monstruo hasta el estremo del mundo para castigar este doble atentado.

Entre tanto dejaremos á Oscar, para seguir á Fitzalan y Amanda.

CAPITULO IV.

El Castillo de Carberry donde llegaron nuestros viajantes, era una grande masa gotica construida en los tiempos groseros, en que se buscaba en los edificios la fuerza y la solidez, y no la elegancia y buen gusto. Desde luego se reconocian en él los estragos de la guerra y del tiempo, por unas paredes arruinadas, y unas torres cubiertas en su cima de moho y plantas agarradas. Estaba situado sobre una altura formada por algunas rocas que se adelantaban ácia el mar, teniendo tambien una vista agradable por el lado de la Escocia. Se podian observar tambien restos de las antiguas fortificaciones, un foso, reliquias de de un Puente levadizo, y un pozo seco de mucho tiempo, hecho en la roca. No lejos del castillo se elevaba una alta montaña cubierta de árboles hasta la cima sobre la cual se veían los restos del Templo de los Druidas. Del otro lado se estendía una grande y bella pradería circuida de bosque, y fertilizada por un hermoso riachuelo que descendia de la montaña, y serpanteaba murmullando sobre una cama de guijarros.

Despues de un viage agradable, sobre la tarde del cuarto dia llegaron nuestros viajantes á Carberry. Un viejo y una vieja que eran los conserges de él, estaban avisados de su llegada, y al acercarse el coche vinieron á abrirles y recibirles. Era casi de noche, y los objetos apenas se distinguian. Amanda fué sorprendida y quedó admirada á la vista de este grande edificio, en el cual las cercanias de la noche aumentaban su obscuridad natural. La soledad, el silencio, y el ruido sordo de las olas, que venian á deshacerse al pie de la Roca, ayudaban á la melancolía; pero esta melancolia tenia algo de agradable. A esto se juntaba un poco de aquel entusiasmo que las almas noveleras y sensibles esperimentan à la vista de los restos venerables, y monumentos de la Grandeza é historia de nuestros Padres. Al entrar en una Sala artesonada de un antiguo enmaderamiento de Roble donde se veian pendientes cotas de armas, picas, lanzas y todas las piezas de la antigua armadura, ella llevó sus pensamientos hasta aquellos antiguos tiempos donde, puede ser en esta misma sala, los Bardas cantaban las hazañas de los heroes, cuyas armas veía allí conservadas. En la No-

vela que formaba en su imaginacion, ella hubiera querido tener á su lado algun antiguo Barda, que le contase las proezas del tiempo antiguo, las grandes acciones de los Reyes celebres de nuestro Pais, y de los Gefes que ya no existen. En algunos nichos se vian tambien figuras de algunos Gefes Escoceses, esculpidos en la madera groseramente de cuerpo entero. Su semblante guerrero hizo miedo á Elena. Buen Dios! dijo ella, que diantre hacen allí aquellas villanas figuras, que no son buenas sino para espantar la gente, y parece que quieren sacarla de casa!

Entraron en seguida á una grande Sala amueblada á lo antiguo, donde encotraron una cena bastante buena. Postrados de la fatiga se retiraron cada uno á su Cuarto, despues de haber comido un poco. Al dia siguiente, inmediatamente despues del desayuno, Amanda ayudada de Elena y de la buena vieja se ocupó en arreglar los aposentos. El interior de los apartamientos era tan gotico como lo de afuera: eran escaleras de caracol, galerias que daban vuelta a la Casa, y viejos tapices representando las batallas en que los Señores Castellanos de Carberry se habian distinguido.

Sus retratos y los de sus mugeres llenaban una larga galeria, cuyas ventanas en arco diagonal solo dejaban pasar una luz sombria que daba á las figuras un aire solemne. La galeria remataba en un pequeño aposento formado por una de las torres que flanqueaban el Castillo. Era octagono y tenia la vista del mar y de la campiña circumvecina. Sus muebles eran no solamente modernos, sino de mui buen gusto, lo que exitó la averiguacion de Amanda. La muger vieja le dijo que este aposento habia servido de Gavinete y tocador á la difunta Condesa de Cherbury, antes y despues de casarse. Era, añadió, la mejor y mas amable Señora que he conocido. Ah! El castillo quedó en un instante desierto despues de su muerte. Yo creí que mi corazon se quebrantaria al saber esta triste nueva. Me acuerdo que la noche anterior habia oido el *Banishe* haciendo lamentables gritos = Que es eso? interrumpió Amanda, que es eso *Banishe.*

Que! Miss, dijo la vieja, no sabeis que esta es una muger pequeña que no tiene mas que un pie y medio de alto, que lleva un jubon azul, y un pañuelo atado à la cabeza, y cuando el princi-

pal de una familia, y sobre todo si es numerosa, ha de morir, siempre la oye gritar y lamentarse alguno de los criados antiguos de la casa? = Dios nos asista, dijo Elena. Yo espero que Mylord no imaginará morirse durante el tiempo que nosotros estemos aqui, pues preferiria encontrar una bruja de Peñascos de Penmaenmowr = Proseguid dijo Amanda á la vieja = Y bien Señora replicó ella, como yo os lo decia, oí gritar espantosamente. Jonathan, dige á mi marido, estoy segura que nosotros tendremos alguna mala noticia de Mylord ó de Mylady; y esto es lo que no faltó á llegar. Despues de este tiempo no no hemos visto aqui á nadie de la familia = Haveis visto alguna vez al jóven Lord? preguntó Amanda dejando escapar involuntariamente esta pregunta. = Si, dijo ella; lo he visto cuando aun no tenia mas que ocho años. Mirad su retrato encima la chiminea: Milady lo habia mandado hacer por un pintor ingles mui habil, y lo llevó aquí; se ha querido pintar su caracter tanto como su figura. Los ojos de Amanda se dirigieron con diligencia sobre el retrato, y aun creyó discernir alguna semejanza. El Pintor parecia haber querido espri-

mir la tierna compasion en la figura del niño, que estaba representado dando asilo en su seno á una tremula paloma perseguida por un cruel Gavilan. O Mortimer! se dijo Amanda asi misma, vuestro caracter benefico y sensible está aquí copiado de la verdad; pues vos encontrais vuestra dicha en socorrer la debilidad y el infortunio, y salvarlos de la opresion. Su padre habia querido que eligiese el aposento mas agradable. Ella se decidió al instante por aquel al cual juntó el aposento contiguo que habia sido tambien quarto para dormir Lady Cherbury: Alli se llevó su equipage; sus libros, sus obras, y lapiz fueron colocados en mesitas y armarios embutidos de colores. Contenta del arreglo que habia hecho, conduxo alli á su Padre padre para hacerselo ver. Fitzalan encontró un placer sumo al verla distraerse y calmarse de este modo, y llamó al aposento la Torre de Amanda. Subieron despues juntos á los terrados del Castillo, y fueron estremamente contentos de la hermosa vista que tenian. Se veía á algunas millas de distancia un grande Edificio apoyado contra un bosque de antiguos robles, Fitzalan hizo saber á su hija que aquel lugar era Ulster-

Lodge, perteneciente al Marques, de Rosline Par de Escocia y de Irlanda, y que tenia grandes posesiones en este último Reyno: que cada tres ó cuatro años el Marques venia á pasar algun tiempo, pero que jamas habia venido ni con la Marquesa ni con Lady Eufrasia Sutherland su única hija.

Fitzalan y Amanda prontament trazaron el plan de su vida á Carberry-Castle. Tomaron dos Criados un jóven y una Muchacha, Jonathan y su muger Kate no pudieron tenerlos sino como jubilados. Elena se dedicó al servicio de Amanda. Fitzalan empezó á gustar alguna felicidad, en pensar que disfrutaba una especie de independencia, y que estaba en camino de hacer algunos ahorros para asegurar la suerte de sus hijos. Amanda despues del primer dolor de su separacion de Mortimer volvió á tomar poco á poco alguna serenidad. Las quimeras de la esperanza se apoderaron de nuevo de su imaginacion. Sentia un secreto placer de vivir en una casa en que Montimer habia habitado; se lisongeaba que en las relaciones que mediaban entre ambos Padres, ella encontraria ocasiones de saber algunas veces noticias suyas: juzgaba por su constancia de

la de Mortimer, y creía que este no la olvidaria jamás. Reconocia mui bien que los motivos de Fitzalan para separarla de Mortimer eran igualmente razonables y delicados; pero estaba al mismo tiempo persuadida que si Lord Mortimer declaraba al Lord su Padre su pasion, lo que no dudaba que haria, la ternura del Padre por el hijo, la amistad que tenia á Fitzalan, y el conocimiento que tenia de la descendencia de su familia, le harian dar su aprobacion á una union, que no tenia otro inconveniente que un defecto de fortuna que no podia detener á una alma elevada como la de Lord Cherbury, cuando el y su hijo gozaban de unas rentas bastante considerables para tener aun una gran superfluidad.

Amanda ocupaba agradablemente el tiempo ejerciendo sus talentos. Su Padre cuya principal dicha era procurarle algun placer, le habia comprado una excelente Harpa á Dublin, y las hermosas piezas que egecutaba, minoraban las penas de uno y de otro, borrando sus tristes memorias. Amanda gustaba mucho de levantarse temprano, y disfrutar de los primeros rayos del Sol, paseandose en la praderia aun humeda

de rocio, mientras los rebaños mugiendo pacian la florida yerba, y que las muchachas que los guardaban cantaban sus arias languidas y lastimeras.

Hacia tambien con su Padre largos paseos por las cercanias. El habia de antemano tomado algun conocimiento del Pais, y le hacia notar todo lo que era digno de atencion; los lugares donde los heroes de los primeros siglos habian caído, ó donde se habia elevado una grande piedra como monumento de su fama, que manifestaban á los niños del Norte el lugar donde sus padres habian combatido, y hacian decir al fatigado cazador que se sentaba sobre su tumba cubierta de moho. Aqui descansan nuestros antepasados heroes, y su fama no morirá jamas.

Muchas veces Amanda se paseaba sola y errante entre las rocas del borde del mar que forman grutas naturales. Alli gustaba de leer al ruido de las olas que venian á estrellarse contra la ribera. La vista de las montañas de Escocia sobre la ribera opuesta, se llevaba á menudo su atencion, y le hacian derramar lágrimas al acordarse en ella de las desgracias de su Madre.

Por la mañana, cuando ella traba-

jaba en su aposento, Elena á quien consideraba menos como criada que como Amiga, estaba á su lado, y allí llevaban á menudo la conversacion sobre la Casa de campo de Edwin, de donde Elena pasaba con la mayor sencillez á Tudor-Hall, y á Lord Mortimer, y en fin al pobre Chip, y acababa esclamando »que lástima que el amor verdadero ten»ga siempre obstaculo!"

CAPITULO V.

Apenas habian pasado quince dias cuando la soledad de Carberry-Castle fué interrumpida con las visitas y convites de las familias de la vecindad. La primera á la cual Fitzalan se prestó fué la de Mr. Kilcorban. Este hombre disfrutaba de grandes bienes, los que segun la opinion de muchas gentes podian compensar la groseria de sus modales y su profunda ignorancia; escusa mui insuficiente á los ojos de todos los hombres que piensan con alguna elevacion. Sus mismos defectos eran tanto mas sensibles, cuanto pretendia exceder en todo, y que se creía autorizado por

sus riquezas y su importancia á decir y hacer cuanto le pasaba por la cabeza. Su muger como el mismo, era un compuesto de ignorancia, vanidad y tonteria. Ellos tenian muchos hijos; los tres primeros que empezaban á presentarse en el mundo los miraban sus Padres, y se contemplaban ellos mismos, como verdaderos modelos de elegancia y perfeccion. El mayor habia sido embiado á la Universidad; entregado á sí mismo, habia aprovechado poco en ella, pero bastante á su parecer para un hombre llamado á una grande fortuna, que no tenia necesidad de saber tanto como un Profesor. Sus modales eran groseros; toda su persona sin gracias, y su modo de presentarse era estremamente ridiculo. El no cesaba de estudiar la moda, y su espejo, y tanto él como su familia era lo único en que se ocupaban.

Se miraba á las Señoritas no menos completas, atendido á que habian tenido maestros de toda especie; pero á la verdad, de todo lo que se les habia enseñado, no habian retenido sino las palabras. La naturaleza no habia sido prodiga en comunicarles sus dones; pero ellas se creian bien satisfechas, y empleaban para adornarse los lunares, el

polvo, el blanco y encarnado con toda la exâgeracion de la moda. Ellas pasaban casi todas las mañanas á correr con su Madre de aqui allá en una carroza de seis caballos, á hacer visitas, y recoger noticias Sus veladas las pasaban constantemente en una sociedad numerosa, sin la cual, decian, que era imposible vivir. Afectaban algunas veces la languidez y la sensibilidad; hablaban de amistad, y la profesaban á un mui grande número de personas. Sin embargo pretendian muchas miras aun de parte de las muchachas de su Sociedad, y se complacian á enseñarles sus Galas con ostentacion, formando el designio de mortificarlas, haciendolas apesadumbrar de no poder comprar de iguales.

Mr. Kilcorban habia pasado un Otoño á Bath con toda su familia, y este viage le habia proporcionado materia inagotable para la conversacion. Repetia sin cesar las cosas raras que habia visto, la admiracion que le habian causado, las agradables relaciones que habia formado, y las sumas exorbitantes que habia gastado: todo esto era descrito y exâgerado.

Lady Greystock estaba entonces en casa de Kilcorban, á quien habia veni-

do á hacer una visita; era una viuda vieja que habia conocido á Fitzalan siendo aun jóven; y renovó su conocimiencimiento con él. Las noticias que ella dió de la familia, y relaciones del recienvenido, previno á favor de Fitzalan toda la sociedad. Ella tenia talento y discernimiento, una dignidad que imponia respeto, pero un tono satírico que el retiro le inspiraba.

Una Calesa vieja que estaba retirada de mucho tiempo en la Cochera de Carberry-Castle fué sacada para conducir á Fitzalan y su hija á comer en casa de Kilcorban, que vivia á unas dos millas de allí. Un numeroso concurso se habia juntado cuando llegaron; mientras que Amanda fué presentada á Mistriss Kilcorban, y á Lady Greystock, un favorable y universal murmullo se levantó entre los jóvenes juntados en grupo á alguna distancia del resto del concurso. El uno de ellos esclamó: Dios me condene, si esta no es una agradable muchacha. Este fué ayudado por otro que volvió á esclamarse sobre la belleza de sus colores. Vos sois mui simple, replicó una Señorita jóven que pasaba por tener mucho ingenio; yo estoi segura de encontrar á Dublin por medio duro

tan bellos colores como los que vos admirais tanto. Sus compañeras riéron mucho del Epigrama, y convinieron en que ella sola habia juzgado con acierto. Mr. Brian Kilcorban apoyandose sobre el respaldo de la silla del bello ingenio, añadió, que creía urgente próponer á la Cámara un proyecto, estableciendo una tasa sobre todos los colores de esta especie, porque decia, las mugeres tienen ya de la naturaleza unos encantos tan poderosos é irresistibles, que no tienen conciencia en llamar aun á su socorro el arte. En seguida se dirigió á Amanda que estaba sentada al lado de Lady Greystock, diciendola que despues que habia tenido la fortuna de verla en su casa, habia encontrado el tiempo mui largo, y que bastaba haberla entrevisto para suspirar por el momento de volverla á ver. El anuncio de hallarse dispuesta la comida la libró de estos cumplimientos tontos. La comida fué suntuosa, y Amanda se fastidiaba de muerte. Habiendo las Señoras dejado la mesa; se fueron al salon, y Miss Kilcorban y sus compañeras empezaron á examinar y admirar, la ropa y peinado de Amanda. Que brillante corte de vestido, dijo una. Que hermoso gorro! es-

clamaba otra. Ciertamente querida mia, los Tenderos de modas en Inglaterra tienen un gusto prodigioso Mi querida, dijo Miss Kilcorban á Amanda llevandosela á una ventana, yo tengo una súplica que haceros = Disponed de mi, dijo Amanda, en cuanto pueda seros agradable si la cosa está en mi poder = O! dijo ella, lo que tengo que pediros os es mui fácil, y es reusar prestar vuestro gorro, para hacer otro semejante á todas estas Señoritas que no faltarán á pediroslo, y no lo presteis sino á mí y á mi hermana. Vos no os podeis hacer una idea del estremo deseo que tenemos de ser las primeras en sacar nuevas modas. Es uno mirado con tanta atencion y envidia! Yo detesto todo lo que llega á ser comun. No os podeis imaginar que fastidio es para nosotras todos los Veranos, cuando volvemos de Dublin; nos fatigan con peticiones para dar patrones de nuestras modas; pero nos hemos hecho una ley de reusarlas. Ha! quiero contaros una pieza que jugué á una de mis Amigas. Habia ella recibido en regalo una pieza de la mas hermosa Muselina de Indias, que guardaba preciosamente hasta mi vuelta de Dublin, suponiendo que le prestaria alguno de mis nuevos vestidos para

hacerse uno semejante, por que en efecto la quiero mucho. Yo le presté uno cuya moda ya habia pasado, asegurandola que no habia ninguna mas nueva: he aquí que corta su hermosa pieza de Muselina sobre el modelo que le habia proporcionado, de manera que no podia ya hacer otra cosa. Nos encontramos á un bayle donde se hallaba junto todo lo que habia de mas elegante en los alrededores. Yo no he visto jamas una persona mas desconcertada y que hiciese una figura mas ridicula que mi querida amiga cuando se vió con su vestido antiguo sola en la concurrencia. Creo que iba á desmayarse de veras interin que mi hermana y yo no podiamos contener la risa. La pobre muchacha lloraba de todo su corazon. No pensais que esta es una hermosa pieza? Ciertamente dijo Amanda con una ironia que Miss Kilcorban no tubó talento para discernir; ese fué un excelente chasco = Y bien querida, prosiguió Miss Kilcorban, si vos quereis, mi hermana y yó iremos mañana por la mañana á ver vuestros vestidos = Esto será darse mucha pena bien inutilmente, dijo Amanda, que no gustaba de sus indiscretas demandas; yo no tengo mas que las cosas mas sencillas del mundo,

y yo misma hago todas mis modas = O verdaderamente os aseguro, dijo Miss Kilcorban, que teneis mucho gusto. Mi camarera que es mui diestra, creo que seria capaz de trabajar tan bien, si fuereis vos tan buena que nos prestaseis vuestros patrones, y nos dareis mucho gusto si decis que estas son las últimas modas de Bath. Habeis estado alguna vez á Bath? = No, dijo Amanda = O! os aseguro que es un agradable placer, una estancia la mas encantadora del mundo, un Paraiso verdadero: yo creí morirme cuando nos fué necesario partirnos. Papá estubo inflexible, y jamas ha querido conducirnos alli segunda vez. Es verdad que es un gasto monstruoso. Cuanto creereis que le costó nuestra estada? = Yo soi, dijo Amanda fatigada de tan impertinente charlataneria, la persona mas incapaz del mundo para juzgar estas cosas; y al mismo tiempo se retiró de la ventana. La tarde era hermosa, la parte del jardin vecina á la casa mui agradable; ella habló de ir á pasear. A esta proposicion las Señoritas que habian quedado chucheando entre ellas se miraron, y callaron durante algunos minutos; en fin Miss Kilcorban que no tenia idea de manifestar la menor complacencia por la estrangera,

dijo: Hace mucho viento, y estaria al momento despeynada. Otra mirando sus zapatos de raso blanco, protestó que por nada de este mundo iria por el Cesped humedo; y otra manifestó que una vez compuesta, no podia sufrir ser deslucida. Amanda tenia demasiada politica para insistir, y unanimamente convinieron todas las Señoritas que se mantendrian en el salon hasta que toda la concurrencia se hubiese juntado.

Lady Greystock hizo señal á Amanda para venir á sentarse á su lado. Y bien mi querida hija, le dijo, yo creo que teneis bastante de todas estas Señoritas de campaña, que creen tener el mejor aire y el mejor tono. Amanda se sonrió pareciendo convenir en lo que se le decia. Dios me preserve, continuó Lady Greystock, lo mismo que á todos los que yó amo, de esta charletaneria insuportable! Esto es una confusion de lenguas peor que la de Babel. Algunos tienen la tonteria de mirar á estas Señoritas como otras tantas maravillas. La pobre Mistriss Kilcorban me fastidia alabandome las perfecciones de todas sus hijas. En consiguiendo que estas se hayan casado, lo que ella cree que llegará pronto nos dará en tres ò cuatro de otras, una nue-

va nidada de Gracias que van produciendose Jesus! que gazapera de Paisanas. Yo apostaria mi cabeza que al momento que hable van corriendo como potros sueltos, fatigando y atormentando á una desgraciada Aya Francesa antes de ahora ama de llaves de una Señora de calidad, y que aun no sabe la Gramática de su propia lengua = Ah! dixo Amanda, la prevencion de Mistriss Kilcorban por sus hijas es mui natural; es de una Madre = Si, dijo Lady Greystock; pero por esto no es mas escusable; yo emprenderia desengañarla, si creia que todos los que vienen aqui me perdonasen el haberles privado el placer de burlarse de ella y sus hijas.

Mr. Brian Kilcorban con algunos otros hombres entraron entonces en el salon. Yo veo dijo Brian á Amanda, que vos os habeis dejado governar por la Viuda; pero sea yo ahorcado sino es verdad que que dejaria crecer mi barba, si todas las mugeres le pareciesen. Vos fingis á maravilla, replicó Lady Greystock siempre pronta á la respuesta. Ah! pobre jóven todo el cuidado que podeis tomar del esterior de vuestra persona, no es capaz de hacernos creer que en el fondo valgais alguna cosa. A este momento Lady

Greystock fué á un partido de Wisk, y Miss Kilcorban tomó al instante el lugar dejado por la vieja Señora. Querida mia, dijo, vos estareis mui incomodada con esta Señora; es la mas estraordinaria del mundo. Apostaria que os ha pedido, como hace á todo el Mundo, que le hagais algun delantal ó pañuelito. Ella nos atormenta sin cesar con peticiones de esta naturaleza, de las que no nos podemos desasir, respeto de que es rica y pariente de Papá, y que no lo tiene mas cercano que nosotros = Estos son, dijo Amanda motivos bastantes para tener algunas complacencias con ella; pero podriais, me parece, tener mas cuidado de ocultarlas = O, nada de eso, dijo Miss Kilcorban; todo el Mundo lo sabe tanto como nosotras. El verano pasado, estaba ella aqui, y tuvo la fantasia de tener un delantal como el mio, y me rogó que yo misma se lo hiciese, queriendo, decia ella, impedirme estar ociosa. Yo se lo prometi y escrivi á la casa de Moraves á Dublin, donde habia comprado el mio, para que se me hiciese otro en todo semejante. Luego que lo recibí, se lo llevé, esperando que me daria en cambio algunas de sus agujas de diamantes, que tantas veces me ha oido ad-

mirar, y son las mas hermosas que conozco, y que le servian de mui poco. Ella tubo la crueldad de no pensar en ello solamente. En verdad, dijo Mistriss Kilcorban que estaba sentada al otro lado de Amanda, y habia escuchado con gusto particular la charletaneria de su hija Lady Greystock es una muger mui estravagante; yo no la he encontrado pareja en todos mis viages á Inglaterra, Irlanda, y al pais de Gales, pero ella tiene la lengua bien colgada, y jamas se queda corta.

Si, se decia Amanda asi misma, y se puede decir otro tanto de vos y de vuestras hijas. Despues del Té, se dejó conducir á jugar, pero prontamente se enfadó de la compañía y del juego, y pidió permiso para retirarse. Ella tenia esperanza de poder conversar aun con Lady Greystock; pero esta vieja Señora amaba el juego con tanta pasion, que no lo habria dejado por disfrutar de la elocuencia de Ciceron. Kilcorban viendo á Amanda desasida, la persiguió aun con sus ridiculos cumplimientos, hasta que un desafio á las treinta ó cuarenta que se llevó á Kilcorban, la libró de esta persecucion. Ella dió vueltas al rededor de las mesas del juego hasta la hora de Cenar.

Amanda tenia la costumbre de decir á su Padre su parecer sobre las sociedades en que se encontraba, y sus sentimientos se hallaron perfetamente de acorde sobre la que acababan de dejar. Ella le divirtió mucho contandole lo que las Kilcorbans le habian dicho de Lady Greystock, pues el sabia con que baxeza ellas lisongeaban á la vieja Señora, con la esperanza de tener de ella alguna parte de su fortuna.

CAPITULO VI.

Fitzalan y Amanda habian prometido pasar la tarde siguiente en casa de un Arrendador de la vecindad, que vivia cerca de una milla de Carberry-Castle. Era esta una casa cubierta de paja, pero por otra parte propia, y fuerte. Estaba situada en una bella praderia, separada del camino real por un cercado de Zarzas. Al otro lado del camino habia un grande pasto comun al fin del cual se veían las respetables ruinas de un grande edificio, en otro tiempo Abadia de Santa Catalina, que presentaba un triste egemplo del poder destructor del tiempo, y llevando

tras sí la atencion y la curiosidad, obtenia tambien el suspiro de la sensibilidad.

La famila del arrendador se componia de tres hijas y dos hijos todos adornados de lo mejor que tenian. Ellos habran juntado un gran número de vecinos entre los cuales habia un Ministro gordo y pequeño, llamado el Padre O-Gallaghan, que pasaba por el alma de todas las partidas de diversion, y un ciego tocador de la Corna musa. El aposento era pequeño y embarazado de muebles tanto como de concurrentes. Este no estaba separado de la cocina sino por un pequeño pasadizo; y el vapor de la turba y el horno donde se cocian las tortas daban un calor intolerable. Por mas que Amanda se acercó á la ventana para tomar un poco de aire, se encontró algo incomodada. Como no estaba aun dispuesto el Té, pidió á Miss O-Flannagan que la condugese á Santa Catalina, á lo que la muchacha consintió. El Ministro que la miraba de lado y de arriba á bajo desde que habia entrado en el aposento, tomó entonces su grande risa, y le dijo: Yo desearia mucho veros Religiosa de Santa Catalina, pues esto haria un grande bien á mi alma tener que con-

fesar á una hermosa criatura como vos, aunque á fe mia creo que seriais como Paddy M'Denough, que tenia por costumbre confesarse en las Pascuas, y sin embargo jamas tenia cosa que decirme. Yo entonces le decia, mi querido Paddy, vos sois un gran Santo; es preciso que os pongamos en algun nicho. O Padre, decia él, no, aun no. Es menester que antes tenga con que hacerme un habito nuevo, que yo no puedo tener hasta San Miguel. Amanda dejó la compañia riendose de este impropio cuento, mientras su Padre estaba en conversacion con algunos arrendadores de la vecindad que le pedian rebajase alguna cosa del precio de sus arriendos.

No distaba mas que un cuarto de milla la casa de la Abadia; pero el terreno era pantanoso y escabroso, y las raices de los arboles manifestaban que en otro tiempo habia habido alli un grande bosque. Aun se veian algunos restos de él en los grandes arboles, vecinos al edificio de la Abadia, que parecian ocultar con su sombra venerable las ruinas que habian visto sus progresos, y que Amanda encontró mui dignas de ser notadas. Ella se admiró de la elegancia y estencion que debia haber habido en el

antiguo Edificio, y sus restos daban idea de ello. Recorrió con un Santo respeto los espaciosos claustros consagrados en otro tiempo á la meditacion y los vestigios de las celdas antiguas, que aun se conocian entre las paredes y arcos arruinados y medio ocultos por las plantas agarradas, y la yedra enredada. Miraba con interes las tumbas de los que habian habitado estos Santos lugares, colocadas al rededor de la de su fundador que se distinguia entre ellas por una Cruz. Era, segun tradicion comun, que le contaba Miss O-Flannagan, un Santo Religioso que dirigia la conciencia de una Señora piadosa. Esta Señora, proxima á morir habia tenido un sueño particular. Un Angel, decia ella, se le habia aparecido, y le habia mandado legar todos sus bienes á su Confesor, quien, sin duda, haria de ellos mejor uso que aquellos para quienes los habia destinado. Ella obedeció esta órden y este Santo hombre empleó sus bienes en fundar esta Abadia dedicada á Santa Catalina patrona de la benefactora. El techo de la antigua Iglesia habia caido de vejez, pero aun se veian muchos monumentos de piedra escapados de la destruccion de los tiempos; estatuas de Santos y Martires, Altares,

pilas de agua bendita, muchas tumbas con inscripciones curiosas y las mas ininteligibles. Sobre una piedra lisa, que parecia recientemente colocada y que la yerba empezaba á cubrir en parte, vió esparcidas recientes flores, y poniendo la vista sobre su compañera la advirtió algunas lágrimas, Amanda le preguntó la causa de su conmocion, y la jóven muchacha le dijo que era la tumba de un hermano querido que habia perdido. Amanda se detubo conmovida de esta escena sensible. Todo á su alrededor era triste solitario y silencioso. El suelo del lado de la Iglesia, cubierto de yerba y moho parecia no haber sido pisado por hombre alguno despues de mucho tiempo. Las paredes desquiciadas amenazaban ruina, y el viento silvando en sus grietas, daba á la imaginacion la idea de los gemidos del dolor, llorando la destruccion de estos Santos lugares. La amable y sensible Amanda, lleno el espiritu de ideas melancolicas y morales, inclinada sobre la tumba del hermano de su compañera, la mojaba con sus lágrimas, y levantando una de las flores ya marchitas: O! decia, que justo y verdadero es este emblema de nuestra vida y que es bien representado por estas pa-

labras. »El hombre es como la flor de los campos, que brilla un momento, y luego pasa.»

Miss O-Flannagan la condujo entónces por algunos rodéos, al fin de los cuales se encontró con estrema sorpresa en un grande jardin cercado por todas partes de ruinas, en la mitad del cual se encontraba un largo casco de edificio que su compañera le dijo que era un convento: habia al fin una puerta de una capilla, donde entrando encontráron una religiosa en oracion (1).

Amanda se retiró por temor de incomodarla; pero Miss O-Flannagan se la acercó, y la religiosa la volvió el saludo con aire de cordialidad. Era muger de cincuenta años, por lo que luego supo Amanda, pues parecia tener muchos ménos. Conservaba un hermoso cútis sin arruga alguna; y sus mejillas tenian aun mucha frescura. Aunque por su acento se vió que era estrangera, su voz era armoniosa y dulce, y la benevolencia que manifestaba en todo su modo, compensa-

(1) La Abadía y las religiosas que el autor describe aqui, las ha visto en otra parte de la Irlanda. *Nota del Autor.*

ban con ventaja el defecto de las gracias que uno podia echar de ménos. Su ropa hecha de flanela blanca era larga y sujetaba al rededor de su cuerpo con un cinto del cual pendia un rosario y una cruz. Llevaba un velo de lo mismo que la llegaba hasta el suelo, y una especie de capilla, y una cinta escondian sus cabellos.

Miss O-Flannagan presentó á Amanda como una estrangera que deseaba ver lo que hubiese de mas curioso en la capilla. Ah! mi querida, dijo la religiosa, siento que haya venido en este momento, en que nos encuentra á todas con el mayor desconsuelo por la pérdida que acabamos de tener de nuestra Priora, por la cual veis que el altar está cubierto de luto; pero si quereis venir el domingo próximo, dijo á Amanda, nos encontrareis en estado de recibiros mejor. Habiéndole respondido Amanda que no podria volver aquel dia, le dijo la religiosa: yo lo siento, pues vos habeis ganado mi corazon y cuando amo á alguno, le deséo la felicidad que yo disfruto. Amanda sonriéndose le dijo: yo creo que en efecto vos sois aquí muy feliz. La religiosa le enseñó con todo agrado las reliquias y adornos de la capilla. En el número de aquellas se hallaba la cabeza de una de

las once mil vírgenes, y un armario lleno de vestiduras sacerdotales de seda muy ricamente bordadas: tambien la enseñó en unas gavetas una porcion grande de flores artificiales, obra de las religiosas y de sus educandas. Amanda creyó deber pagar la pena que la habia causado, comprando algunas; y despues de haber dado una parte á Miss O-Flannagan que le parecia tener envidia, dejó las restantes á la religiosa, prometiendo venir á tomarlas al dia siguiente, venid, dijo la religiosa, y estad segura que seréis mui bien venida. Veréis aquí criaturas pobres mui felices, pero ninguna mas feliz que yo. Entré en esta casa á diez años; hice mis votos á los quince, y despues de esta época hasta el dia que es un largo espacio de tiempo, he llevado una vida feliz, gracias á la santísima vírgen, dijo levantando los ojos al Cielo. En seguida hizo subir las estrangeras en el coro de las religiosas, separado del resto de la capilla por una ligera balustrada. Allí habia un órgano, á la vista del cual la religiosa suspiró. ¡Ah! dijo ella, no encontrarémos jamas una organista como la pobre Sor Agueda; era en efecto digna de entrar en el coro de los ángeles. ¡Ah! querida mia, dijo á Amanda, si vos la hubieseis cono-

cido la hubierais amado sin duda. Era nuestra Priora, y habia sido nombrada para este empléo á la edad de veinte y nueve años; era ser muy jóven para un empléo que exige mucha capacidad. El domingo próximo se retirarán las fúnebres colgaduras, como os he dicho; pero el luto quedará siempre en nuestros corazones. Miss O-Flannagan advirtió á Amanda que ya era tiempo de volverse, á lo que consintió Amanda á su pesar. La religiosa la instaba que se quedase, y luego se limitó á recordarle la promesa de volver. Volviéndose acia la casa, la compañera de Amanda la notició que la pequeña comunidad consistia, solamente en doce Religiosas: que sus cortos bienes puestos en comun no sufragaban á todas sus necesidades; que tenian una escuela donde las muchachas de la vecindad iban á aprender á leer, escribir, coser, bordar, y hacer flores artificiales; y añadió que estas religiosas tenian la libertad de salir de su encierro, pero que pocas de ellas usaban de ella; y que á escepcion de las jóvenes, no practicaban ninguna de las austeridades de los conventos del continente.

Creyó Amanda que una institucion de esta especie convenia perfectamente á

la situacion de las personas que la habian adaptado. Encontrando un asilo en el seno mismo de las ruinas de que estaban cercadas, viviendo en medio de las tumbas, sus proyectos y sus deséos no se estendian mas alla del encierro de sus paredes arruinadas. Ningun otro objeto se presentaba á su vista que les tentase traspasar este límite. El mundo que irian á buscar sería para estas criaturas de la naturaleza y de la pobreza, tan seco y falto de hospitalidad como la comun esterilidad, que tenian á sus ojos.

El Padre O-Gallaghan vino á la puerta delante de Amanda, y tomándola la mano con familiaridad, la dijo: ya habeis permanecido bastante tiempo allá para tomar el velo. Nosotros estamos todos esperándoos; las tortas tienen ya manteca, y él té está hecho. Ah picarilla! por san Patricio que estos ojos brillantes no se os han dado para el bien de vuestra alma. Vos venis aquí á turbar los corazones pacíficos de nuestros jóvenes y sencillos Irlandeses. Tonto sería quien dudase que pronto causaréis entre ellos bastante desórden del que responderéis delante de Dios; y entónces, supongo que os vendreis á confesar conmigo, y yo os daré la absolucion; pero entended,

querida, que quiero se me pague por adelantado. Amanda retiró su mano, y se entró en la sala, en donde la concurrencia se disponia á tomar el té, y á merendar con todos los regalos de que estaba cubierta la mesa y para cuyo acto cada muger estendió un pequeño pañuelo sobre sus rodillas. Las dos hermanas O-Flannagan se habian dado tanta prisa á hacer y servir el té que estaban encarnadas como las cintas de que llevaban cargada la cabeza. Se quitó la mesa, se arregláron las sillas, se colocáron los bancos hasta en el pasadizo, y la cornamusa tocando una giga irlandesa fue la señal dada para el baile. El hijo mayor del Arrendador vestido azul celeste todo nuevo, sus cabellos mui lisos cayéndole sobre la frente, y la cara encarnada como fuego se adelantó ácia Amanda, y le suplicó, con mucho embarazo y multiplicadas cortesías que le hiciera el favor de bailar con él. Ella titubeaba cuando el Padre O-Gallaghan dándole una manotada sobre la espalda la hizo sobresaltar y levantarse de su sitio. Él se puso á reir á carcajadas diciendo, que deseaba mucho ver á una jóven alegre y animada; que como él no podia bailar, se consolaba llenando las funciones de maestro

de ceremonias, é insistia en que Amanda abriese el baile bajo la direccion del ministro con botas. Ella no se hallaba dispuesta, pero estaba llena de aquella complacencia, que hace que uno sacrifique su gusto por el de los demas, para el recréo de la sociedad, y por lo mismo se dejó conducir por el ministro hasta la parte superior de la sala, y abrió el baile: pero no estando el suelo ni enladrillado, ni entablado y solo allanado de tierra se cansó prontamente, y se escusó de continuar á bailar. Ella y su padre de buena gana habrian dispensádoles la cena; pero viéron que casi era imposible sin mortificar á las buenas gentes que los recibian con tanta hospitalidad.

La mesa estaba cubierta con profusion, de buenas y grandes viandas de campaña. Nadie disfrutaba de los placeres de la fiesta como el ministro. Cuando cesaba de comer, atacaba á todo el el mundo con sus chanzas y divertia á todos los convidados; y como Falstaff, no solamente estaba alegre él, sino que ponia en alegría á los demas. Os ruego padre mio, me digais, le preguntó un jóven, como pagaréis el obsequio que se os hace aqui. = Dando á mis huéspedes mi bendicion ¿ que puedo yo dar-

les mejor? = Vos podeis pensar asi, le dijo el jóven, pero nosotros no juzgamos del mismo modo, y á este propósito os contaré una pequeña historia. Un hombre pobre se dirigió un dia á un Ministro que pasaba por mui rico, y al mismo tiempo muy caritativo. Pero todo lo que se cuenta no es el Evangelio, y mi hombre tenia algunas dudas sobre la grande caridad del Ministro, y resolvió ponerla á prueba. Padre mio, le dijo, acabo de esperimentar grandes pérdidas; mi choza se ha incendiado; me han robado mis lechoncillos, y mi vaca ha caido en un foso, y ha muerto; de manera que vengo á implorar vuestra caridad, y á suplicaros por amor de Dios, que me presteis una corona (1) = Una corona! replicó el ministro montado en cólera; y á qué oficio crees tu pícaro que yo gane tanto dinero para poder prestar, á ménos que robe como tú? = Ah padre, vos sabeis que me he confesado con vos, y que de nada de esto me remuerde la conciencia. Decidme solamente si quereis prestarme tan solo media corona. = No, dijo el Ministro, ni un farthing (2) =

(1) Poco mas de cinco pesetas nuestras.

(2) La mas pequeña moneda que se usa en Inglaterra.

A lo ménos me dareis vuestra bendicion dijo el paisano = O! esto con mucho gusto, replicó el ministro. = Pues bien, dijo el paisano yo no quiero vuestra bendicion; pues vos veis que si hubiese valido un farthing, no habriais querido dármela.

Fitzalan estaba un poco admirado de la libertad con que estas gentes trataban á su ministro; pero reia como los otros, y sabia bien que permitiéndolas chancearse con él, no tenian deséo alguno de sacudir su autoridad. Luego que le fué posible, se retiró con Amanda. Esta diversion no tubo por ellos otro agrado que el de la novedad. A la mañana del dia siguiente, Amanda volvió al convento, y preguntó por la Sor María, aquella buena religiosa que habia visto el dia anterior. Esta compareció luego, y alegrándose mucho de volver á ver á Amanda, y la condujo á la escuela, donde estaban las educandas, y todas las otras religiosas. Amanda estubo encantada del aire de contento de estas mugeres, y del órden establecido en su escuela, como tambien del celo que le manifestáron en satisfacer su curiosidad. Despues la condujéron al interior de la casa, recorrió todos sus apartamentos que consistian en una celda porcada religiosa, amueblada

con una cama, una silla, una mesa y un crucifijo. En seguida la lleváron á una sala en la que encontró á la nueva Priora. Era esta ya de edad, pero un pintor que quisiese retratar la benevolencia hubiera podido tomarla por modelo. Su fisonomía, y su aspecto respiraban dulzura y bondad. Se veian en algunos de sus rasgos, los vestigios de un profundo pesar; pero la dulce serenidad de su mirar anunciaban su perfecta resignacion. Ella recibió á Amanda con una verdadera política salida del corazon, y Amanda concibió por ella una estimacion respetuosa. Observando que la situacion de esta estimable muger era la mas feliz que podia tener, le pesaba á Amanda que el mundo estuviese privada de una persona que habria sido su adorno y modelo.

Sor María habia desaparecido un momento, pero prontamente llegó llevando unas tortas, de las que Amanda no pudo ménos de gustar. La buena religiosa estaba encantada de la jóven estrangera, y no teniendo arte alguno para ocultar sus sentimientos; esprimia abiertamente su admiracion. Mi querida madre, decia á la Priora ¿no es esta una encantadora criatura? Los bellos ojos, la hermosa mano! Ah! si la vírgen santa quisiese tocar su

corazon, y determinarla á venir á vivir con nosotras; que feliz sería yo! La priora se sonrió; y no tomando parte en el celo de Sor María: sería grande pecado, decia, que una tan hermosa flor, se escondiese en las ruinas de santa Catalina.

Amanda volvió á comprar algunas flores artificiales, y las religiosas la instáron que las hiciese frecuentes visitas. A su llegada á Carberry-Castle, encontró á la puerta un coche de donde vió salir á Lady-Greystock, y las hijas de Kilcorban Todos. allí hablaban á una vez; de manera que Amanda no entendió la mitad de lo que decian. Visitas enfadosas, decian, les habian impedido desde la víspera por la mañana ver las cosas bonitas que Amanda les prometió enseñar. Amanda les satisfizo, y les permitió tomar todos los patrones que quiseron escoger. Lady Greystock se sonreia con malignidad á todas las indiscreciones de estas jóvenes. Manifestáron deséo de ver el castillo, y Amanda las acompañó. Las contentó mucho el gabinete de tocador. Allí las señoritas jóvenes, curiosas hasta la indiscrecion, quisieron verlo todo y examinarlo todo; pero Lady Greystock tan curiosa como

ellas no les podia vituperar una libertad que ella misma se tomaba. Al observar una pieza bordada al tambor, encontró el dibujo muy hermoso, y sabiendo qne era de la mano de Amanda, la hizo mil cumplimientos sobre su gusto, y manifestó que quisiera uno muy semejante á toda costa. Espresó ella tan claramente su deséo que Amanda no pudo ignorarlo; y encontrando algun placer á obligar una persona de su edad, la prometió trabajar uno para ella en acabando el que tenia puesto. Lady Greystock se sonrió graciosamente á esta obsequiosa promesa, y la dijo muchas dulzuras. Las dos Miss Kilcorban se miráron malignamente, y tomando á su turno la mano de Amanda le protestáron que habian concebido por ella una tierna amistad, y que esperaban disfrutar á menudo de su sociedad. Amanda respondió friamente á esta falsa política, y las señoras volviéron á partir.

CAPITULO VII.

La soledad hacia las delicias de Amanda, por que en ella podia abandonarse á sus queridos pensamientos. Esperaba siempre volver á ver á Lord Mortimer, y se lisongeaba que Lord Cherbury daría á su union un consentimiento que disiparía todos los escrúpulos de la delicadeza de Fitzalan. Divirtiendo á su padre, llenando ella misma agradablemente su tiempo, empleando sus talentos, y entregándose á las ilusiones lisongeras de la esperanza, gustaba unos placeres que preferia á las vanas diversiones que le ofrecian las concurrencias, á las que era á menudo convidada. Jamas le daba pena emplear el tiempo á Carberry-Castle y en toda la estension de su dominio, dirigió con preferencia sus cuidados al jardin, cuya situacion era del todo pintoresca, y cuya rusticidad natural estaba aumentada con el abandono en que habia estado despues de mucho tiempo. Amanda encontró aun en muchas partes, señales del gusto con que habia sido plantado, y se propuso volverlo á su primera be-

lleza. Los árboles frutales no estaban podados, las calles estaban cubiertas de hierbas, y las flores sufocadas debajo las zarzas. De un lado habia una parte del jardin toda agreste cercando un templo gótico, del otro un terreno pendiente en diferentes caras sembrando de piedras. Algunos senderos hechos en la roca viva, conducian á una gruta que se encontraba encima de una de las mas altas peñas. Una cruz groseramente esculpida y los restos de una tosca cama anunciaban una antigua hermita. La gruta estaba en el borde de la mar; y á alguna elevacion debajo de ella estaban las rocas cortadas por el pié, contra las cuales las olas venian á batir con violencia. Sobre una puerta baja, y al centro de ella, habia una piedra pulida, sobre la cual se leian gravados estos versos de Dye: »á menudo el peregrino, »cuando la noche es mas profunda, y en »mitad de sus oraciones, oye con es»panto, benderse las altas torres, á »la voz del tiempo y caer con un »ruido semejante al de un trueno, que »se levanta hasta la region de la luna."

Con los cuidados de Amanda el jardin tomó prontamente un aspecto mas risueño. Se renovó la cama de la her-

mita, su gruta adornada de muchas conchas y plantas marinas, vino á ser un delicioso retrete. Los árboles fuéron podados; las calles limpias de las espinas que las embarazaban, fuéron recompuestas de piedrecitas y arena, y hasta el altar del pequeño templo gótico fué adornado de flores que Amanda habia comprado en santa Catalina, dispuestas en guirnaldas y festones.

Ella se enmarañaba á menudo en los senderos torcidos de la montaña, y los seguia hasta muy léjos del castillo. Desde esta altura gustaba ver las ondas del mar brillar con el reflejo de los rayos del sol, de los cuales estaba defendida por espesas hojas; pero ni sus placeres hijos de la imaginacion, ni los deliciosos paséos, ni los cuidados domésticos le hacian olvidar las necesidades de la doliente humanidad, á las cuales podia proporcionar algun alivio. Visitaba los asilos de la pobreza, y les llevaba todos los socorros que la medianía de su fortuna ponia en sus manos. La miseria tan comun y tan grande de la gente la llenaba, no solo de compasion, sino tambien de sorpresa: no podia comprender como la libertad y un suelo fértil no daba á todos los habitantes de un

pais la comodidad, y la dicha. Su padre, á quien daba parte de su admiracion, le esplicaba como el no residir los propietarios en las heredades era causa de la pobreza de los paisanos. Sus rentas, la decia, se gastan en una tierra lejana, en lugar de enriquecer el suelo que las ha ganado; su interes bien entendido deberia las mas de las veces emplearse en las mismas tierras. La renta de medio año empleada así, volvería al provecho de los pobres feudatarios, cuyos trabajos han servido para hacerlo nacer. Escitando su reconocimiento, animarian su industria, y aumentando sus productos, mejorarian aun la posesion para el mismo propietario.

Las nubes, continuaba Fitzalan, que se forman de las nieblas y vapores levantados de la tierra, vuelven á caer en lluvias y rocíos para refrescar y fertilizar el suelo mismo que las ha formado. La mayor parte de los vegetales fecundan la tierra que los ha nutrido; y así la naturaleza en todas sus obras, da por todas partes al hombre egemplos y lecciones; pero esclavo de la disipacion no sabe ni estudiarla ni seguirla; agota así sus manantiales abundantes de placeres, tales como los de endulzar las penas de

hombre laborioso, aliviar al pobre, y levantar el ánimo del mérito abatido. O! y que superiores son estos placeres á los que pueden dar el fausto y la disipacion.

Se abandona la felicidad real por un vano fantasma que se llama placer, que se desvanece en un momento y que en este mismo momento os penetra el seno con un envenenado dardo. El corazon que se complace en las funciones domésticas, que eleva hasta los cielos la voz de un piadoso reconocimiento, que se enternece al aspecto de la desgracia, este solo puede gustar los placeres durables y verdaderos. La resignacion con que las pobres gentes del campo suportan sus privaciones, es un egemplo para nosotros mismos que debe detener nuestras murmuraciones cuando nos acosa la adversidad. Ellos sufren sin quejarse; el que tiene un monton de *turbes* para el hivierno un pequeño cuadro de coles, y patatas, una vaca, un tocino, y algunas gallinas se encuentra feliz bajo el techo de paja, que divide con los animales domésticos.

Un pensamiento delicioso ocupaba muchas veces á Amanda; se representaba á Lord Mortimer viniendo á habitar á Carberry-Castle; haciendo desaparecer las chozas de los paisanos, para substi-

tuirles casas sanas y acomodadas; recorriendo la campaña con proyectos de beneficencia realizados prontamente por las manos de la caridad; dando colores de salud á las mejillas ajadas por la miseria, y trayendo el contento y la alegría en los lugares que no la conocian de mucho tiempo á esta parte; en fin acompañándole ella misma en estos paséos bienhechores, y testigos de los movimientos de un alma llena de sensibilidad.

Una mañana en que se hallaba ocupada en esta dulce imaginacion fué sacada de ella por la llegada de las Kilcorban y de Lady Greystock en el gabinete tocador donde trabajaba. O! querida, esclamó al entrar la hermana mayor, tenemos muy buenas nuevas que contaros. Adivinad quien nos va á llegar luego? vuestro tio, vuestra tia, y vuestra prima. Ha venido esta mañana un espreso de Dublin al Concerge de Ulster-Lodge, con órden de tener las habitaciones prontas para la próxima semana. = Yo os envidio mucho, dijo la pequeña Miss Alicia el placer que tendréis en verlos. Amanda se puso colorada, se sobrecogió, y dijo: yo no sé que razon podeis tener de pensar así, pues yo no les conozco.

= Ah buen Dios! esclamó Mistriss Kilcorban; esto es verdaderamente cómico. Qué! no conoceis á vuestros parientes? pero puede ser que ellos han vivido siempre en Escocia, y vos no os habeis atrevido á pasar el mar para hacerles una visita? = Si este solo obstáculo, dijo Lady Greystock, sonriéndose malignamente de la ignorancia de Mistriss Kilcorban, hubiese impedido á Miss Amanda el pasar de Inglaterra á Escocia, se habria fácilmente asegurado poniendo los ojos sobre un mapa, donde habria visto que no tenia que pasar mar. = Sea en buen hora, dijo Mistriss Kilcorban; yo no he pensado en esto. Pero os suplico, Miss, puedo yo preguntaros la causa de que no os conozcais por escrito? = Poco os importa saber la razon, dijo friamente Amanda.

Se dice que Lady Eufrasia Sutherland es una persona perfecta, dijo Miss Kilcorban; y así una correspondencia debería ser deliciosa. Vos tambien escribis tan bien! Si dejais á Carberry-Castle os pido la gracia de que me escribais; pues sobre todo, me gusta muchísimo el mantener una correspondencia sentimental. Yo no me admiro de ello, dijo Lady Greystock; vos teneis cuanto es menester para sostener semejante correspondencia.

Querida mia, replicó Miss Kilcorban, nosotros vamos á dar un baile el mas agradable del mundo. Papá nos ha dado toda la libertad para ello. = Yo creo, dijo Mistriss Kilcorban, que esto tendrá un terrible óbice; pero la hija, sin contar con la observacion de su madre continuó. Nos será preciso tener de Dublin confiteros, y cocineros franceses. Queremos que todo sea lo mejor, y dispuesto para el tercer dia de la llegada del Marques y la Marquesa. Así, querida, vos y vuestro papá estaréis dispuestos. Mi hermana y yo nos mandamos venir de Dublin los vestidos de baile. Yo no quiero daros idéa de la forma que los hemos encargado, os sorprenderán y encantarán. Todos los personages de tono del pais se hallarán en nuestra fiesta; pero es menester que vos os deis alguna pena para prepararos á ella.

La naturaleza, dijo Lady Greystock, ha sido tan liberal con Miss Fitzalan, que no tiene necesidad de hacer tantos preparativos. = Ah buen Dios! esclamáron las señoritas meneando la cabeza, Miss Fitzalan no es seguramente tan loca para no ponerse como todo el mundo; y á mas de esto, dijéron levantándose con su madre y haciendo una reve-

rencia de mas ceremonia y mas fria del ordinario, á ella toca juzgar sobre ello.

Fitzalan no habia visto la Marquesa despues de su casamiento, ni habia deseado verla. La inhumanidad con que habia tratado á su amable hermana, la malicia que habia mezclado para aumentar el resentimiento de su padre contra la pobre Malvina, le habia dado una idea tal del egoismo é insensibilidad de de esta muger, que habia concebido contra ella una aversion insuperable. La miraba como la despojadora de sus hijos, como una de las causas de la muerte de su tierna esposa, y de consiguiente como el autor de todo lo que habia él sufrido; y su indignacion contra ella no estaba aun amansada, ni por sus sentimientos religiosos, ni por el tiempo.

CAPITULO VIII.

El Marques de Rosline y su familia llegáron á Ulster-Lodge con un gran tren, y recibiéron las visitas de las personas mas considerables del pais, y entre otras de las Kilcorban, á quienes su riqueza daba mucha importancia. Mr. Kilcorban

fué mas diligente que otro en prestar sus deberes al Marques, quien teniendo una villa entre sus intereses podia hacerlo nombrar miembro de la cámara. Desechado ya, cuando se habia presentado como candidato en la última eleccion, este solo papel le quedaba que representar, lo que él deseaba vivamente. Convenia en que sus talentos oratorios no eran muy grandes, y decia muchas veces que no tenia la lengua tan bien colgada como muchos otros, pero el que mas podia patear, como y buscar en los ojos de las damas de las tribunas, el parecer que era preciso seguir (1). y en fin, lo que le parecia un título, su nombramiento aumentaría su consideracion en el pais.

Las Damas Kilcorban al salir de Ulster llegáron á Carbery-Castle, donde entráron con un aire de importancia, que no se habian dado aun, y que se creian con derecho de tomar despues de la visita que acababan de hacer. En lugar de dirigirse solícitas acia Amanda, como lo tenian de costumbre, se espar-

(1) En Irlanda las mugeres se admiten á la galería de la Cámara de los comunes.

ciéron por el aposento, despues de una reverencia ligera; y poniendo de manifiesto toda su elegancia, al fin se dejáron caer sobre un canapé colocado en frente de un espejo en el cual no cesáron de mirarse, continuando las notas que habian hecho sobre los vestidos de Lady Eufrasia. = Ciertamente, Alicia, dijo Miss Kilcorban á su hermana, yo tendré un vestido de levantarme á la mañana como el de Milady. Aquella vuelta de finos encajes al rededor de su cuello es la cosa mas hermosa del mundo, y el forro de seda azul bajo, sienta perfectamente á un color delicado. = Yo pienso, Carlota, replicó la pequeña, que yo lo mandaré hacer de muselina bordada sobre el mismo modelo, pero pondré el forro color de clavel, para hacer resaltar mejor el bordado.

Vuestra tia, querida, dijo Mistriss â Amanda, parece verdaderamente una muger de mérito, y su hija una persona hermosa. O! dijeron las hijas, estas son criaturas amables! tan elegantes, tan seductoras!

Vuestras idéas y las mias, dijo Lady Greystock, no son las mismas sobre la elegancia y agrado de las damas de Ulster. Yo he creido, añadió, que Mr. Kil-

corban temia que el Marques se embarcase esta mañana misma para Inglaterra, tanto nos ha acosado al desayunarnos, y entrar en el coche; aunque debió saber que nos haria llegar ántes de la hora, que las personas de buen tono pueden estar visibles.

Los caballos nos han conducido vientre á tierra, como si se hubiese tratado de salvar la vida á alguno; y cuando llegámos, hiciéron entrar á Mr. Kilcorban en el gabinete del Marques, y á nosotras en un aposento sin muebles, donde pudimos divertirnos á considerar los retratos de la familia. De allí hemos oido todas las campanillas en movimiento; las criadas y criados bajar y subir; los gatos, los perros, las monas, los papagayos, que parecian haber estado de viage, miulando, ladrando, refunfuñando, y gritando en el aposento vecino. En fin pareció un pequeño lacayo muy empolvado; y despues de habernos dicho que las Señoras estaban dispuestas á tener el honor de recibirnos, se fué saltando, subiendo las gradas de la escalera de cuatro en cuatro. La Marquesa se adelantó á dos pasos de su canápé para recibirnos, y Lady Eufrasia solo se ha medio levantado de su silla poltrona, y despues

de habernos examinado un momento, como por asegurarse si éramos criaturas humanas, ha tomado su primera actitud lánguida, y afectada, y ha continuado su conversacion con un jóven de calidad que ha venido con ellas de Inglaterra.

Este jóven á lo ménos, esclamó Miss Kilcorban con tono de admiracion, convendréis que es una amable criatura. O! que ojos! que sonido de voz tan encantador! yo no he visto jamas un jóven tan bello.

En efecto, dijo Lady Greystock, Lord Mortimer ..... A este nombre Amanda se sobresaltó, se puso colorada, luego pálida, pareció perder la respiracion, y volverse estúpida de pasmo. Qué es esto, Miss Fitzalan, dijo Lady Greystock, os hallais mala? = No Señora, dijo Amanda con una voz trémula; es solo una palpitacion de corazon á la que estoy sujeta. Yo os pido perdon de haberos interrumpido; continuad os ruego. = Decia pues continuó Lady Greystock, que Lord Mormer es un jóven, de los mas agradables y seductores que yo haya visto jamas. Sus ojos llenos de espresion parecian desaprobar la conducta de Eufrasia, y nos ha redoblado sus obsequios, lo que manifiesta un alma noble.

El corazon de Amanda se agitó de placer á este elogio natural y reciente de Lord Mortimer. Una lágrima deliciosa, espresion de un amor delicado, mojó su párpado, y estuvo muy cerca de escaparse.

Miss Kilcorban, cuyo orgullo estaba mortificado, por la relacion que acababan de hacer á Amanda, del modo frio con que la familia habia sido recibida á Ulster-Lodge, esclamándose, dijo: Dios mio, Señora no sé porque encontrais que Lady Eufrasia ha faltado á la política y miramiento acia nosotros. Me parece que no ha hecho mas que seguir la etiqueta que las gentes de cierta calidad no pueden dispensarse de observar.

Yo estoy muy contenta, querida mia, replicó Lady Greystock, de ver en esta ocasion que os habeis aprovechado de las lecciones de humildad que os he dado tantas veces = Os aseguro Miss, dijo Mistriss Kilcorban á Amanda, que yo no he olvidado el decir á la Marquesa, que tiene una sobrina en la vecindad. Ella me ha respondido con un poco de frialdad. Supongo que habrá habido alguna querella entre las familias que puede haber provenido de no haberle vos hecho visita; pero á nuestro baile todo se podrá

arreglar. Amanda no replicó, y las damas partiéron.

La noticia que acababa de saber de la llegada de Mortimer á la vecindad, le causó, como se puede muy bien imaginar, una grande agitacion, pero el placer que sentia se debilitaba poco á poco, cuando consideró que Mortimer era el familiar, y probablemente el amigo de una familia que habia contribuido á las desgracias de la suya, y que supuesto el carácter que representaban en el mundo, no les sabria mal que los hijos de la muger que habian perseguido, fuesen desgraciados como ella. Aun cuando no hubiesen inspirado ya á Lord Mortimer algunas prevenciones contra ella, sería bastante para ellos saber que era hija de Malvina, para perseguirla con encarnizamiento; y aunque no la persiguiesen, Lady Eufrasia, dotada de todas las ventajas de gerarquía y fortuna, habia ganado sin duda, ó ganaría los afectos del hombre que habria conseguido toda la ternura de Amanda.

Sin embargo prontamente se reprendia estos pensamientos como injuriosos á Lord Mortimer, cuyo carácter, se decia á sí misma, es demasiado noble para ser inconstante, miéntras que yo no

le dé motivos para mudarse.

Otras veces reanimaba su espíritu abatido, acordándose de sus idéas favoritas sobre la posibilidad de una aproximacion entre ella y Lord Mortimer. El lugar de su actual residencia era un misterio por la familia Edwin, cuyas cartas para Amanda eran constantemente dirigidas á una poblacion distante de Carberris-Castle, desde donde eran traidas á Amanda; pero ella se lisongeaba que el acaso habria instruido á Lord Mortimer del lugar donde se hallaba, y que para evitar las sospechas que podian originarse á Lord Cherbury en el viage de su hijo á Irlanda, este habia tomado el pretexto de acompañar la familia del Marques de Rosline: que venia á asegurarse si ella le conservaba su afecto, y pedir el consentimiento de Fitzalan, ántes de dar parte al Conde de sus intenciones.

Miéntras balanceaba así entre el temor y la esperanza, Elena pálida y sin aliento, entró corriendo en su aposento gritando: él está aqui: Lord Mortiner está aquí. = O Cielos! esclamó Amanda sentada sobre la silla, y dejando caer sus brazos. Elena alarmada, y echándose en cara su precipitacion, corrió á un

armario, y tomando de allí una botella de agua de almozema, le hizo sorber de ella, le frotó las sienes, y le ayudó á acercarse á la ventana. Yo estaba, dijo la buena muchacha viendo á su Señora recobrar sus sentidos, que no he sabido lo que hacia. Dios me es testigo que la vuelta del pobre Chip no me habría dado mayor placer. Yo atravesaba la sala baja cuando he visto á Mylord bajar de caballo: si hubiese visto uno de estos viejos guerreros que me dan tanto temor que no me atrevo á atravesar la sala por la noche, descender de su nincho, no habria estado mas espantada. He huido á la pequeña sala, desde donde he oido á Milord pedir por Mr. Fitzalan. El sonido de su voz me ha alegrado el corazon, pues es un antiguo amigo, y desde que entró en el gabinete de Mr. Fitzalan, he corrido, y creo que no es dificil pensar de que hablan.

La conmocion de Amanda se acrecentó mas. Temblaba tan fuertemente que no podia tenerse en pié. Veia su destino, y la felicidad de toda su vida depender de este momento; y procuró calmarse aunque inútilmente. Este estado de una esperanza la mas penosa que uno se puede figurar le causaba una agi-

cion imposible de reprimir.

Habria permanecido casi una hora en esta cruel situacion, cuando vino á sus oidos la voz de Mortimer. Sobresaltóse; y adelantándose un poco ácia la ventana vió á Mortimer atravesar la pradería con su padre hasta que al llegar á una barrera donde sus criados y caballos le esperaban, se despidió de Fitzalan Viendo Amanda perdida ya la esperanza de una entrevista con Lord Mortimer, esperimentó una gran opresion de corazon, y sus lágrimas corrian en abundancia.

Elena en su aposento se aturdió tanto como su Señora; murmuró alguna cosa de la inconstancia de los hombres, que decia, se parecian todos, y como Chip eran todos engañosos en todas ocasiones. Avisando á Amanda la campana de comer, enjuga sus ojos, y se puso un gorro muy adelante, para que no se notase que habia llorado. Su Padre divisó su turbacion, y juzgó que no ignoraba la visita que acavaba de recibir. Al ver á Lord Mortimer ya no se admiró de la tierna inclinacion que Amanda habia concebido por él. El aire noble é ingenuo del jóven habia prevenido al instante á Fitzalan en su favor. Le vió dotado

de todas las calidades propias á hacer una fuerte y durable impresion sobre un alma sensible. Suspiró solo de pensar que la cruel necesidad le obligaba á separar dos seres tan bien formados uno para otro: pero como este obstáculo ni podia ni debia quitarse, el padre se alegraba de que Lord Mortimer en lugar de venir á Carberry-Castle para hablarle de su hija, no le habia hablado de otra cosa que de negocios, ni le habia preguntado noticias de Amanda sino con la frialdad que que podia ser consecuencia de un amor absolutamente domado, ni decirle palabra de la carta en la que habia comunicado á Fitzalan sus miras acerca de Amanda; de todo lo cual concluia, que Lord Mortimer habia renunciado á una hija sin fortuna, y llevado sus afectos á algun otro objeto. Este objeto preferido le parecia ser Lady Eufrasia Sutherland, de quien le habia hablado Lord Cherbury como de un escelente partido para su hijo, y por la cual parecia que Mortimer habia hecho el viage á Irlanda.

Fitzalan no tenia ánimo de comunicar sus reflexiones á su hija; queria mas que ella las penetrase con sus propias observaciones. Esperaba que de este mo- el amor propio de Amanda vendría á su

socorro para ayudarle á triunfar de su pasion. La comida se pasó sin conversacion. Luego que se retiráron los criados, Fitzalan determinó aliviarla de la inquietud en que la veia, y le habló de la visita de Lord Mortimer. Ha venido, dijo él, únicamente para reconocer el estado en que se hallaba el castillo. Es en efecto un jóven amable y razonable y hará honor á su familia. Deseaba mucho tiempo ha, me dijo él, visitar una posesion querida, por la memoria de los primeros años que ha pasado, y por que su madre nació allí, haciendo su residencia favorita; y habiendo encontrado una ocasion de hacer este viage en buena compañia, no ha querido diferir mas tiempo el darse esta satisfaccion.

Lord Mortimer ha hablado de su madre, añadió Fitzalan, con un verdadero respeto, y una penetrante ternura. El tono de su voz y sus ojos húmedos de lágrimas, me han hecho ver un corazon lleno de sensibilidad. La memoria de la madre es tan honrada por las virtudes de su hijo, como por los elogios que le tributa. Se habia dicho á Mortimer que el castillo estaba muy decaido. Se ha sorprendido agradablemente de haberlo encontrado en un estado que no se podia

esperar de un edificio tan antiguo. No esperaba encontrar allí vestigio alguno de los cuidados que habia tomado, y se ha encantado de haberse engañado. Cada situacion le recordaba felices memorias, y sobre todo se ha detenido en el pequeño templo gótico, y despues de haber guardado algun tiempo de silencio, ¡O! ha dicho, que momentos tan felices he pasado aquí con la mejor de las mugeres! En verdad, mi querida Amanda, que habeis adornado este lugar con mucho gusto. Yo creo realmente que Lord Mortimer, hubiera de buena gana robado de vuestro altar alguna de las guirnaldas de rosas y lis de que lo habeis adornado, tanto las ha mirado. Amanda se puso colorada, y su padre leyendo siempre en sus ojos la esperanza y la curiosidad, añadió: Lord Mortimer ha puesto tambien los ojos sobre algunas porciones de terreno; y como me ha esplicado el modo con que queria que se trabajasen, yo no creo que vuelva al castillo, y tampoco que permanezca aun mucho tiempo en este reino.

Despues de esta conversacion Fitzalan se retiró á su gabinete, y Amanda pasó en seguida al jardin, y se apresuró á ir al pequeño templo. Jamas los habia

encontrado tan pintorescos, jamas le habia parecido adornar tanto el paisage. El silencio de Mortimer cuando entró no le parecia como á Fitzalan causado únicamente por la memoria de la felicidad que habia gustado al lado de su madre. No, decia ella, en este sitio ha pensado tambien en mí.

Es verdad que Mortimer no habia hablado á Fitzalan de Amanda sino con inferencia; pero esta indiferencia podia ser efecto del resentimiento. Ella habia huido precipitadamente del pais de Gales para evitarlo, despues de haberlo acogido de un modo que le daba un cierto derecho á ser sabedor de sus acciones, lo que ella habia descuidado despues. Amanda se lisongeaba que esta era la causa verdadera de la frialdad de Mortimer, y que una esplicacion que estaba en estado de darle á su primera entrevista obraría al momento una reconciliacion. Su padre lleno de ternura por ella, y no pudiendo ser feliz sino con ella, prevenido á favor de Mortimer, no se opondría por mas tiempo á su union: permitiría que Mortimer se abriese al Conde Cherbury, y que este sin duda se conduciría en esta ocasion como lo hacia siempre, como padre tierno y hombre desinteresado.

Así Amanda alimentándose de idéas conformes á sus deséos, procuraba olvidar las contradicciones que habia esperimentado por la mañana. Fitzalan tomando el té con su hija, no le sorprendió que hubiese estado en el pequeño templo; pero se admiró de ver en ella un aire de de alegría que no le era ordinario Conocia bastante el corazon humano para comprender que ella no habia podido sacudir la tristeza de la mañana, sino con el favor de algunas lisongeras ilusiones. Creyó, pues, que el mejor medio de disiparlas era dejarla ver á Lord Mortimer.

Reflexionando aun sobre el carácter de este jóven Lord, y sobre todo lo que habia sabido de Lord Cherbury, se persuadió mas fuertemente de que Lady Eufrasia era, no solamente destinada á Lord Mortimer, sino tambien el objeto de sus afectos. Creyó tambien que la visita de Mortimer á Carberry-Castle habia tenido por objeto manifestar la mudanza de sus sentimientos con la frialdad de su conducta, y estinguir de este modo todas las esperanzas que su mansion en la vecindad habrían podido hacer nacer y alimentar.

El habia vacilado en aceptar el convite de los Kilcorban, pero se determi-

nó á ir, y llevar á su hija lleno de la idéa de que se convencería ella misma de la mudanza de Mortimer por ella, conviccion que era necesario que tuviese.

Amanda esperó con grande impaciencia esta noche, en que debian realizarse sus esperanzas, ó sus temores.

CAPITULO IX.

La noche tan deseada llegó al fin. Amanda se adornó con la mayor agitacion, sus espíritus se reanimáron cuando se miró en el espejo. La esperanza habia aumentado el brillo de sus ojos, y avivado los colores de su cara. Elena que tenia un grande interés en que su jóven Señora se presentase la mas hermosa del baile, declaró que Amanda iba á escitar los celos de todas las damas irlandesas, y al mirarla Fitzalan se sorprendió de verla tan hermosa. La miró con una alegría que atrajo algunas lágrimas á sus ojos, y sintió una secreta vanidad de manifestar á la Marquesa que este descuidado renuevo de su desgraciada hermana habia llegado á ser tan hermo-

so y florido, aunque lastimado del viento de la pobreza, y de la tempestad de la desgracia.

No, se decia á sí mismo, los encantos de Eufrasia no pueden disputar con los de Amanda, á lo ménos no pueden escederlos. La dulzura y la inocencia se manifiestan en la frente de mi hija, y la Marquesa habrá imbuido su carácter y sus miradas fieras á Lady Eufrasia.

Llegando Amanda á Grangeville encontró todas las avenidas llenas de carrozas. La casa estaba perfectamente iluminada, y se daba á conocer como la mansion de la magnificencia y del placer. Temblaba al subir la escalera, queria detenerse un momento para repararse, pero la puerta se abrió, y Mistriss Kilcorban vino delante de ella para recibirla. Aunque la sala era muy grande habia un concurso numeroso; estaba adornada de festones de flores, é iluminada de gran cantidad de luces. A la entrada estaba la orquesta, y al fin de ella y en frente la Marquesa y toda su sociedad. Latia el corazon de Amanda cuando se dirigió á Mistriss Kilcorban, y su comocion estinguia su voz. Sin embargo, acordándose que Mortimer la observaba, y que las miradas malévolas de

sus orgullosas parientes estaban fijas sobre ella, volvió á tomar su resolucion, y atravesó la sala con gracia y con dignidad. Muchas personas de la concurrencia no la conocian, y se oyó un general murmullo: quien es esta jóven tan hermosa? y otras muchas espresiones de admiracion de la mayor parte de los hombres, entre los cuales se hallaban muchos oficiales de la guarnicion de la vecina ciudad. Confusa de la atencion que se atraia, se apresuró á tomar el primer puesto vacante, que se encontraba al lado del de la Marquesa. Ella verdaderamente habia escitado la admiracion universal sobre todo entre los hombres, por su belleza, sus gracias naturales y la sencillez de su vestido.

Era de tafetan blanco liso, con un gorro de crespon en forma de turbante, adornado de plumas caidas. No llevaba otro adorno que un collar de perlas del cual colgaba un retrato de su madre, y al borde de su basquiña un ligero bordado representando ojas de laurel, y flores de plata. Sus cabellos abundantes y rizados, brillantes por su color natural ondeaban sobre sus espaldas, y acompañaban á unas mexillas, cuya blancura se confundia con los dulces mati-

ces de la rosa; cuando se hubo sentado, su turbacion se disminuyó, levantó los ojos y se encontró con los de Mortimer, el cual se hallaba apoyado sobre el respaldo de la silla de Lady Eufrasia. Mortimer la miraba fijo con una estrema atencion, pareciendo querer penetrar en los rincones de su corazon, y buscar allí si tenia guardado algun lugar. Ella se puso colorada, y desviando sus miradas, conoció que era el objeto de la crítica de la Marquesa y de Lady Eufrasia. Tenian ellas un aire de malignidad que la sobresaltó. No pudo ver sin horror á la que habia tan fuertemente contribuido á las desgracias de Malvina. Es verdad, decia Lady Eufrasia, con un tono afectado y una sonrisa desdeñosa, á un oficial jóven que estaba á su lado, es verdad que la encontrais hermosa? = Hermosa! replicó el jóven con calor; ah! la encuentro atractiva, encantadora.

La Marquesa arqueó las cejas con soberbia, Lady Eufrasia se sonrió con desden, meneó la cabeza, y enredó con su abanico. La envidia, y mal natural que la Marquesa habia manifestado en su juventud eran los mismos que en su edad madura; pero en lugar de ser

envidiosa y perversa, por sí, lo era por su hija. Para concentrar á Eufrasia todos los elogios, y toda la admiracion de la sociedad, habría visto con placer una buena cara desfigurada, y las buenas calidades de una persona hermosa menospreciadas, y no dejaba jamas escapar ocasion alguna de denigrar la figura, y calumniar el carácter de todas las que pudiesen ser rivales de Eufrasia.

Tenia estos mismos sentimientos con respeto á Amanda, y á pesar de su ceguedad por su hija no podia disimular la superioridad de Amanda á lo ménos en su figura. Lady Eufrasia heredaba unos grandes bienes, lo que le aseguraba siempre mucho miramiento y aun estas consideraciones estaban destituidas de estimacion é inclinacion, dictadas solo por el interes, y tributo solo de lisonja. Qué diferencia entre los homenajes de esta especie, y los que una espontanea admiracion tributaba á Amanda, que sin títulos y sin fortuna estaba perseguida de los elogios, y habría atraido á su alrededor una multitud de adoradores si hubiese sido compatible con su modestia y su vida retirada!

El carácter de Lady Eufrasia era el mismo que el de su madre, pero en su

figura parecia á su padre. Su talle era pequeño, y sus facciones recogidas y groseras, lo que le daba un aire de edad mayor que Amanda aunque las dos tenian una misma. Con una grande fortuna era desgraciada al instante que veia á una persona á quien podia creer que la naturaleza habia sido mas liberal que con ella. En su interior, como objeto de una continua lisonja, era de bastante buen humor; pero por el esterior esperimentaba el mayor pesar siempre que encontraba alguna muger superior en rango y fortuna, y á quien se hiciese mayor acogida que á ella misma.

Habia contado parecer á este baile como una divinidad. Todo el arte imaginable y todas las invenciones de la moda habian concurrido á su adorno, y habia hecho su entrada en el salon con toda la insolencia que pueden inspirar el orgullo de su carácter, y la pretension á la belleza. Caminaba como si tuviese dificultad de mover y sostener su miembros delicados, y sus ojos lánguidos estaban medio cerrados. Viendo en una concurrencia buen número de hermosas, tomaba mal humor, pero los respetos que se tributaban á su calidad la tranquilizaban un poco. Habia encontra-

do el medio de detener á su lado á Lord Mortimer y á Sir Cárlos Bingley el jóven oficial de que hemos hablado poco ha, coronel del regimiento que se hallaba de guarnicion en la vecina ciudad. Su alegría estaba sostenida por las atenciones de los dos mas amables hombres de la sociedad, y como una orgullosa sultana en medio de sus esclavas, se saboreaba con las alabanzas que arrancaba de su política con los discursos falsamente modestos que les tenia. Pero cuando la puérta se abrió, Amanda, pareciendo como un ángel de luz, disipó en un momento los vapores de la vanidad, y las ilusiones del egoismo que se dá importancia. Lord Mortimer no abrió su boca, pero sus miradas esprimian todos sus sentimientos; y Sir Cárlos Bingley que no tenia motivo alguno secreto para ocultar los suyos, declaró abiertamente su admiracion en los términos arriba descritos, y á los cuales Lady Eufrasia respondió como hemos dicho.

Todo el alborozo que manifestaba Sir Cárlos, lo sentia Mortimer. Su alma parecia quererse escapar ácia Amanda para llevarle sus sentimientos, asegurarse de los que habia conservado por él, y quejarse del tratamiento que habia

recibido de ella; pero este primer movimiento de ternura decaía cuando se acordaba de la conducta que habia tenido con él; con que crueldad é ingratitud habia huido en el momento mismo en que le habia dejado concebir las mas dulces esperanzas; con que dureza lo habia abandonado á la desconfianza, á las inquietudes y á los pesares, dejándole con el temor de alguna inclinacion injuriosa por él, que ni ella ni su padre querian confesar. El estaba infinitamente distante de pensar que la escrupulosa delicadeza de Fitzalan fuese la causa sola de la huida de Amanda. El la adoraba siempre, y no podia ni queria desterrarla de su pensamiento sino despues de estar bien asegurado de que ya no era digna de su aficion, y estaba en una mortal impaciencia por tener una esplicacion de su conducta misteriosa. Desde Tudor-Hall habia marchado á Lóndres agitado y desgraciado. Poco tiempo despues de su llegada el Marques de Rosline le habia propuesto acompañarle á Irlanda, lo que él habia rehusado, teniendo motivos para creer que Lord Cherbury tenia el proyecto de casarlo con la hija del Marques. El Conde manifestó alguna desazon á su hijo por esta denegacion. Le dijo que

habia deseado que hiciese el viage de Irlanda para saber su opinion sobre el estado de Carberry-Castle, donde habia embiado á residir á un hombre de toda su confianza, sobre quien se podria descansar para mandar hacer con economía é inteligencia todos los reparos y mejoras que se creerian necesarias y útiles, y le nombró á Fitzalan. La agitacion y sorpresa de Mortimer fuéron grandes, pero las ocultó; y con un aire de indiferencia, hizo á su padre algunas preguntas sobre este hombre, y reconoció ser el padre de Amanda. No hizo mencion alguna de ella, pero le dijo, que pues que Lord Cherbury lo deseaba tanto él acompañaría al Marques. Este estuvo muy satisfecho, pues habian convenido con el Conde Cherbury unir las familias casando á Lord Mortimer con Lady Eufrasia. Mortimer sospechaba alguna cosa del proyecto, y Lady Eufrasia estaba enteramente instruida de él. Su vanidad estaba lisongeada con la idéa de unirse con un jóven adorado y estimado universalmente. El amor en nada entraba en sus miras, pues no tenia el alma hecha para la sensibilidad.

En cuanto á Mortimer, se resistia á dar esperanzas que no tenia intencion de

realizar jamas. Trataba á Lady Eufrasia con política, y parecia preferir constantemente la conversacion de la madre á la de la hija, queriendo sufocar este proyecto ántes que naciese, y ahorrarse la pena de reusarlo formalmente. Aun cuando su corazon hubiese sido libre, jamas Lady Eufrasia habria sido el objeto de su eleccion. Si reconociese que Amanda era tal, como la habia juzgado desde el principio, se miraba como empeñado por todos los lazos del amor y del honor, á no tener otra esposa que ella; pero al mismo tiempo estaba resuelto á no escuchar la voz de su ternura á favor de Amanda sino cuando estaría perfectamente convencido de que no habia merecido perderla. Habia venido á Carberry-Castle con el designio formado de hacer creer su indiferencia, y quitar á Amanda toda idéa de que hubiese venido por ella á Irlanda. No se hacia escrúpulo de afligir su ternura, si ella aun conservaba alguna por él, por una frialdad aparente que no sería mas que una pequeña venganza de la pena que ella le habia causado huyendo con tanta crueldad; pero él estaba resuelto de llegar á una esplicacion, despues de la cual arreglaría su conducta en lo sucesivo.

El se habia propuesto permanecer toda la noche del todo indiferente con Amanda; pero ella se manifestó tan amable y Sir Cárlos Bingley tan obsequioso con ella, que estuvo cien veces tentado de desnudarse del carácter de que se habia revestido, y libertarse de la sujesion que se habia impuesto.

La Marquesa y Lady Eufrasia no fuéron las solas personas que los sucesos de Amanda atormentáron. Las dos Miss Kilcorban llegáron por ello á la desesperacion. Se habian lisonjeado de atraerse sobre ellas solas todas las admiraciones, y se habian tan cruelmente engañado en sus esperanzas, cuanta mayor pena se habian tomado, y mayores gastos hecho para adornarse. A las sugestiones de su vanidad se habian juntado durante el tiempo del tocador los elogios de su madre, que á cada momento esclamaba: vamos, vamos, los hombres no tienen con que defenderse; pues he aquí dos formidables enemigos contra ellos.

Vestidas de gaza de color, y arrastrando las colas de mas de seis palmos de largas, atravesáron la sala con estrépito para presentarse á Amanda: la aseguráron que tenian el mayor con-

tento en verla, pero que temian no se hallase indispuesta, pues tenia mal color. Amanda les respondió que no sentia indisposicion alguna. Miss Kilcorban le dijo al oido: la Marquesa no se ha sonreido desde el momento que habeis entrado; yo temo que Mamá haya cometido una grande falta convidándoos juntas. La grosería de esta observacion chocó á Amanda, é iba á replicar cuando Miss Alicia dijo, que creia que Lord Mortimer estaba locamente enamorado de Lady Eufrasia. Amanda levantó involuntariamente los ojos buscando á Mortimer, y vió cerca de ella á Sir Cárlos Bingley. Se me perdonará, dijo él, turbar un trio tan amable? pero un soldado debe agarrar la ocasion por los cabellos, y esta es tan favorable á los deséos de mi corazon, que puedo temer no encontrar otra semejante. Miss Kilcorban se enderezó á este discurso, se dió aire con el abanico, y se sonrió graciosamente con Sir Cárlos, no dudando que venia á empeñarse para ser su pareja á la primera contradanza; pero escurriéndose por entre las dos hermanas, saludó agradablemente á Amanda, y la suplicó quisiese honrarle con su mano. Ella le manifestó su consentimiento con una dulce sonrisa, y se sentó á su

lado esperando que empezase el baile. Las dos Kilcorban arrojáron sobre ellos una mirada malévola, y se separáron con un aire de indiferencia y de desprecio.

Lady Eufrasia habia esperado que Sir Cárlos y Lord Mortimer se disputarian su mano, pero la mortificó infinitamente la desercion del primero, y aun mas la preferencia que daba á su prima. Sir Cárlos era un jóven á la moda y lleno de vivacidad. Ella lo habia honrado á menudo con una acogida favorable en Inglaterra, y habia deseado ponerlo en la lista de sus adoradores, ó de aquellos que ella tomaba por tales. Solo le faltaba el ofrecimiento de Lord Mortimer para ponerla de buen humor. Así como este acababa de comprometerse con ella, llegó el jóven Kilcorban, y Lord Mortimer sintió sinceramente que no le hubiese ganado por mano. El jóven se desesperó de haber encontrado empeñada ya á la la dama, pero le suplicó que le permitiese tener el supremo honor y la agradable dicha de recibir su mano para la contradanza siguiente, lo que le prometió con un tono tan afectado como impertinente, si estaba, decia, en estado de suportar una segunda contradanza.

Amanda y Sir Cárlos, Lady Eufrasia

y Lord Mortimer eran en la contradanza las parejas vecinas. Amanda escuchaba á Sir Cárlos, cuya conversacion era viva y agradable. Lord Mortimer les miraba con una atencion inquieta. Lady Eufrasia observaba á Mortimer, y su aire y algunos dicterios que soltaba manifestaban bastante su descontento. Mortimer se esforzaba á dominarse y ser político, pero Eufrasia ni contenta de verle volverse á ella, procuraba tambien atraer la atencion de Sir Cárlos. Ella le dirigia la palabra por delante de Amanda, pero todos sus esfuerzos eran vanos. Decia de paso una palabra á Eufrasia, y sus ojos no podian desviarse de la encantadora figura de su pareja. La mano de Amanda temblaba cuando tenia que darla á Lord Mortimer; pero este estendiendo la suya evitaba tocar la de Amanda, que tenia el corazon penetrado de este desden. Ella suspiró sin advertirlo, y Sir Cárlos le preguntó sonriéndose á quien se dirigia este suspiro.

Esta observacion puso á Amanda sobre sí misma, y tomó un aire animado que sostuvo durante el resto del baile. Acabada la contradanza Sir Cárlos la condujo á un asiento vecino al que Lord Mortimer acababa de tomar; y reparan-

do que Mortimer fijaba á menudo sus ojos sobre ella, esperó que la suplicaría bailar con él. Sir Cárlos sentia que la costumbre antigua de no cambiar de pareja fuese abolida, y protestó que no la dejaría, que no le hubiese prometido una tercera contradanza. Ella no pudo reusarla. En este mismo momento habiendo dejado Mortimer el lado de Eufrasia, el seno de Amanda palpitó al ver acercársele. El se detubo; ella sintió desfallecer su corazon; él le arrojó una mirada y pasó adelante á otra. Amanda le siguió con los ojos, y vió que se comprometió con Miss Kilcorban.

Esto fué para Amanda un golpe terrible. La cortesía se decia á ella misma, exijia en efecto que bailase al principio con Lady Eufrasia; pero á ménos que yo no le sea absolutamente indiferente no debia descuidarse de proponerme la segunda. Yo no soy nada para él, y ya no está ocupado sino con Eufrasia, y con mugeres que pueden ser agradables á este único objeto de sus atenciones. Muchos hombres viniéron para sacarla á bailar, ella alegó su cansancio, y fué á sentarse sola cerca una ventana teniendo el aire de estar ocupada mirando el baile, pero á la verdad absorta en

sus tristes pensamientos. Los bosques vecinos alumbrados por la luna presentaban á su memoria los de Tudor-Hall, donde tantas veces habia ido errante con esta dulce luz, y donde habia recibido promesas de una eterna fidelidad; promesas que tenia muy gravadas en su corazon, pero que no tenia esperanza alguna de ver realizadas.

Habiéndose suspendido el baile, la concurrencia pasó á otra sala para tomar algun refresco. Entregada Amanda á sus pensamientos no habia advertido este movimiento, cuando el jóven Kilcorban corrió saltando á decirle que estaba tan solo como un hermitaño, y riendo hasta las narices le volvió la espalda con una impertinencia sin igual. El no la habia mirado en toda la noche. Era este uno de aquellos insectos importunos, que no se manifiestan sino al sol de la fortuna. Orgulloso de sus relaciones con la Marquesa y Lady Eufrasia se habia descuidado de Amanda no solo como poco digna de su atencion, sino porque esta negligencia le parecia que era para él un medio para ganar el favor de las mugeres. Advertida Amanda con este aviso reparó que habia quedado casi sola, y quiso pasar al otro aposento, pero en-

contró en él todos los asientos ocupados. Cerca de la puerta estaban Lady Eufrasia y las dos Miss Kilcorban. Lord Mortimer estaba apoyado sobre el respaldo del asiento de Mylady, y el jóven Kilcorban sentado al lado de ella no imaginó ofrecer su asiento á Amanda. Esta estaba en pié y en una situacion muy desagradable, y á mas tenia el disgusto de oir á muchas personas notar cuan estraño era que no hubiese sido recibida por una parienta tan próxima como la Marquesa de Rosline. Ella se vió el objeto del chuchotéo universal entre los que circuian á Lady Eufrasia, escepto Mortimer. Sobre mi palabra, dijo el jóven Kilcorban, que hay ciertas mugeres que estudian en tomar actitudes á las cuales seria mejor que renunciasen = Sí, y sobre todo para observar la decencia, dijo Eufrasia con su ordinaria altanería. Podria, añadió, servir de modelo para una figura de la esperanza. = Sí respondió Kilcorban, dándole una áncora para apoyarse. = Perfectamente, respondió Eufrasia balanceando su cabeza, y los rizos de sus cabellos haciendo mover sus ojos moribundos. = Tambien podria representar la melancolía en un monumento, añadió Kilcorban = Pero

tiene algun dolor que acariciar? dijo Eufrasia. = Sí, Mylady; replicó él, tiene uno, pero no que pueda complacerle, y es ver sus encantos enteramente eclipsados por los vuestros.

Lord Mortimer, cuyos ojos centellaban de indignacion durante este diálogo, tomó la palabra diciendo: señoras, creeríais pintarla de otro modo si lo hiciérais bajo la figura de la sabiduría mirando con compasion las locuras humanas, y sonriéndose de ver los tiros de la malicia dirigidos contra el seno de la inocencia y de la modestia, volverse contra aquellos que los despedian?

Amanda no oyó palabra alguna de estas que Mortimer habia pronunciado á media voz. Las impertinencias de que era objeto escitáron la indignacion en su corazon. Ella habria dejado el aposento si el paso no hubiese estado embarazado por mucha gente. Ocupado Sir Cárlos Bengley con la jóven con quien habia bailado, habia perdido de vista á Amanda hasta este momento. Corrió ácia ella. Sola le dijo, y en pié! yo no lo habia advertido hasta ahora; parece que estais fatigada. Ella en efecto estaba muy pálida. = Kilcorban, dijo Sir Cárlos dirigiendo la palabra á este jóven, se-

guramente no habeis visto que Miss Fitzalan estaba en pié, de otra manera le habríais ofrecido vuestro lugar; y tomándole por el brazo y haciéndole levantar, llevó la silla á Amanda; y despues de haberle procurado algunos refrescos se sentó á sus pies, diciendo: aquí está mi trono, donde los reyes vienen á postrarse. Las gracias amables y naturales de Amanda habian encantado á Sir Cárlos: y la negligencia con que la veia tratada daba á sus atenciones con ella una dulzura y una ternura que no habia manifestado aun. Su sensibilidad se mortificaba, y aun cuando hubiese sido una muger ordinaria, en esta situacion habria llegado á ser el objeto particular de sus atenciones. Tomó en aborrecimiento á la Marquesa y su hija por su envidia, y en menosprecio á las Kilcorban por su vil insolencia. La Marquesa le habia contado largamente la conducta chocante que habian tenido los padres de Amanda, cuyas malas calidades, decia ella, se manifestaban en su hija; en fin habia hecho todos sus esfuerzos para desacreditarla á sus ojos, lo que era bien imposible.

Dios mio! dijo Lady Eufrasia levantándose, dejadme salir de aquí. Esta escena verdaderamente es disgustada. Lord

Mortimer la dejó ir sola, y se puso á pasear la sala, trayendo sus miradas sobre Amanda, cuyas esperanzas se reanimáron en este momento. Sus ojos volviéron á tomar su brillo, un ligero encarnado tiñó de nuevo sus mejillas; aunque comprometida con Sir Cárlos para la contradanza, hubiera deseado que Lord Mortimer se la propusiese. El concurso habia vuelto á la sala de baile, y Sir Cárlos le presentó la mano para para conducirla á ella. En este mismo momento Mortimer se acercó, y Amanda se detubo como para volverse á arreglar alguna cosa de su adorno. El se dirigió á una Señorita muy hermosa, á quien le ofreció ser pareja suya. Amanda le siguió con los ojos, quedándose en el mismo lugar hasta que Sir Cárlos, tomándola por la mano, la sacó del pensamiento que la ocupaba.

Despues de la contradanza con Sir Cárlos, Amanda habría partido si hubiese tenido á su criado; pero despues de haber quitado los caballos del coche se habia vuelto á Carberry - Castle, y no podia tenerlo sino muy tarde. Ella declaró su resolucion de no bailar mas; y Sir Cárlos renunciando tambien á ello, pasáron á una pieza donde se jugaba, y habia ménos gente que en otras. Lady

Greystock estaba en una mesa con el Marques y la Marquesa. Hizo señal á Amanda para que se le acercase, y le manifestó el placer que encontraba en verla. El Marques se puso sus anteojos para mirarla. La Marquesa mostró mucho disgusto, y manifestó que tendría cuidado en lo succesivo de no aceptar funciones de placer, donde pudiesen concurrir personas que no debian estar. Este discurso era demasiado directo para no ser entendido. Amanda hubiera querido ocultar su conmocion, pero como sentia que no sería señora de sí misma, se alejó de la mesa. Sir Cárlos la siguió, procurando retirarla de las observaciones, y ocultar las lágrimas que derramaba. = Detestable malignidad! dijo él, mi querida Miss Amanda, vos no sois el objeto de ella, sino por que vuestro mérito y vuestra belleza brillan con demasiado esplendor. Es vicio de pequeñas almas aborrecer la superioridad á la que ellas no pueden llegar. = Es cruel, es horrible, dijo Amanda, hacer sobrevivir la enemistad al objeto que han perseguido hasta el sepulcro, y aborrecer la hija, por que detestáron la madre. Y que madre, decia, poniendo los ojos sob e la miniatura que llevaba, y que poco merecia estos

crueles tratamientos! Sir Cárlos arrojó una mirada sobre el retrato, y vió que estaba todo bañado de lágrimas de Amanda; las enjugó con su pañuelo que al instante despues llevó á sus labios, y puso en seguida á su seno.

A este momento vió ella á Lord Mortimer, que estaba observando esto á solas sin ser visto; desde que se atrajo sus miradas se alejó Lord Mortimer. y dijo Sir Cárlos, este es como un duende; no hace mas que ir y venir. Y creo que las cosas no van muy bien entre él y Lady Eufrasia. = Qué! dijo Amanda, hay alguna cosa entre ellos? = Se dice, respondió Sir Cárlos, pero yo no siempre creo lo que murmura el público. Conozco á Lord Mortimer de mucho tiempo, y despues de la idéa que tengo de él, no creeré jamas que Lady Eufrasia pueda agradarle; aun apostaré por el contrario que él no tiene el menor gusto por ella. Yo no diré otro tanto de las mugeres que estan aquí. Me ha venido muchas veces la idéa esta noche que despues de las frecuentes miradas que os ha dirigido está en el punto de ofreceros sus homenages; lo que os confieso no me daria placer alguno. Mortimer tiene aun mas mérito y gracias que su esterior no anun-

cia, y es un rival enfadoso de encontrar.

Amanda embarazada en esta conversacion procuró desviarla, y lo consiguió al fin. Habláron agradablemente sobre diferentes objetos hasta la cena, durante la cual Sir Cárlos tuvo las mismas atenciones para Amanda. Lord Mortimer estaba, ó parecia estar todo entero para Lady Eufrasia, la cual de tiempo chuchuteaba con las dos Miss Kilcorban, y arrojaban miradas satíricas á Amanda. Al dejar el comedor Amanda encontró á su criado, y le dijo hiciese adelantar el coche. Sir Cárlos que le daba la mano la rogó que permaneciese aun; pero le confesó que era por él mismo que le hacia esta demanda; pues convenia con ella en que no encontraría placer alguno á quedarse por mas tiempo. Conduciéndola á su coche le dijo que iba á seguir su ejemplo retirándose, pues que dejando ella esta escena, perdia por él todos sus atractivos. El la suplicó, y obtuvo el permiso de ír á hacerle una visita á la mañana siguiente.

Llegó pues á Carberry-Castle en un estado muy diferente del que se hallaba cuando marchó por la mañana. Su padre la recibió en sus brazos, pálida, temblan-

do, débil; pues él no habia querido acostarse ántes de su llegada. El adivinó en seguida la causa de su abatimiento, y su corazon sufrió los golpes que llevaba el de su hija.

Al ver á su padre arrojarle una mirada de dolor y de ternura procuró reanimar su espíritu; y despues de haberle hecho algunos detalles de la fiesta, respondió á todas las preguntas que le hizo sobre la conducta de la Marquesa y Lady Eufrasia con ella. El se afligió mucho de esta relacion. = Gran Dios! dijo él, que caractéres! pero, mi querida Amanda, vos sois demasiado amable, y os pareceis muchísimo á vuestra madre en vuestras escelentes calidades, para no ser como ella el blanco de la malicia. Oh! Quiera el Cielo que no os llegue para haceros desgraciada! Quiera la providencia, á quien imploro todos los dias, proteger á la hija de mi amor, hacer ilusorios todos los lazos tramados contra ella, y que mis ojos disfruten algun dia del espectáculo de su dicha!

Amanda se retiró á su aposento penetrada á lo sumo de las espresiones que acababa de oir. = Sí, decia ella, con el corazon lleno de compasion y de reconocimiento por su padre, yo le ocul-

taré en adelante mis penas, para ahorrarle el sentimiento de ellas. Sí, Mortimer, el dolor que me causa vuestra inconstancia permanecerá sepultado en el fondo de mi corazon, y jamas la felicidad de mi padre será turbada con la certidumbre de que yo he perdido para siempre la mia.

El dia empezaba á apuntar, y Amanda no tenia gana alguna de dormir. Estaba á la ventana, el silencio de la noche solo era interrumpido por los coches que volvian á conducir á sus casas los actores fatigados de una escena de placer y de disipacion. = Pocas horas ha, se decia á sí misma, que estaba alegre, animada, y feliz, y ahora estoy triste y abatida. O Mortimer, á quien debo esta mudanza! Pocas horas ha que me creia amada aun de vos, y ahora la ilusion está ya disipada; ya no puedo esperar mas, ni vos engañarme mas. En fin despues de haberse desnudado, se arrojó sobre la cama y consumida de fatiga se durmió.

CAPITULO X.

Al dia siguiente por la mañana Sir Cárlos Bingley se fué á Carberry-Castle. Fitzalan habia salido y Amanda lo recibió en su gabinete-tocador. El la dijo con un conocido disgusto, que estaba próximo á partir á Dublin y de allí á Inglaterra, donde le llamaban las cartas que acababa de recibir: que sentia infinitamente, que su conocimiento ó mas bien su amistad, término que le suplicaba le permitiese usar, fuese así interrumpido desde su nacimiento: le aseguró que esta contradiccion era mas dolorosa para él, de lo que ella podia imaginarse, ni él mismo esplicar: que él se apresuraría á volver á Irlanda para estar cerca de ella y que la conjuraba de tenerle en la memoria. Amanda, suponiendo que la simple política le habia sugerido hacer esta peticion, le dijo: mi padre será muy feliz en conoceros, si volveis á nuestra vecindad. Al entrar habia dicho que no podia estar mas que pocos minutos, y pasó al lado de Amanda cerca de dos horas. Al tiempo de marcharse protestó que creia que el castillo estaba encanta-

do, pues era tan dificil salir de él; y sin embargo, añadió, á diferencia de los antiguos caballeros andantes yo no quisiera quebrantar el encanto que me detiene en él.

Los dias se pasaban, y Lord Mortimer no parecia. Amanda oia hablar de él á menudo, y siempre como uno de los adoradores de Lady Eufrasia. Estaba instruida de las fiestas que se daban á Ulster-Lodge y sus cercanías. Las Kilcorban parecian haberla dejado. Solo Lady Greystock era de aquella familia la que habia continuado á tener con ella algunas atenciones. Habia venido dos ó tres veces á Carberry-Castle para ver si su delantal estaba concluido, y á contar á Amanda las noticias que habia podido recoger. Amanda sostenia bastante bien la resolucion que habia formado de ocultar su tristeza á su padre; pero se abandonaba á ella cuando se hallaba sola. La idéa de la union de Lord Mortimer con Lady Eufrasia poseia su imaginacion, y esparcia la amargura en todos sus movimientos = Sí, esclamaba paseándose en los jardines, que su cuidado habia vuelto á su primitima belleza; yo he plantado estas flores, y su fragancia servirá para otra; estas rosas que mis manos han

cultivado, Mortimer las esparcirá bajo las pisadas de Eufrasia, y ella disfrutará de las bellezas de este paisage que yo he adornado.

Cerca de tres semanas despues del baile, una mañana hallándose en el gabinete engañando su displicencia con un canto lastimero y tierno, oyó detras de ella abrir la puerta. Creyó que era Elena, pero no adelantándose nadie volvió la cabeza y vió no á Elena, sino al mismo Lord Mortimer. Se levantó con sorpresa de la silla; la obra que tenia se la cayó de sus manos, y no pudo ni hablar ni moverse; yo os pido perdon de haberme introducido así; pero me habian dicho que encontraría aquí á Mr. Fitzalan = Está en su gabinete, Mylord, dijo friamente Amanda. Voy á decirle que Mylord deséa verlo = No, dijo él, yo no sufriré que os deis esta pena; no tengo cosa muy precisa que decirle. Obligó á Amanda á volverse á sentar, y tomó una silla á su lado.

Ella se puso á trabajar miéntras que Lord Mortimer mirando al rededor del aposento parecia reconocer en él unos objetos que le eran familiares, y que veia con un placer mezclado de pena, como recordándole la memoria de unos dias fe-

lices que ya no existian = Este aposento, dijo él, era el favorito retrete de una de las mas amables y mas estimables mugeres.

Esto es lo que muchas veces he oido decir, replicó Amanda; aun se recuerdan con reconocimiento en todos estos alrededores las virtudes de Lady Cherbury. Yo creo, dijo Mortimer arrojando á Amanda una mirada llena de ternura, que deben tener la misma opinion de la que habita en el dia en su aposento. Amanda bajó los ojos y suspiró, pero este suspiro era mas de sentimiento que de placer. Ella pensó en este momento que Mortimer solo venia para asegurarse, si le conservaba alguna inclinacion. No la habia tratado con la mayor indiferencia? No era el admirador declarado por Eufrasia? luego no venia por ella sino por Fitzalan. Todas estas idéas se presentáron á su imaginacion y se determinó á no quedarse por mas tiempo con él. Su delicadeza y su orgullo le daban este consejo; pues temia si escuchaba mas su lenguage seductor, hacer traicion á los sentimientos de su corazon. Ella se levantó diciendo que iba á avisar á su padre que Mylord quería verle.

Fria é insensible Amanda! esclamó Lord Mortimer agarrando una de sus manos, y deteniéndola, así huís de mí? Cuando yo me separé en el pais de Gales creyendo no dejaros mas que por pocos dias, podria yo creer que esperimentaría jamas un recibimiento semejante? En efecto, puede ser que no, replicó ella con algun imperio; pero despues de esta época ambos hemos escuchado mejor los consejos de la prudencia. Qué! dijo él, de la prudencia, que os habria hecho evitar una accion que debia darme sospechas? Sospechas! Mylord, replicó Amanda con una especie de horror que manifestaban sus miradas. Perdonad, dijo él, la palabra es dura; pero Miss Fitzalan, cuando vos reflexionaréis sobre vuestra conducta conmigo, sobre vuestra marcha precipitada y clandestina en el momento mismo en que el consentimiento recíproco de nuestros sentimientos parecia deber ser seguido de la mas entera confianza entre nosotros, no os podeis admirar que congeturas tan afligidas se han presentado á mi imaginacion.

Es posible, Mylord, que no hayais jamas concebido la razon de mi partida? Y es posible que la reflexion no os ha-

ya conducido á adivinarla? No, jamas he podido, contestó Mortimer; os lo protesto solemnemente, y jamas recobraré el reposo miéntras no tenga esta esplicacion. El se detubo como esperando esta esplicacion; pero Amanda agitada, por lo que acababa de decirle, no estaba en estado de responderle. Miéntras ella aun guardaba silencio, temblando y pareciendo turbada, oyó la voz de su padre en la escalera = Es preciso que me vaya, dijo á Mortimer; mi padre está aquí. Prometedme pues hallaros en santa Catalina esta tarde sobre las siete de ella, pues sin esto yo no os dejo. Estaré en suplicio hasta que me espliqueis vuestra conducta = Os lo prometo dijo Amanda. Lord Mortimer la dejó y se retiró á su aposento con tiempo suficiente para no ser vista de su padre.

Sus esperanzas empezáron á renacer; y volvió á persuadirse que Lord Mortimer habia hecho el viaje á Irlanda por ella. El rumor que corria que estaba enamorado de Eufrasia no estaba fundado sino en que él vivia en la casa del Marques y en su sociedad = Si él hubiese sido indiferente por mí, decia, no habria manifestado en diferentes circunstancias su conmocion. Las miradas

y el lenguage de Lord Mortimer esprimian constantemente los sentimientos de un corazon desgraciado y aficionado tiernamente. En fin á ménos que alguna circunstancia imprevista no impidiese renovar esta aficion, ella tenia tanta impaciencia en darle la esplicacion de su conducta como él la tenia en obtenerla.

Apénas habia salido Lord Mortimer, cuando se presentó Lady Greystock. Amanda creyó que segun su costumbre venia á hacerle una visita de poco tiempo. Su pena y su sorpresa fuéron estremas cuando le oyó decir que venia á pasar con ella todo el dia en familiaridad, porque los señoras de Grangeville estaban tan atareadas con los preparativos de una fiesta que daban al dia siguiente, que habian cerrado la puerta á todo el mundo, y en la casa no se podia estar sin incomodidad.

Amanda se esforzó á disimular su pesar: pues juzgó que le sería imposible sostener la conversacion hallándose sus pensamientos ocupados sobre un objeto ausente. Por fortuna suya Lady Greystock hablaba mucho y necesitaba mas de oyentes que de interlocutores; ella pues no estaba descontenta de la taciturnidad de su hermosa compañera. Aman-

da procuró tranquilizarse con la esperanza que la vieja ñorase se iría temprano para encontrar á Grangeville su ordinaria partida de *Wisk*, pero habian ya dado las seis, y ella no hacia semblante de marcharse. Amanda estaba como en un suplicio, y el color de sus mejillas manifestaba su agitacion: ya se levantaba, ya caminaba en el aposento, ya iba á la ventana para ocultar su turbacion, miéntras que su padre y Lady Greystock conversaban. Fitzalan en fin dijo que tenia algunas cartas que escribir, y suplicó á Lady Greystock que lo escusase si se ausentaba por algunos momentos. La señora entónces sacó de su bolsa su labor, y rogó á Amanda que le hiciese alguna lectura hasta la hora del té. Amanda tomó un libro; pero estaba tan turbada que apénas sabia lo que leia, y lo hacia muy mal.

Poco á poco, poco á poco, querida hija, dijo Lady Greystock, cuya atencion no podia seguir una lectura tan rapida, vos correis la posta. Amanda se puso colorada, y leyó con mas lentitud; pero cuando el reloj del castillo tocó las siete, no fué ya señora de contener su impaciencia. Dios mio, le dijo dejando caer el libro de sus manos, y de-

jándose caer de la silla, yo no puedo tenerme = Qué esto pues querida mia, dijo Lady Greystock admirada, que teneis ? = Un dolor de cabeza terrible, señora, dijo Amanda, continuando á caminar acia su aposento.

Su imaginacion fuertemente penetrada le representaba en este momento á Lord Mortimer esperándola en la cita: oia el ruido de sus pasos, y el eco de sus pisadas en medio de las ruinas de santa Catalina. Una entera reconciliacion entre ellos no estaba retardada sino por una duda que estaba segura de disipar. Qué iba á concluir de no encontrarla en una entrevista tan ordinariamente deseada, tan solemnemente prometida, sino que se hallaba en la imposibilidad de poderle dar una esplicacion que le satisfaciese? Puede ser que él no querrá creer los motivos que le habian impedido ir á la cita; puede ser que no le daría tiempo de decirlos, ni aun de esplicar la marcha precipitada del pais de Gales, y si Mortimer conservaba estas dudas perdería toda su ternura por Amanda, y la desterraría para siempre de su corazon.

Atormentada de estas desconsoladas reflexiones, estubo un momento pen-

sando si embiaría Elena á santa Catalina, para esplicar á Mortimer la causa que le impedia ir ella misma; pero prontamente renunció á este proyecto, no pudiendo resolverse á dar conocimiento á nadie de una cita que ocultaba á su mismo padre; semejante modo de obrar le parecia contrario á su deber y á su delicadeza. No, decia ella, yo no me dejaré llevar de la inconsideracion que hace traspasar á tantas personas de mi sexo los límites de la decencia y del decoro, y por restablecerme en la estimacion de uno solo no quiero perder la de todos los demas, y sobre todo mi propia estimacion. Si Lord Mortimer reusa oir mi justificacion, hollará las leyes de la justicia y el respeto que debe á mi sinceridad, mi vanidad me ayudará á triunfar de mis pesares.

Me parece estais en un estado muy estraño, querida mia, dijo Lady Greystock que la habia observado atentamente miéntras que estas idéas daban vueltas en su imaginacion. Reconociendo Amanda que en efecto se podia encontrar su semblante un poco estraordinario se sentó y procuró volver á tomar un poco de tranquilidad. Habiendo vuelto Fitzalan, y tomando el té; Lady Greys-

tock observó que eran precisamente bastantes para hacer un Wisk á tres. Amanda lo habría reusado con mucho gusto, pero la política le impedia hacer conocer su repugnancia. Su padre y Lady Greystock, veian claramente que estaba en un estremo abatimiento. Esta última creyó adivinar la causa en haber reusado su padre un convite de baile para su hija al dia siguiente.

Mi querida hija, dijo ella á Amanda, sentándose y bailando las cartas no os aflijais de no ir á esta diversion; no es en los bailes y en los lugares públicos donde las jóvenes encuentran mas fácilmente su establecimiento. Yo he sido tres veces casada, y no he hecho la conquista de ninguno de mis maridos en las concurrencias. No, solo en la sociedad privada los he aficionado. Fitzalan y Amanda, se sonriéron y esta le dijo: yo no estoy jamas descontenta de quedarme en casa, aunque no deséo ni espero de mi retiro las mismas ventajas que vos.

Vos no queríais sino un marido? dijo Fitzalan á Lady Greystock = Sí: y á propósito de marido, hé aquí á Lady Eufrasia Sutherland muy feliz, pues creo que no se podría encontrar un jóven mas

cumplido que Mortimer. = Vos creeis, pues, dijo Fitzalan, que hay algun fundamento en los rumores que corren de él y de Lady Eufrasia? = Seguramente, dijo ella, es un casamiento muy proporcionado; el nacimiento y la fortuna son iguales por ambas partes. Sí, pensaba Amanda, pero ¿qué diferencia en sus caracteres? Estoy persuadida continuó Lady Greystock, que Eufrasia ántes de un año será Lady Mortimer.

Fitzalan puso sus ojos sobre Amanda. Estaba esta pálida como la muerte, y jugaba todo al contrario. Al fin llegó el coche de Lady Greystock, y rompió la partida de juego, que Amanda no habría podido continuar por mas tiempo. Su padre habia reparado los esfuerzos penosos que habia hecho para ocultar su turbacion. El aparentó creer que se hallaba indispuesta, y la instó que se retirase. Amanda le tomó la palabra, y empezó á reflexionar profundamente sobre lo que acababa oir á Lady Greystock. No es esto muy verosímil? se preguntaba á sí misma ¿No ha manifestado Lord Mortimer su indiferencia conmigo desde su llegada aquí? El modo tierno con que me ha hablado esta mañana no le ha sido sugerido únicamente por

deséo de saber las razones de mi súbita partida del pais de Gales, ó por la necesidad de contentar su vanidad, obteniendo aun de mí alguna prueba de mi inclinacion por él? En seguida se abandonaba á esta idéa. Lady Greystock podia muy bien engañarse. Hay tantos casamientos de que se habla, y á los cuales las mismas partes no han soñado! No podia creer á Lord Mortimer tan vano ni tan falso para servirse de la ternura con ella, con el único proyecto de satisfacer su curiosidad y su vanidad. Pero estas reflexiones la dejaban siempre desgraciada, y su único consuelo era la esperanza de ver pronto acabar esta cruel incertidumbre.

No pudo cerrar los ojos en toda la noche, y toda la mañana pasó con la misma agitacion. Ninguna de sus ocupaciones ordinarias podia proseguir; y no oia paso alguno en toda la casa que no creyese ser de Lord Mortimer. Despues de comer salió sola, y tomó el camino de santa Catalina. Llegada en medio de sus ruinas se sintió fatigada, y se sentó sobre una tumba de la capilla apoyada la cabeza con la mano. Aquí, decia ella, puede ser que Mortimer me ha esperado con una tierna im-

paciencia, y puede ser tambien acusándome de indiferencia con él y de haberlo engañado. Con esto oyó ruido, y vió á Sor María.

Seais bien venida, querida mia, le dijo la buena religiosa abrazándola tiernamente; pero, por qué no habeis venido á casa? Amanda le dijo que esta era su intencion; pero que se habia hallado indispuesta, y que se habia quedado al aire con la esperanza de encontrarse mejor. Jesus! dijo la Sor Maria, vos haceis en efecto mala cara; voy á pedir algun cordial á nuestra priora para vos, que que os aseguro sabe tanto como un doctor. Amanda la detubo por la ropa, así como queria partir, y le aseguró que se encontraba mucho mejor.

Bien pues, dijo ella sentándose, os contaré una aventura rara que me sucedió ayer al anochecer. Yo me paseaba entre estas ruinas entre perro y lobo como se acostumbra decir: respeto de que el aire era algo frio, me habia cubierto con el velo, estaba en uno de los rincones del claustro, cuando oí pasos de alguno que me seguia, y caminaba con bastante presteza. Yo me detube creyendo que era alguna de nuestras hermanas que quería juntarse conmigo. Vos

podeis juzgar de mi sorpresa, cuando me ví alcanzada por un jóven el mas agradable y el mas bello del mundo. Jesus! y cómo se sobrecogió al verme! Estoy segura que me tomó por un alma del otro mundo. Sus miradas se volviéron como despavoridas, y se apartó hablando entre dientes. Yo encontraba su aparicion muy estraña, y me apresuraba á volver al convento, cuando saliendo de repente de debajo de este arco arruinado que veis allí, se llegó á mí con el sombrero en la mano, me saludó con una dulce sonrisa, me pidió perdon del espanto que temia haberme causado, y en seguida poniéndose colorado y ocultando su confusion con el pañuelo, me preguntó si acaso habia visto una señorita jóven en las cercanías la tarde misma; pues que él habia sabido por uno de sus amigos, que debia venir, y que él se proponia acompañarla á su casa.

Mi querido señor, le dije, yo me he paseado por aquí toda la tarde y no he encontrado mas hombre, muger ni niño, que nosotros dos, de manera que, añadí, es preciso que la jóven señorita haya mudado de parecer, y hecho otro paséo. — Es preciso que sea así, me dijo él, y se volvió tan pálido y tan tris-

te, que yo no pude ménos de pensar que estaba allí en busca de su amor. Yo quise darle algun consuelo, y le dije: Si vos quereis darme alguna señal por la cual pueda yo conocer á la jóven que buscais, me quedaré aquí un poco de tiempo para esperarla; y si ella viene le diré cuan afligido habeis estado de no encontrarla, y no faltaré á embiarla á vuestro lado. No, me dijo el dándome las gracias; me importa poco no haberla encontrado ahora, y aun de no haberla encontrado, y diciendo estas palabras se marchó.

El os ha dicho esto! esclamó Amanda. Ay mi Dios, dijo la religiosa, vos estais aun mas mala que á vuestra llegada! Amanda convino en ello, pero le suplicó que la escusase sino entraba al convento. La hermana la instó inútilmente á tomar el té ò á lo ménos algun cordial. Ella lo reusó todo, y se puso en marcha con gran sentimiento de la buena religiosa.

Apénas habia vuelto al camino real, una carroza con sus caballos acompañada con otras gentes á caballo pasó con tanta prontitud que solo tubo tiempo de apartarse para evitarla. Vió en ella á Lord Mortimer y Lady Enfrasia en

frente uno de otro. Notó que la habian visto, y que Lady Eufrasia habia mirado con una sonrisa maligna. Le pesó mucho á Amanda este encuentro, pues habia algo de humillante en el contraste de su situacion con la de Eufrasia. Se veia solitaria, abandonada y abatida, cuando ésta disfrutaba de todas las ventajas de la fortuna. Sin embargo, decia ella, un corazon generoso como el de Mortimer no puede tomarme en ménos por esta diferencia. Ah! si piensa y siente como yo, debe preferir un paséo solitario como el que vengo de hacer en medio de estas ruinas, á todas las magnificencias de que va á ser testigo. Retirada á su casa, encontró la noche muy larga. La idéa de Mortimer prodigando sus atenciones á Lady Eufrasia, no salió un momento de su imaginacion.

A la mañana siguiente, el primer objeto que vió desde su ventana fué una fragata anclada á poca distancia del castillo. Elena entró en su aposento dando un gran suspiro como hacia todas las veces que veia un navío, y dijo que desearía con el mayor gusto que aquel trajese á bordo su querido Chip: Amanda conservaba aun la esperanza de ver á Lord Mortimer en el discurso del dia;

su esperanza fué engañada. Despues del té, se retiró en su gabinete, y poniéndose á la ventana disfrutó de una escena interesante, en medio de la calma de la noche. El azul sombrío del cielo no estaba manchado de nube alguna; la luna esparcia rayos de su luz plateada sobre las ondas que venian á deshacerse á la ribera con un ruido sordo y melancólico, el solo que con las voces de los marineros disminuidas por la distancia, turbaba el silencio de la noche. Entre tanto Amanda oyó un ruido de remos y divisó una grande chalupa viniendo de la fragata, dirigida por marineros vestidos de chaqueta y calzon blanco. Este espectáculo era verdaderamente pintoresco. Amanda les siguió con la vista hasta que la chalupa desapareció bajo las rocas elevadas que circuyen la costa. La campana de la cena la sacó de la ventana; mas apénas habia vuelto á subir, entró Elena temblando y pareciendo embriagada de alegría.

Yo lo he visto, señora, yo le he visto al pobre Chip, y su buen corazon es siempre el mismo para mí. Yo habia ido esta tarde al pueblo á ver la vieja Norach, á quien embiásteis unas camisas, que verdaderamente es una buena mu-

ger, pues no se burla de mí como hacen las otras cuando hablo en mi lengua del pais de Gales. Así como me volvia, ví venir acia mi un grun número de hombres todos vestidos de blanco. Venian riendo y mas alegres de lo que podian estarlo. Al momento que me detuviéron me circuyéron y se me acercáron. Yo dí grandes gritos, y al instante una voz que me sobresaltó gritó: Es Elena, y me he visto en los brazos de Chip. Eran estos los marineros de la fragata que iban á comprar provisiones al pueblo; de manera que me volví con ellos, hemos bebido una gran bolà de ponch, y comido muchas tortas, y Chip me ha contado sus aventuras: el está muy contento de saber que estoy con vos, porque dice que sois una buena señora que está muy seguro que me hablaréis muchas veces de él, y que espera tener su licencia, y entónces.... Y entónces os casaréis, dijo Amanda esplicando su perplexidad y los colores de Elena.

Si señora; y os aseguro que Chip no ha mudado nada por haber estado en la mar. Su voz es un poco mas áspera, pero me ha dicho que era efecto de haber aprendido á mandar la maniobra. El

pobre muchacho vuelve á marchar mañana; pues el vajel estará parado en Irlanda, y él va á Dublin. Feliz Elena, decia Amanda, retirándose á su aposento; tus inquietudes se han disipado, asegurada como estas de la aficion de Chip, la paz y la alegría van á ser vuestro patrimonio.

Al dia siguiente por la tarde al anochecer, Amanda bajo la orilla del mar con su padre para ver como los pescadores tiraban sus redes. Miéntras Fitzalan conversaba con ellos, Amanda se sentó sobre una roca para distrutar de este espectáculo. El regular y melancólico ruido de las ondas estaban en unísono con sus tristes pensamientos. Concentrada consigo misma, habia perdido poco á poco toda la atencion á la escena que tenia delante de sus ojos, cuando el acento de una voz detras de ella á alguna distancia la sacó de sus imaginaciones. Creyó oir la voz de Mortimer y no se engañó. Bajaba este por un sendero vecino acompañado de un oficial de marina. El no podia pasar sin verla: se detubo á algunos pasos con el aire de titubear si le hablaría ó no. Despues de algunos momentos, su incertidumbre pareció cesar. Tenia su pañuelo en la mano, y lo agi-

tó como para hacerle un saludo de despido, y se adelantó acia un pequeño barco que estaba en un ancon entre las rocas, y llevó acia la fragata á él y á su compañero. El corazon de Amanda latió con violencia. Elena le habia dicho que la fragata se hacia á la vela aquella misma noche y nada podia llevar á Mortimer á ir á una tal hora sino con el proyecto de marcharse con ella.

No hay tormento cruel como la incertidumbre, y Amanda era víctima de ella. Volvió pues al castillo ántes que su padre y se retiró en su aposento donde al instante hizo venir á Elena, y le preguntó si las noticias que Chip le habia dado de la marcha de la fragata eran bien positivas. = Ha! Sí señora, respondió Elena suspirando ya veo la razon porque me lo preguntais. Vos habeis visto á Lord Mortimer embarcarse. Yo lo he visto tambien en la playa hablando con Chip que era uno de los marineros del barco que llevaban á Mylord y al capitan; y ciertamente yo he estado fuera de mí cuando he visto embarcarse Mylord, pues sabia bien que iba resentido por el tratamiento que ha recibido de vos. = De mí! esclamó Amanda.

O mi querida señora! esclamó Elena

siempre llorando, vos no me perdonaréis jamas lo que yo he hecho; pero en verdad volviendo á ver á mi pobre Chip yo no he pensado sino en él, y he olvidado lo demas. Ayer por la tarde como iba á la casa de la muger Norach, encontré á Mylord en el camino paseándose muy tristemente segun me pareció. Yo no pude ménos de hacerle una cortesía al pasar, y él vino ácia mí con la mas dulce sonrisa y la mas graciosa mirada, puso mis manos entre las suyas que os aseguro que son como terciopelo y me dijo: os ruego mi querida Elena me digais si Miss Fitzalan está en el castillo y está sola. Sí Mylord, le dije, está y Dios sabe cuan triste. Yo la he dejado á la ventana de su gabinete mirando al mar y escuchando el ruido del viento. Muy bien querida muchacha, me dijo, id, os ruego á decirle que le estaré infinitamente obligado si en seguida quiere ir acia las rocas que están mas allá del castillo. Yo le prometí ir, y me puso en la mano, y me obligó á guardar cinco guineas, y tomó otro camino, recomendándome que evacuase al momento mi comision; pero como estaba muy cerca de Norach fuí allí ántes y casi como salia encontré al pobre Chip que, Dios me lo perdone,

me habría hecho olvidar padre y madre.

O Elena! esclamó Amanda: es esto lo que debia esperar de vos? Ha! mi querida señora, dijo redoblando sus lloros y suspiros, ciertamente soy una de las mas desgraciadas criaturas del universo. Pero, porqué estais tan afligida? Mylord os ama demasiado para conservaros resentimiento alguno. El pobre Chip que creia que amaba al ministro Howell no me ha olvidado presto, y ha vuelto á mí.

Los esfuerzos de Elena para consolar á Amanda eran sin efecto. Amanda la despidió para entregarse enteramente y sin testigos al pensamiento amargo de una larga y acaso eterna separacion de Lord Mortimer, teniendo justas razones de creerlo ofendido. Mylord verosímilmente la habría desterrado de su memoria, ó si conservaba algun recuerdo sería sin sentimiento alguno de ternura ó estimacion, y estaría en adelante dispuesto á otra eleccion. Ella veia desde la ventana levar las áncoras de la fragata y tender sus velas; oia tambien los gritos de los marineros. = O Mortimer, se decia á sí misma, es así que nosotros nos separamos? Es así como se han engañado las esperanzas que habeis he-

cho nacer en mi corazon? Vos partis, y no habeis juzgado á Amanda digna de un adios; vos poneis los ojos tal vez en este mismo momento sobre Carberry-Castle sin daros pena alguna por la que la habita. Ah! si hubieseis amado verdaderamente jamas el resentimiento habría triunfado, de vuestra ternura. Vos me habeis engañsdo diciéndome que os soy tan apreciable, y puede ser que os hayais engañado vos mismo. A hallarme en vuestro lugar mi conducta no habría sido como la vuestra. Abandonándose á estas tristes reflexiones siguió con los ojos al vajel, hasta que desapareció sobre el orizonte. Hé aquí que ya ha marchado, dijo ella retirándose de la ventana anegada en lágrimas; y si jamas vuelvo à verle no será sino como esposo de Lady Eufrasia.

CAPITULO XI.

Lord Mortimer habia partido en efecto con sentimientos muy poco favorables acia Amanda. El habia esperado en santa Catalina con la dulce esperanza que le disiparía todas las dudas sobre los motivos de su precipitada fuga del pais de Gales, con una es-

plicacion que le satisfaciese. Suspiraba por una reconciliacion. Su ternura cuyo desahogo se habia detenido por tantos obstáculos, era aun mas viva. El disfrutaba con delicia de la idéa de apretar de nuevo contra su seno á su querida Amanda, y oir por ella misma que aun merecia sus tiernas caricias. Pero cuando la hora de la cita habia pasado, y que no pudo esperar ver llegar á Amanda, el dolor que esperimentó no puede pintarse. El se aventuró como hemos visto mas arriba á hacer algunas preguntas á Sor María, y continuó divagando por las ruinas largo tiempo aun despues que la buena religiosa se habia retirado al convento, y hasta que la noche no le permitió ya distinguir de objetos. = Ella teme, decia al dejar este triste lugar con el corazon oprimido de una agonía mortal, ella teme venir aquí porque no puede aclarar mis dudas. Yo he notado esta mañana su agitacion y su embarazo, cuando se los he indicado. No, el misterio de su partida que nos ha separado ya no será aclarado, y yo me lisongearía vanamente con la esperanza de volverla á ver para obtener de ella esta esplicacion.

Desde este momento perdió toda

esperanza. Su dolor y turbacion señalados en todas sus acciones no se escapáron á las observaciones y chuladas de la Marquesa y de Lady Eufrasia; pero hizo poco caso de sus chanzas, y no respondió á ellas. Estaba tan absorto en sus tristes reflexiones, que no pudiéron sacarlo de ellas.

Con todo esto, y á pesar suyo las habia acompañado á una grande concurrencia en casa de uno de sus vecinos. El inesperado encuentro de Amanda, cuando esta lo vió pasar en la carroza así como venia de santa Catalina, le habia causado una grande conmocion. Los mas poderosos medios de la elocuencia no habrian defendido la causa de Amanda con tanta fuerza y éxito como su presencia en momento semejante. La languidez esparcida en su semblante, la dulce espresion de todos sus rasgos, su actitud pensativa, la tímida modestia con la cual procuraba ocultarse de la observacion; todo esto removió la sensibilidad de Lord Mortimer, revivó su ternura, reanimó sus esperanzas, y determinó insistir aun, para obtener de ella la esplicacion que tan vivamente habia deseado. Esta mudanza fué notada por las damas, con quienes estaba; ellas se son-

reian una á otra con malignidad. Lady Eufrasia no tubo vergüenza en decir : esta muchacha sin duda no estará allá en emboscada sino para recibir el tributo de admiracion que su viejo padre ha dicho que tiene derecho á exigir para encontrar alguna buena aventura. Lord Mortimer recogió esta proposicion, jamas le habia parecido tan enérgico el contraste entre Lady Eufrasia y Amanda, por la ventaja que esta tenia en ganar su estimacion tanto como la primera la perdia.

En la tarde del dia siguiente anduvo errando largo tiempo al rededor del castillo con la esperanza de volver á encontrar á Amanda. Esperó, despues de haber hablado á Elena y haberle encargado su comision. Con esta confianza se fué á las rocas esperando á cada momento ver comparecer Amanda á la cita. Una hora habia pasado esperando, y el resentimiento prevaleció de nuevo sobre la ternura. El no puso en duda la exactitud de Elena, sino solamente la disposicion de Amanda. Recorrió largo tiempo la orilla con una inquietud y una impaciencia mortal. Al fin oyó la campana de la cena de Ulster-Lodge que jamas tocaba sino muy tarde. Desde entónces

perdió toda la esperanza de ver á Amanda, y aun renunció á la idéa de buscar en adelante ocasiones de composicion. Estaba tentado à no agradecerse á sí mismo haber manifestado tanto deséo de volverla á ver, y su orgullo humillado se indignaba á la idéa sola de buscar otra entrevista. No, Amanda, se decia á sí mismo despues de haber pasado del castillo, no, vos no teneis derecho alguno á mi ternura. El misterio de vuestra huida ha levantado dudas y sospechas en mi imaginacion. Proporcionándoos ocasiones de disiparlas por una esplicacion, he hecho todo lo que el candor y la ternura, y el honor exigian. En adelante léjos de hacer esfuerzo alguno para sincerarme con vos, procuraré olvidaros, y espero conseguirlo.

Al dia siguiente por la mañana acompañó al Marques á la fragata en donde se sorprendió agradablemente de encontrar por capitan de ella á uno de sus antiguos amigos Sir Somerwille, que volvió con él á Ulster-Lodge. Allí medio serio, medio alegre, habiéndole propuesto el capitan de acompañarle en un crucero que iba hacer, Mortimer aceptó desde luego esta proposicion. El estaba muy fastidiado de la familia Rosline, y muy

contento de probar á Amanda, dejando el pais aun ántes que sus huéspedes, que él no estaba tan ciegamente prendado de ella como podría creerse. El encuentro de Amanda ántes de embarcarse alteró su resolucion, parecia que se ponia en su camino para darle sentimientos. Estubo tentado violentamente de acercarse á ella, pero se contuvo acordándose del cuidado y constancia con que hasta entónces lo habia evitado. Su arrogancia le hizo pasar adelante; mas alejándose el barco de la ribera, sus ojos permaneciéron fijos acia el lugar donde acababa de verla, y cuando perdió del todo la vista de su vestido blanco, fluctuando á voluntad del viento, dió un suspiro á la memoria de los felices dias que habia pasado con ella en Tudor-Hall, y otro al pensamiento que estos dulces momentos no volverían mas.

Las damas de Ulster-Lodge estuviéron muy mortificadas y desconcertadas por su partida. Inútilmente se esforzó á endulzar su descontento prometiéndoles esperar su llegada á Dublin, para volver con ellas á Inglaterra. Su marcha les daba bastante prueba de que su inclinacion por Lady Eufrasia no era tanta como deseaban: ellos tuviéron alguna

razon de creer, despues de la grande mudanza que le observáron, inmediatamente despues de su arrivo á Ulster-Lodge, que la rival de Eufrasia habitaba en la vecindad. Con la esperanza de descubrirla no perdian de vista á Lord Mortimer con el mayor cuidado, en todas las concurrencias en que estaban con él; pero prontamente reconociéron que sus comociones las causaba un objeto ausente. Al nombre de Amanda ó de Fitzalan, notaban ellas alguna alteracion manifestarse sobre su cara, y le veian á menudo dirigir la vista á Carberry-Castle. Ellas imagináron en fin que era Amanda la que él amaba, y que esta pasion habia tenido su orígen en el baile de Kilcorban, donde habian cogido algunas de las miradas que Lord Mortimer dirigió á esta parienta, objeto de un odio tanto mas violento de su parte, cuanto mas amable era. La rabia se apoderó de su corazon; estuviéron desesperadas de haber hecho el viage á Irlanda, que habia dado á Mortimer, (á lo que ellas creian) la ocasion de conocer á Amanda, habiéndoles dicho muchas veces Lord Cherbury que ni él ni su hijo conocian los hijos de Fitzalan. Ellas sabian tambien que las pasiones de Lord Cherbury eran impetuo-

sas, y que la ambicion era su principal móvil; se creian aseguradas que Lord Cherbury deseando vivamente una esplicacion entre las dos familias, no se detendría por obstáculo alguno para llegar á este fin, y tomáron la resolucion de, si Lord Mortimer á su vuelta á Inglaterra se manifestaba lo ménos distante del mundo de llenar las intenciones de su padre, instruir al Conde los motivos de la resistencia de su hijo, y representarle á Fitzalan á su hija como autores de los lazos tendidos á Lord Mortimer para atraérselo y conducirlo á una union no adecuada. Esta calumnia encontraría facilmente crédito en un hombre del mundo, que conocia los hombres como Lord Cherbury. La estimacion que hasta entónces habia tenido á Fitzalan se cambiaría en odio y menosprecio; y perdiendo el apoyo del Conde y el empléo que habia confiado á Fitzalan, el padre y la hija volverían á caer en la indigencia y en la oscuridad. Pensar que la miseria pondría á Amanda en la necesidad de servir; que la belleza de su figura se ocultaría bajo los groseros hábitos de la pobreza, y los encantos de su cara marchitados por la miseria, eran idéas tan agradables, y tan dulces para ellas, que por verlas realizadas se encon-

tráron dispuestas á consolarse de la ausencia de Lord Mortimer con la esperanza de perder al desgraciado Fitzalan. Sin estar bien aseguradas de la verdad de sus sospechas ya no habrían vacilado á comunicarlas á Lord Cherbury; pero para su propia satisfaccion, resolviéron investigar con cuidado los medios de verificarlas. Lady Greystock era la sola persona que podia servirles en esto, con motivo de su amistad con Amanda. Empezáron pues á descender de su natural orgullo, para unirse mas con ella; le hiciéron confianzas que fuéron recibidas con alegría y la hiciéron olvidar sus pasadas negligencias. Viniéndose mas con la vieja señora, disfrutáron mejor del talento que tenia de hacer cuentos burlescos, donde ponia con toda claridad los vicios de la gente de su sociedad, y sobre todo de aquellos á quienes no amaba. Lady Greystock poseia en grado supremo este arte; conocia á los hombres, y sabia tergiversar sus defectos conforme á su ventaja. La escesiva vanidad de la Marquesa y su hija no se habian escapado de su observacion, y derramándoles en su copa la lisonja abundantemente, lo que Sterne llama el bálsamo del alma, ganó del todo su co-

razon. La Marquesa despues de haberle encargado el secreto comunicó á Lady Greystock sus temores relativamente á Lord Mortimer y Amanda, temores, decia ella, que los escitaban los respetos que debia al uno, y la piedad que tenia por la otra; ella sabia que Lord Cherbury jamas perdonaría á su hijo una inclinacion por esta muchacha de cualquier naturaleza que fuese. Importaba pues saber hasta que término habian llegado las cosas entre ambos para prevenir las consecuencias. Lady Greystock no fué engañada en estos pretendidos motivos; ella reconoció que no era la compasion por Amanda sino la envidia é interes las que incitaban á la Marquesa; creyó tambien que si Lord Mortimer se habia aficionado á Amanda, despues del carácter que le conocia, no tenia en su inclinacion sino miras honradas. Con todo ocultó su modo de pensar, y afectó entrar en todas las inquietudes de la Marquesa, y le prometió hacer todos sus esfuerzos para descubrir que especie de inclinacion subsistia entre Mortimer y Miss Fitzalan. Para executar este proyecto, hizo visitas mas continuas á Carberry-Castle pasando allí dias enteros en intimidad, y tentando todos los medios de sorprender

los secretos del corazon de Amanda. Unas veces se chanceaba de su melancolía; otras le manifestaba el mas tierno interes en los términos mas seductores. Ella le contaba anécdotas falsas ó verdaderas de su juventud; en cuyo tiempo, decia, habia sido bien desgraciada por una tierna aficion; de aquí pasaba á Lord Mortimer y se admiraba que se hubiese marchado con tanta precipitacion; hacia de él un elogio el mas lisongero, y declaraba que si Lady Eufrasia podia atraerlo, de lo que dudaba mucho, sería una de las mugeres mas felices del mundo.

Amanda tenia demasiada delicadeza para confesar sus sentimientos; por otra parte se creia sin esperanza en su pasion y se humillaría recibiendo consuelo sobre este asunto; pero aunque la reserva cerraba sus labios, su semblante le hacia traicion; se ponia colorada al nombre de Mortimer, parecia sufrir cuando se hablaba de una union entre él y Eufrasia, se sonreia si oia algun obstáculo que podia estorvarlo. En fin Lady Greystock sin poder sacar de Amanda la confesion de sus sentimientos, no dudó mas de ellos, y se creyó autorizada á decir á la Marquesa que estaba segura que habia pasado alguna cosa, que habia habido al-

guna relacion entre Mortimer y Miss Fitzalan, que no habia podido descubrir por la gran reserva de Amanda, pero que sin embargo no podia dudarlo. Encolerizada la Marquesa se determinó mas que nunca á perder á Amanda, si Lord Mortimer vacilaba un momento en obedecer à su padre dando su mano á Lady Eufrasia.

CAPITULO XII.

Un mes despues de la partida de Lord Mortimer la familia Rosline dejó á Ulster-Lodge. Amanda suspiró al verles pasar, penetrada de la idéa que iba á encontrarse con Lord Mortimer, y que esta reunion no le dejaría de Mortimer mas que una dolorosa memoria, que no debería conservar. Los propietarios de las tierras vecinas á Carberry-Castle se habian ido casi todos á pasar el invierno en la ciudad. Los que habian quedado en la campaña despues de navidad se habian descuidado tanto de Amanda despues de la llegada de la Marquesa, que no se atrevian á volver al castillo persuadidos que serian recibidos con frialdad de Fitzalan y su hija, que tenian demasiada dignidad para no resentirse de su proceder.

La estacion era tan rigurosa que Amanda no podia hacer ya sus ordinarios paséos. La tristeza de este castillo se aumentaba con la melancolía de Amanda: el poder mágico de la esperanza no hermoseaba ya con sus brillantes colores las escenas que estaban á su vista. Su corazon era una region desierta y desolada como la que veia desde sus ventanas. Sus ocupaciones ordinarias no tenian ya para ella nada de agradable; no ponia interes alguno en ellas disgustada con la idéa de que ella y sus talentos habian llegado á ser indiferentes á Lord Mortimer. Su salud declinaba y Fitzalan tenia nuevamente el dolor de ver á esta amable flor mordida por el gusano del disgusto. Las rosas habian abandonado sus mejillas; y la delicadeza de sus facciones pasan á una debilidad que amenazaba una cercana destruccion. No ignoraba él la causa del mal pero no queria herir á su hija tocando á la llaga de su corazon. Hacia esfuerzos para volverle alguna serenidad, pero todos inútiles. La sonrisa que nacia en los labios de Amanda era pasagera como los rayos del sol de invierno, y no hacia mas que hacer mas sensible la tristeza melancólica y sombría que la seguia.

En estas circunstancias Lady Greystock que continuaba siempre sus visitas á Carberry-Castle hizo á Fitzalan una proposicion que el abrazó con calor. Este ofrecimiento era llevarse á Amanda con ella á Lóndres donde le era preciso ir por un pleito entre ella y el sobrino de su ultimo marido.

Fitzalan esperó que la mudanza de escena sacaría à Amanda del abatimiento de espíritu en que se hallaba, y contribuiría á restablecer su salud. Ya no tenia temor que Lord Mortimer la buscase de nuevo despues de haberse descuidado de aprovechar para esto de su mansion en la vecindad de Carberry-Castle. Creia que esta indiferencia era efecto de la inclinacion que habia tomado por Lady Eufrasia. El no estaba instruido de la intimidad que recientemente se habia formado entre Lady Greystock y la familia Rosline, ni veia en sus conexiones motivos para temer que Amanda se encontrase á menudo con Lord Mortimer. Si ella lo veia, imaginaba que solo sería como marido ó como amante preferido de Lady Eufrasia; y en ambas suposiciones conocia bastante la elevacion y pureza de los principios de su hija para estar seguro que ella haría los

mayores esfuerzos para domar su inclinacion; esfuerzos en los cuales sería ayudada poderosamente con la disipacion y placeres de la sociedad que le procuraría Lady Greystock, que tenia numerosos y brillantes conocimientos en Lóndres.

El miraba, como otros muchos, esta señora, como una muger agradable y razonable al mismo tiempo, á la que con seguridad podia confiar su mas precioso tesoro. Esta proteccion podia ser útil á su hija no solo al presente sino en lo sucesivo. Ella tenia poca salud, y se lisongeaba que Lady Greystock habiendo una vez tomado á su hija se aficionaría á ella lo bastante para guardarla á su lado, y tomar cuidado de su fortuna, si acaso fuese arrebatado de sus hijos ántes de haberlos podido colocar. No entraban en las esperanzas de Fitzalan ni personalidad ni el vil interes. Lady Greystock le habia asegurado muchas veces que no tenia parientes sino muy remotos, y que era muy rica: de suerte que si Amanda recibia de ella algunos testimonios de amistad, no usurparía los derechos de nadie.

El estado de sus cosas no estaban así, aunque ignoradas de Fitzalan, y de todo el mundo por el estremo cuidado que

Lady Greystock tomaba en ocultarlo. Su educacion habia ó hecho nacer en ella, ó perfeccionado el arte de un profundo disimulo. Era de una familia del Sud de Irlanda numerosa y poco rica. Su madre escelente muger de gobierno, viendo que su marido era incapaz de dotar á sus hijas, las educó de un modo que les pusiese en estado de hacer á sí mismas la fortuna.

A la edad de diez y nueve años Miss Bridget por su reputacion de económica é inteligente en el gobierno de una casa se llevó la atencion de un caballero vecino que tenia alguna fortuna. Era este como Nembrod un poderoso cazador delante del Señor, y tenia necesidad de una muger que tomase á su cargo el gobierno de la casa, de lo que él descuidaba por sus caballos y sus perros: y esto era de lo que Miss Bridget era muy capaz. Su pasion por la caza y su vida tuviéron fin el segundo año de casamiento: por que se mató queriendo saltar una barrera. Su muger habia tenido buena viudedad. Ella se consoló de esta perdida con el rector de la parroquia hombre pequeño y gordo, un verdadero bonifacio, que vino á persuadirla, y la salió tan bien que tubo la felicidad de recibir su mano

luego que se acabó el luto. Ellos pasaron felizmente juntos cuatro años; pero un uso poco moderado de los bienes de la vida consumió el temperamento del pobre rector de modo que estuvo obligado á recurrir á las aguas de Bath donde terminó su carrera mortal y toda su fortuna pasó á manos de la viuda.

En la casa donde estaba alojada habitaba un viejo Baronet, que nunca se habia casado. Sus bienes eran considerables, pero su carácter era raro y sus modales estraños. Sin embargo, á sus rarezas se le juntaba un buen natural. Como la hermosa viuda habia quedado sola, y sin amigos á su alrededor, él fue á verla y ofrecerle los consuelos y servicios de que podia tener necesidad. Esta atencion sugirió á la viuda el pensamiento de inspirar á su cortés vecino otros sentimientos que los de la compasion. Los títulos y bienes tenian tanto atractivo con ella que ni el humor caprichoso del Baronet, ni su edad avanzada que era de sesenta años, miéntras que ella solo tenia veinte y ocho no la desviáron del proyecto de casarse con él. Sus esfuerzos fuéron sin suceso por mucho tiempo; pero la perseverancia obra milagros. Su continua alegría á su lado, los incesantes cuidados que to-

maba de su salud en el estado de enfermedad en que se hallaba, ablandáron en fin este corazon de piedra; y por un entusiasmo de gratitud le ofreció su mano, que ella aceptó sin titubear.

El heredero presuntivo de los grandes bienes del Baronet era el hijo único de una de sus hermanas muerta ántes que él. A la época de este inesperado casamiento su sobrino tenia casi veinte años, agradable en su persona, de costumbres dulces y amables, y tiernamente amado de su tio. Esta amistad del tio era un obstáculo al deséo que alimentaba Lady Greystock de llegar á la posesion de todos los bienes del Baronet. Formó diferentes proyectos para llegar á arruinar á Rusbrook antes de detenerse en alguno. En fin la casualidad le proporcionó un medio de lograrlo.

En la vecindad donde el Baronet tenia su residencia Rusbrook habia tomado inclinacion á la hija de un hombre á quien su tio tenia un odio inveterado. Lady Greystock vió que una union del jóven Rusbrook con esta hija le perdería infaliblemente en el concepto de su tio. Ella, le dió á entender que se hallaba instruida de su pasion, y que compadecia sinceramente su situacion. Alen-

tó su amor con los elogios mas lisongeros de su adorable Emilia, gimió por la separacion de dos corazones tan bien hechos el uno para el otro, y al fin le dijo que si se casaba con esta amable muchacha, se lisongeaba que obtendría su gracia de Sir Geoffroy. Sus pérfidas insinuaciones hiciéron caer á esta desgraciada y confiada pareja en el lazo que ella les habia tendido, y su proceder fué prontamente seguido de las funestas consecuencias para ellos que ya habia ella previsto incitándoles á ello.

La cólera de Sir Geoffroy fué implacable y juró no volver á ver á su sobrino. Lady Greystock procuró salvar las apariencias á los ojos del mundo, obtuvo de su marido quinientas libras esterlinas para Rusbrook, y añadió otras tantas de sus propios bienes. Ella misma le remitió este socorro, asegurándole que patrocinaría su causa con su tio todas las veces que encontraría ocasiones favorables.

El compró una bandera en un regimiento que partia para América, en donde quería mas bien dejar ver sus apuros que entre aquellos que en otro tiempo lo habian visto con comodidades.

Lady Greystock redobló su atencion y sus cuidados por su marido y le per-

suadió de tal manera que tenia una tierna aficion por él, que hizo un testamento, en el cual le dejaba todos sus bienes, de los cuales se lisongeaba que disfrutaría prontamente. Pero la constitucion de Sir Geoffroy era mas fuerte de lo que habia imaginado, y así se vió obligada á sostener mucho mas tiempo de lo que contaba la conducta obsequiosa con la cual le habia ganado, sabiendo que el menor decaimiento con un hombre de este carácter echaría á rodar todas sus esperanzas.

Habia pasado quince años de este modo, cuando Rusbrook fué avisado por un amigo de no fiarse mas tiempo de las promesas que Lady Greystock continuaba á hacerle: le ofreció interceder por él con su tio, pero empeñándole al mismo tiempo á que él mismo escriviese á Sir Geoffroy para obtener su perdon. Rusbrook siguió este consejo y escrivió á su tio una carta muy patética que su amigo se encargó de remitir. La carta y la solicitud del amigo produjéron una grande mudanza en los sentimientos del Baronet. Su ternura por un sobrino que habia mirado desde su infancia como su heredero se revivó. Creyó él, que iba á enriquecer una familia que le era estraña y dejaba en la miseria los

restos de la suya. Su altanería se indignó á esta idéa é hizo entrever á su solicitador que no estaba ageno de una reconciliacion con su sobrino.

Lady Greystock oculta en el gabinete inmediato habia oido toda esta conversacion que la llenó de espanto, y prontamente se apoderó de ella la desesperacion cuando vió llegar un notario, á quien vió que su marido dictaba un testamento á favor de Rusbrook.

Luego despues el tio consintió volver á ver á su sobrino. No quiso recibir á su muger é hijos pero les dió socorros abundantes con los cuales toda la familia se puso en estado de pasar á América con el regimiento.

Poco tiempo despues de su partida Sir Geoffroy tubo un ataque de apoplexía, del cual se podia poco lisongear que se levantaría. Su estado favoreció los designios de Lady Greystock. Nadie entraba al aposento de su marido sino ella ó gentes de quienes estaba segura. Envió á buscar un notario de quien se habia ya servido para sus negocios de Irlanda, y habiéndole ganado con una buena suma de dinero, le hizo estender un testamento semejante al que el Baronet habia hecho ya en su favor. Ella sostuvo

á su marido en sus brazos mientras que el notario conduciendo la mano del moribundo le hizo firmar el acto, en el cual pusiéron tambien su firma dos hombres como testigos. Sir Geoffroy espiró pocas horas despues.

El amigo de Rusbrook que tenia poder suyo se apresuró á comparecer para hacer valer los derechos del sobrino. Se leyó el testamento encontrado en la secretaría del difunto, por el cual Rusbrook era nombrado único heredero. Mas la alegría de su amigo fué corta. Habiendo comparecido los procuradores de la viuda, y producido un acto de última voluntad de Sir Geoffroy que hacia nulo al primero, la consternacion y sorpresa del amigo de Rusbrook fué estrema; pero el acto que se le oponia estaba revestido de todas las formas legales de modo que no se podia disputar; por lo mismo sospechó una picardía, y no perdió tiempo en comunicar sus sospechas á Rusbrook.

La viuda se apresuró á arreglar todos sus negocios, y se volvió con gran diligencia á su pais, del cual se hallaba ausente desde mucho tiempo. La mayor parte de sus parientes mas próximos eran muertos. Solo le quedaban algunos muy lejanos, los cuales atraidos por el cebo

de su grande fortuna, viniéron á recor-cordarle su parentesco y hacerle la corte á porfia unos por otros. La dama ponia su celo en provecho y vivia y se alegraba á espensas suyas. Era en estremo económica de bienes. Convidada en muchas casas rara vez estaba en la suya. Juzgando de los otros por ella, atribuia las atenciones que le tenian, á su verdadera causa, esto es al interes, y reía á costa de aquellos que ella contaba darles chasco.

Sobre todo tenia el hábito que Miss Kilcorban habia dicho á Amanda de pedir á las jóvenes que le hiciesen pequeñas labores de moda como encajes, vueltas, delantales, y pañuelitos.

La tranquilidad de que habia disfrutado durante los dos años que siguiéron á la muerte de Sir Geoffroy se turbáron un poco con la llegada de su sobrino de América, y quien por consejo de algunos jurisconsultos hábiles entabló un pleito contra ella para hacer romper el testamento que producia en su favor como hecho por Sir Geoffroy en un estado de imbecilidad.

Sin embargo no se inquietó mucho por este acaecimiento: sabia que Rusbrook no tenia dinero para seguir este

pleito, y que los abogados se lo abandonarían pronto cuando verían que nada tenian que ganar en ello. Con todo obligada á ir á Lóndres por su litigio, creyó que Amanda le sería agradable no solo para hacerle compañía cuando estaría en casa, sino para hacerle muchas pequeñas labores de moda y ahorrarle así un grande gasto.

Amanda se resistió con todas sus fuerzas á este proyecto que la alejaba de su padre; ella aseguró á Fitzalán que una mudanza de escena no le sería necesaria para recobrar su tranquilidad y su ordinaria serenidad, y que iba á hacer todos sus esfuerzos para probarlo. Fitzalan no dudaba de su sinceridad en la promesa que le hacia, pero conocia tambien la imposibilidad en que se hallaba de cumplirla. El dijo que esta separacion era necesaria; que él tambien restablecería su salud, prestándose á distracciones, las cuales reusaba por su causa. En fin él la convenció é hizo sus preparativos para el viage. Como ella debia entrar á Inglaterra por Holy-Head, Fitzalan resolvió volver á enviar á Elena á sus parientes, hasta la vuelta de su hija á Irlanda, lo que agradaba mucho á Elena que deseaba volver á ver á su familia, y hablar-

les de Chip. A las inmediaciones de la partida, el dolor de Amanda por dejar á su padre fue estremo, ella no podia ocultarlo, y el de Fitzalan no era ménos vivo. En fin al momento de la separacion despues del postrer abrazo, creyéron al dejarse uno y otro abandonar la vida. El mismo Fitzalan formaba tristes presentimientos y se arrepentia de haber obligado á su hija á partir, y poco faltó para que no le propusiese quedarse con él.

Lady Greystock, que en todas las situaciones y escenas del mundo permanecia siempre señora de sí misma, advirtió á Fitzalan el mal que hacia á su hija entregándose á tales conmociones, y recordó á los dos que su separacion sería corta, y que Amanda sacaría ventajas de ella que no debian ser despreciadas.

Estas consideraciones calmáron al padre. El condujo á las dos á su coche al que le siguió una silla de alquiler que conducia á Elena y á la camarera de Lady Greystock. Despues de un último adios Fitzalan volvió á entrar en su casa y á despecho de su razon lloró de verse separado de su hija.

Las lágrimas corrian de los ojos de Amanda sobre sus pálidas y flacas mexillas, y se redobláron, cuando ba-

jando el coche de una altura arrojó la última mirada sobre Carberry - Castle.

Sin embargo conociendo luego que Lady Greystock no gustaría de una compañera de viage siempre triste, procuró recobrar alguna calma y entrar en conversacion.

Lady Greystock tenia un gran número de amigos en esta parte de Irlanda que ella recorria y jamas se detenia en ninguna casa de posada. Querida mia, dijo á Amanda, yo he aprovechado siempre la amistad que me han manifestado, y esta práctica me ha hecho pasar una vida agradable.

Llegáron al tercer dia á Dublin en la calle de Sackeville en donde Lady Greystock tenia una casa, y dos dias despues se embarcáron para Inglaterra. A su llegada en Anglesey hiciéron noche en Holy - Head, y continuáron su viaje al dia siguiente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.